

BITÁCORA



31° SEMANA DE LA

MEMORIA

SIN DERECHOS HUMANOS NO HAY DEMOCRACIA

Editoras:

**María Ana González Villar
Malena Pascual**



BITÁCORA

31° SEMANA DE LA

MEMORIA

**SIN DERECHOS HUMANOS
NO HAY DEMOCRACIA**

Editoras:

**María Ana González Villar
Malena Pascual**

Libros de la FTS

31° Semana de la Memoria (2025)

Decana | María Alejandra Wagner

Vicedecano | José Scelsio

Secretaría Académica | Analía Chillemi

Dirección de Asuntos Estudiantiles | Valentina Pando

Secretaría de Derechos Humanos y Género | María Ana González Villar

Dirección de Comunicación y Publicaciones | Gabriel Giannini

Agradecemos a la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires - Dirección de Promoción y Formación de Derechos Humanos.

Compilación y edición | María Ana González Villar, Malena Pascual

Diseño de tapa | Sol Ugalde

Fotografías | Paula Calamante, María Victoria Emma
Contenidos Audiovisuales de la Dirección de Comunicación y Publicaciones FTS

Diseño y diagramación | Sol Ugalde
Diseño gráfico de la Dirección de Comunicación y Publicaciones FTS

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-34-2737-8

Tabla de contenido

PRÓLOGO	7
ACTO DE APERTURA “LA LUCHA POR LA IDENTIDAD COMO CONQUISTA DE LA DEMOCRACIA”	
ACTO DE CIERRE DISTINCIÓN LILIANA ROSS A H.I.J.O.S. LA PLATA	9
Re-construir la identidad	10
Voces del silencio	11
Lágrimas de historia	12
La memoria como espejo: el camino hacia la verdad	13
¡No vamos a resignar la memoria de los 30.000!	15
Recuperar la identidad en colectivo	17
Laureles que supimos conseguir: Identidades recuperadas	19
La memoria construye la patria que soñamos	21
Memoria en imágenes	22
Una memoria florecida que regamos entre todxs	24
Tampoco vamos a olvidar	26
La memoria: historias entre la identidad y el registro. Parte 1	28
Lo personal es político	29
“La lucha por la identidad como conquista de la Democracia”: Crónica de una charla que siembra futuro. Memoria viva, ternura organizada y lucha en el presente	33
Desaparecidos presentes y desaparecidos del presente	36
Memoria en disputa	38
Entre regimientos y cuarteles	39
30 MIL PAÑUELOS POR LA MEMORIA	41
El arte construye memoria	42

El arte insiste en resistir	43
En colectivo construimos Memoria	45
BITÁCORA: PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN	47
No nos han vencido, ni aún vencidos	47
CÁPSULA DEL TIEMPO: ESPACIOS ESCOLARES, NIÑECES, JUVENTUDES Y DICTADURA	49
Un viaje por la memoria colectiva en torno a la educación.	49
DIABLO, FAMILIA Y PROPIEDAD. PROYECCIÓN DEL FILME	51
Voces que no se apagan	51
El Norte no olvida	53
HILANDO MEMORIA: TALLER DE BORDADO	55
Bordando memoria, colectivamente, como forma de resistencia al olvido	56
Hilando memoria	57
LA MEMORIA EN IMÁGENES	59
La memoria: historias entre la identidad y el registro. Parte II.	59
LAS LUCHAS POR LA LIBERTAD EN LA PATAGONIA REBELDE	61
Crónica de la Memoria	62
Las luchas por la libertad en la patagonia rebelde	63
Una proyección que despierta la memoria	65
Diálogos entre pasado y presente	67
LOS SITIOS DE MEMORIA COMO ESPACIOS PEDAGÓGICOS	69
Desafíos para la memoria	69
SALIDAS A LOS SITIOS DE MEMORIA	72
Encuentro que llega / presente flamea	72

El frío que dejaron las balas	74
Pañuelos en lucha: construyendo memoria a través del arte	75
Ejercitando la memoria	77
SALUD MENTAL COMUNITARIA	80
Siluetas de la Memoria	80

PRÓLOGO

Este proyecto es parte de la convocatoria al Tramo Optativo correspondiente a la propuesta pedagógica de la carrera de la Licenciatura en Trabajo Social. Les estudiantes son parte de la organización en los días que duran las actividades. Para ello reciben tres espacios de formación: un taller de derechos humanos brindado por la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires, otro de escritura brindado por la Dirección de Comunicación y Publicaciones, y por último el que repasa la historia de la Facultad donde se organizan, junto con la Dirección de Asuntos Estudiantiles, las diferentes comisiones que van a funcionar.

La Secretaría de Derechos Humanos y Género, y las direcciones de Comunicación y Asuntos Estudiantiles de la Secretaría Académica, trabajan a la par sosteniendo el recorrido del trayecto.

La experiencia culmina con la elaboración de crónicas escritas por les estudiantes. Durante la semana eligen hasta dos actividades sobre las que desean escribir. En este sentido, el proyecto elige correr el riesgo de que varios textos hablen de la misma actividad, y otras propuestas puedan no estar incluidas en la presente Bitácora. Lo que se prioriza es lo que ha conmovido a cada estudiante. Así, múltiples crónicas que reconstruyan una misma actividad tendrá diferentes abordajes que tienen que ver con la mirada de cada autor o autora.

La crónica es un estilo de escritura no académica que explora los impactos emocionales que significó la experiencia. Sin embargo, el trabajo posterior que se hace sobre el texto, tanto en tutorías grupales como individuales, recupera la construcción lingüística de esa escritura, respeta y acompaña el proceso creativo y crítico de les autores.

La Semana de la Memoria estuvo atravesada por el recorte presupuestario a la universidad pública, el ajuste voraz en los salarios de los trabajadores y el recrudecimiento de políticas represivas. La comunidad de la FTS vivía el aniversario del golpe de Estado con ecos del pasado. En marzo de 2025, la marcha que los jubilados encabezan los miércoles cobraba cada vez más fuerza. También recrudecía la represión de las fuerzas de seguridad, encabezadas por Patricia Bullrich quien era Ministra de Seguridad de la Nación. La escandalosa imagen de palazos, balas de goma y gases lacrimógenos cayendo sobre los lomos cansados de los que reclamaban por haberes jubilatorios dignos, generó una enorme solidaridad que se materializó en la participación de hinchas de clubes argentinos en la movilización del día 12 de marzo. Ese miércoles, cuando la policía arremetió contra los manifestantes, la tarea de la prensa, especialmente de los reporteros gráficos, fue fundamental. La policía estaba ensañada con la prensa. Y como consecuencia, el fotógrafo Pablo Grillo resultó gravemente herido por el disparo de una granada de gas lacrimógeno cuya trayectoria horizontal impactó en su cabeza.

La comunidad se encontraba profundamente conmocionada por este hecho. Una y otra vez, en las actividades y en las crónicas de les estudiantes, el debate sobre la represión, la reivindicación de la protesta social y el nombre de Pablo Grillo retornaban como un mantra que tendía un puente entre ayer-hoy.

Las primeras versiones de las crónicas que nos compartieron les estudiantes estaban signadas por estas emociones. Estremecidos, los textos usualmente llegan llenos de palabras, impresiones, descripciones un tanto desordenadas. A través del intercambio entre pares y los encuentros de tutorías que realizamos, los textos fueron creciendo: ganaron profundidad, encontraron una organización que permitía estructurar conocimientos y sensaciones. Y si bien no todes partieron del mismo lugar, tanto quienes tenían experiencia en escritura como quienes se zambullían por primera vez en esta práctica lograron (al menos eso sentimos quienes les acompañamos) traducir en palabras el nudo de sus pensamientos.

En el intercambio de impresiones y experiencias para la escritura de la crónica, surgieron narraciones sobre experiencias de vida, familiares, personales, que se entramaban directa o indirectamente con las temáticas abordadas. Si bien no todos estos diálogos están volcados en las crónicas, muchas memorias difíciles de poner en palabras fueron compartidas y rompieron un silencio guardado por años.

Ahí donde la historia parece distante, lejana, las crónicas traen memorias de nuestro pasado, incluso anteriores a la dictadura. Emergen resignificadas a partir del contexto que vivimos, que dan pistas de cómo resistir. Interpelan las vivencias que se asemejan a lo que sufrimos. Tomamos como ejemplo los textos sobre la proyección de la película la *Patagonia Rebelde* o *Diablo, familia y propiedad*. Conmueven los reclamos de los obreros, así como les moviliza la complicidad empresarial en dictadura de la que fueron víctimas.

Quienes lean estas crónicas van a encontrarse con el impacto que tuvo el acto de apertura, las propuestas artísticas, los testimonios y el hacer colectivo, reconstrucciones de escenas que se vivieron esa semana, biografías, trayectorias atravesadas por angustias y esperanzas. La sonoridad de las palabras que eligieron para calificar esta época: cruel, negacionista, distópica, que se presenta como inexorable y unívoca, como irremediable. Y sin embargo en el encuentro, en ese patio que tanto amamos, en los sueños, en las lágrimas, en las reivindicaciones pasadas pero vigentes hacemos un alto en este tiempo voraz para transitar esta experiencia.

Cuando dentro de muchos años leamos estas crónicas, veremos plasmado que en esta época también había lugar para lo hermoso.

María Ana González Villar

Malena Pascual

ACTO DE APERTURA “LA LUCHA POR LA IDENTIDAD COMO CONQUISTA DE LA DEMOCRACIA”

ACTO DE CIERRE DISTINCIÓN LILIANA ROSS A H.I.J.O.S. LA PLATA



RE-CONSTRUIR LA IDENTIDAD

Alegria, Ángeles.

El acto de apertura inició con el canto del himno Nacional Argentino, hace treinta y un años que en nuestra facultad de Trabajo Social se lleva a cabo la Semana de la Memoria. Éramos muchos en el aula, y las voces de los presentes se hacían una sola; ¡Sean eternos los laureles que supimos conseguir! cantábamos. En ese momento un sentimiento de alegría recorrió todo mi cuerpo, fue emocionante ver la sala llena de personas y juntas poder entonar el himno con tanto entusiasmo como reflejo de unidad. “Sean eternos los laureles que supimos conseguir” como sinónimo de lucha, victoria y triunfo, frase que me llevó a pensar en la vuelta a la democracia luego de la dictadura cívico militar, y todos los derechos conquistados cuando el pueblo se levantó y exigió justicia por las atrocidades cometidas por el Estado dictatorial.

Los dos protagonistas de esta apertura son Victoria Montenegro que en el secuestro de sus padres, fue apropiada, y Ramón, integrante de H.I.J.O.S, quien recuperó a su hermana apropiada hace unos meses, y es hijo de desaparecidos. “Yo nací en febrero del 76, a la semana de mi nacimiento entran a mi casa y me secuestran” relata Victoria, “Fui criada por el coronel Tetzlaff, quien me puso el nombre de María Sol Tetzlaff”, pierde de esta manera su verdadera identidad. A sus 25 años, gracias al trabajo de Abuelas, se entera que es hija de desaparecidos y que el coronel no era su padre biológico, sino su apropiador. Victoria dice que lo más difícil fue desaprender todo lo aprendido, y empezar a construirse desde la verdad; “todo lo que yo creía que estaba bien, empieza a estar en duda”, “crecí con la idea de que personas como mis padres biológicos eran subversivos, que algo habían hecho para que les sucediera lo que les pasó”, “ellos decían que salvaban a la patria, y cada vez que mataban a un “enemigo”, estaban haciendo Patria. Después comprendí que eso *no era un acto heroico y que estaban cometiendo un delito de lesa humanidad*”. Victoria creció con la ideología de los genocidas, lo cual es comprensible, fue su primera forma de conocer todo aquello que desde la mirada de los genocidas fue calificado como subversivo, por eso Victoria tuvo mucho miedo de poder llamar las cosas por su nombre. Victoria expresa: “yo amaba a mi papá pero yo no sabía la verdad”, esa frase me hizo pensar que no importa cuánto amemos a alguien, la verdad de las cosas a veces se vuelven más importantes, y sobre todo cuando lo que se pone en juego es la recuperación de tu identidad y la reconstrucción de tu historia.

Ante la pregunta: ¿Cómo fue el proceso de cambiar todo aquello que habías aprendido? Victoria responde con un poco de dificultad: mirá, fue complejo, yo no quería que mi papá sufriera, yo fui su abogada. Un punto de quiebre fue un sueño que tuve, el cual analice con mi psicóloga. Soñé que sentía que me ahogaba y que veía una pared, quedé asombrada cuando mencionó que la palabra pared también formaba la palabra padre, y la sensación de ahogo le recordaba a un juego que jugaba con su papá, en el cual él la tomaba del cuello y ella debía defenderse, ahí me dí cuenta que *la verdad nos persigue* afirma Victoria. “También cambié de parecer cuando tuve a mis hijos, ellos merecían conocer la verdad de mi historia, porque también es la suya”. Mientras escuchaba a Victoria, podía sentir su fuerte presencia y su fortaleza, tenía las palabras justas para cada pregunta, y hacía de su historia un relato conmovedor y cargado de esperanza. Ella es la nieta recuperada número 95. Fue la primera vez que escuché una narración como la de Victoria, y ese relato me hizo reflexionar que **la identidad no se gana, se construye**, la historia tampoco se gana, se construye y se reconstruye todo el tiempo.

Recuperar la identidad, de una persona, de una familia, de un pueblo, de un país es dignificarla, es resignificar aquello que fue robado, y volver a construirla desde la verdad, es hacer justicia. Victoria es un laurel que las abuelas supieron conseguir, al igual que la nieta 139, hermana de Ramón. Podía notar la alegría que sentía Ramón de estar ahí presente, pudiendo expresar cómo las Abuelas encontraron a su hermana. Mientras lo escuchaba una sensación de tristeza y alegría a la vez, me atravesaba el cuerpo, tenía una forma de expresarse que hacía que puedas sentirlo, eran de esos discursos conmovedores y profundos que hicieron que deje de escribir en mi cuaderno, y me dediqué a escucharlo atentamente, estaba emocionado de contar que había encontrado a su hermana y de poder empezar

a conocerla, mientras se expresaba su voz se entrecortaba por la emoción y las lágrimas le recorrían el rostro. **“Los logros no son individuales, son acciones colectivas”** dijo. “H.I.J.O.S es un espacio donde pude poner la palabra, pude y puedo expresarme gracias a esta agrupación”. La nieta 139, Victoria, y todxs lxs nietxs recuperados, suponen la devolución de su historia, y la restitución de un derecho que les fue arrebatado. Ese logro es imposible sin los organismos que se ponen a disposición, y esto es gracias a un Estado que pudo reconocer la existencia de los delitos, del secuestro de personas, hijos, nietos, y el robo de la identidad.

Finalizando esta escritura, creo importante mencionar a H.I.J.O.S (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) una agrupación que reúne a esos hijos e hijas que se encontraron mientras se miraban a los ojos y vieron el reflejo de historias compartidas. Ellos lograron encontrarse en vivencias y experiencias en común, rompiendo el velo del olvido y el silencio, cumpliendo su promesa a los ausentes; **“por la identidad, por la justicia, nacimos en su lucha viven en la nuestra”**.

Voces del silencio

Apuela López, Stefany. Ricciardiello Martinez, Federica.

Como invitades del acto de apertura, contamos con la presencia de Ramón Inama (escritor, militante de H.I.J.O.S y hermano de la nieta recuperada número 139) y Victoria Montenegro (legisladora de Buenos Aires e hija de desaparecidas). Allí, específicamente en el aula 1, de las más grandes que tiene nuestra casa de estudios, tuvimos el privilegio de escucharles, transportandonos a uno de los capítulos más oscuros de nuestra historia como país.

El espacio estaba repleto de personas, la mayoría sentada en los bancos exceptuando algunes en el suelo, muchos cebando, tomando o pasando un mate. Pero todes con el común denominador e interés por escuchar estas experiencias.

Victoria comenzó narrando cómo, entre el 10 y el 13 de febrero de 1976, fue secuestrada junto a su padre y madre en Lanús. Ambos fueron desaparecidos excepto ella, quien fue apropiada por el militar que comandó el mencionado secuestro; Herman Antonio Tetzlaff (en todo momento ella lo nombra por su apellido), apodado “el Gordo José”. Él y su esposa, apropiadores de quien, de ahí en más, llamarían hija.

La revelación de cómo él manipuló su identidad nos generó un nudo en la garganta. A Victoria, por mucho tiempo, la despojaron de su verdadera identidad, creando una bajo el nombre de Maria Sol Tetzlaff.

Ella quería ser militar, igual que su apropiador.

Luego de preguntarle cómo fue el proceso de conocer su verdad y reconocerse allí, ella afirma que no es fácil hasta el día de hoy, y que si bien no sucede un “clic” de cambio instantáneo, recuerda el momento en el que algo se rompió. Relató un sueño: estaba con sus hijos en los monoblocks de Lugano (donde vive) hasta que desaparecen. Se vuelve loca, busca al marido, a los hijos. intenta ingresar al departamento golpeando la puerta. La ventana del comedor estaba abierta, la cortina volada por el viento. Quiere salir por la puerta que entró, tenía terror, y enfatiza: TERROR. Empieza a abrir y se le aparecen muchas puertas más; abre una tras otra hasta que queda la última. Cuando la abre, se encuentra con una pared de ladrillos con la palabra “pared” allí escrita.

Comenta este sueño en terapia, “sentía que me ahogaba”, dice. Su psicóloga responde: “que raro que con la palabra pared se arma también la palabra padre”.

El análisis de aquel sueño, que al principio parecía confuso, resultó una clave fundamental para su proceso de sanación y reconstrucción de su identidad. Afirma: “Lo que a mi me ahogaba era decirle papá a Tetzlaff”, revelando un profundo anhelo por cortar los lazos con quien, durante sus 25 años de vida y aún siendo María Sol, llamó “papá”.

Hacia el final, Victoria reflexionó sobre cómo la construcción de una sociedad justa es un proceso colectivo, pero frágil. Concluyó con un poderoso y conocido mensaje: “30.000 presentes, ahora y siempre”, dando lugar a aplausos. Nos retiramos del aula en silencio, con un peso en el corazón. Es nuestra responsabilidad recordar y nombrar lo que sucedió. La desaparición, la tortura, el asesinato, la apropiación de bebés, para que no vuelva a suceder.

Victoria continuaba, mientras las lágrimas se abrían paso por nuestros pómulos, dándole vía libre al sentir. Su valentía para enfrentar una verdad tan dolorosa y reconstruir su identidad nos dejó sin palabras. Cuando dijo: “*Si supieran la liberación que uno siente cuando sabe la verdad, con todo lo que tiene, te pone en otro lugar*”, sentimos algo en el pecho, como si se estremeciese el alma. Porque su testimonio no solo hablaba de ella, hablaba de todos nosotros, hablaba de la importancia y la convicción de mantener viva la memoria.

Lágrimas de historia

Arce, Wanda

A diferencia de años anteriores, la Semana de la Memoria comenzó en un clima de calma, nadie en el patio ni en las aulas, casi nada para hacer, silencio absoluto. Extraño... pensé, al ser la apertura debería sentirse el estrés en el aire, ese típico de los eventos académicos, donde todo el mundo corre para todos lados. Pero no, había risas, bromas y charlas, había paz. Una paz inquietante, que aunque estuviésemos contentos, se sentía como si fuese a estallar de repente, como la calma que avecina la tormenta. Una tormenta que nunca llegó. Una cinta de reservado tras otra, una silla en este o aquel lugar, un mate que iba y venía, una llovizna de risas.

A las 13:30 iniciaba el acto de apertura. El aula 1, a pesar de ser la más grande de la FTS, era un mar de gente, las sillas repletas sin lugar libre a la vista, el piso que de a poco convertía el espacio en un hormiguero de gente. Las caras de intriga invadían el aula y de a poco, sin darnos cuenta, las lágrimas también. Las estrofas del Himno Nacional rompieron el murmullo de ese silencio tajante y se posicionaron firmemente como un grito de resistencia. El corazón se me estremece y la piel se me eriza siempre que oigo los versos de la melodía patria, las lágrimas brotan de mis ojos cuando menos lo espero, pero esta vez esa melancolía se mezcló con la ira. Aquellas estrofas se convirtieron al unísono en una melodía militante, feroz, porque después de tanta violencia, de tanto miedo, lo único que no pueden arrebatarnos es la patria.

“Sean eternos los laureles que supimos conseguir” resonó con angustia en cientos de voces quebradas, ahogadas. Los aplausos irrumpieron con fulgor en el medio de las lágrimas.

La primera invitada del acto, Victoria Montenegro, reconstruyó la historia colectiva desde su vida, ¿qué significa ser hija de desaparecidos habiendo sido apropiada? ¿Cuál es la diferencia entre María Sol, aquella hija de un militar y su esposa, y Victoria Montenegro, esta hija recuperada que ha-

blaba frente a nosotros? La verdad. Una verdad que duele, que cuesta aceptar. ¿Qué hije creería que sus padres le mienten en la cara? ¿Qué hije creería que su padre es un asesino, torturador? María Sol no lo creería; ¿cómo podrían aquellos, quienes dijeron envolverla al nacer en la bandera patria, ser los responsables de mancharla de sangre? Victoria tuvo que renacer y aceptar que esa sangre en el paño era de sus verdaderos padres, quienes con amor la desearon y la esperaron. Victoria tuvo que aprender a amar, porque María Sol había aprendido a odiar.

“María Sol necesitaba abrazarse a esa verdad impuesta porque sino se le desmoronaba toda su vida” dice Victoria, como si existiera una dualidad dentro de ella que aún duele, con la mirada tenue y resquebrajada. Qué difícil es construir una vida desde pedacitos, esos que hoy quieren borrar. Qué difícil es que te vuelvan a querer mentir aunque vos ya sepas la verdad. Todo ese dolor que se transformó en lucha colectiva, que llevó años de proceso, hoy es atacado por la cúpula del poder. La impotencia en la voz de Victoria se mezcla con la ira y con la angustia, como nos sucede a todos, pero para ella es mucho más profundo. “No quiero llorar porque tengo miedo de empezar y no parar más”, dice, como si el peso de la historia y la crueldad le oprimieran el pecho.

Ramón Inama, hijo de desaparecidos, quien recientemente pudo encontrarse con su hermana recuperada (la nieta 139), profundiza los interrogantes: ¿qué es un desaparecido?, “un padre ausente tiene cualquiera, un padre desaparecido no”. La importancia de nombrar las cosas por lo que son, de apropiarse de la historia para convertirla en lucha. Encontrar una pieza de tu familia, esa parte que siempre estuvo incompleta. Una hermana que hoy puede pararse enfrente suyo, que nunca pensó encontrar cuando entregó una muestra de su sangre por primera vez a los 20 años, cuando decidió nombrar a su padre por lo que es y militar colectivamente por la verdad. Un ser humano real, con una historia que aprender y una que desaprender, con tantas emociones que procesar, fue encontrada y se acerca hacia la verdad. Ramón pide disculpas por llorar frente a todos, como si la gran mayoría no estuviésemos igual de emocionados, como si no fuera de las personas que más merecían llorar en ese momento. “Mi hermana es un laurel que supimos conseguir” dice, y con esto, me hizo entender que es un logro colectivo, una lucha histórica como sociedad. En ese momento me conmoví. Qué grandeza, un momento tan emocional y tan personal, convertido en algo social. Que bello aprendizaje, que bello país que tiene la capacidad de convertir el horror en una cicatriz rodeada de laureles, de gloria. Su hermana es nuestra nieta 139 y siempre lo será, siempre será ese motivo para alegrarse y festejar la memoria... la justicia. Su hermana siempre será un pedacito de esa historia que reconstruimos que no podrán pisar. La gloria es nuestra, nos pertenece, porque nuestros laureles ya tienen raíces.

La memoria como espejo: el camino hacia la verdad

Bacilio Vega, Jazmín Nadia

El miércoles 19 de marzo de 2025 se dio comienzo a la XXXI Semana de la Memoria. Desde que comencé a cursar en la Facultad de Trabajo Social, participé todos los años de la Semana de la Memoria. Este año fue distinto; no solo porque fue la primera vez que formé parte de la organización del grupo de comunicación, sino también porque el inicio fue atípico. A diferencia de años anteriores, las actividades comenzaron un miércoles, ya que los días lunes y martes estuvieron atravesados por paros en el marco de la lucha por condiciones laborales y presupuestarias para docentes y nodocentes de la Universidad de La Plata.

Ese mismo miércoles, en paralelo al acto de apertura, también se realizó una movilización en apoyo a los jubilados, quienes enfrentan condiciones de vida profundamente injustas. Con haberes que resultan insuficientes para afrontar los gastos de servicios básicos y medicamentos, las condiciones materiales de quienes envejecen en nuestro país exponen la necesidad de seguir defendiendo los derechos humanos, entendidos no como un legado del pasado, sino como un compromiso vigente. Por eso, este reclamo también encuentra sentido dentro del marco de esta semana.

Hace 49 años, comenzó la última dictadura cívico-militar en Argentina, y muchas de las personas que hoy son adultos mayores vivieron entonces el secuestro y desaparición de sus hijos, hijas y nietos/as. Algunas abuelas, con el paso del tiempo, lograron reencontrarse con sus nietos/as, pero esa "suerte" no fue casual; fue el fruto de una lucha colectiva, incansable, por recuperar lo que les fue arrebatado sin aviso ni explicación.

Porque la memoria no es solo mirar hacia atrás, reconocer cómo el pasado se sigue manifestando en nuestro presente, es comprender que los derechos se ejercen, se reclaman y se defienden todos los días. Y porque la historia nos ha enseñado que la justicia se conquista, muchas veces, en las calles.

Por eso, en las siguientes páginas, quiero contar una historia que concentra en sí misma muchas de estas luchas; la historia de Victoria Montenegro, una nieta restituida que hoy es diputada de la Ciudad de Buenos Aires y presidenta de la comisión de Derechos Humanos en la Legislatura porteña.

Tuve la oportunidad de escucharla durante el acto de apertura de la Semana de la Memoria, que tuvo lugar en el aula 1 de la Facultad de Trabajo Social a las 13:30 horas de la tarde. El título del encuentro fue "La lucha por la identidad como conquista de la democracia".

La identidad no es un dato fijo, no es solo un nombre en un documento ni un rostro reflejado en el espejo. La identidad es una construcción, un entramado de recuerdos, relaciones y emociones que nos dicen quiénes somos. Pero, ¿qué pasa cuando esa identidad no es propia, sino impuesta?

Victoria Montenegro nació con un nombre y una historia, pero le arrebataron ambos antes de que pudiera siquiera reconocerlos. Apenas unas semanas después de haber llegado al mundo, fue secuestrada junto a sus padres, Hilda Torres, de solo 18 años y Roque Montenegro, de 20 años, militantes políticos desaparecidos durante la última dictadura cívico-militar en Argentina.

Su vida fue entregada a un hombre que no era su padre. Le enseñó a ver el mundo desde la vereda opuesta de donde realmente pertenecía.

La identidad no es solo lo que uno cree de sí mismo, sino también lo que le enseñan a creer. Victoria creció como María Sol Tetzlaff, con un apellido que no era suyo y con una historia que le negaba su verdadero origen. Su infancia y adolescencia transcurrieron en un hogar donde el pasado se narraba con distorsiones, donde se negaba la existencia de los desaparecidos y se exaltaba la "lucha contra la subversión". Cada palabra, cada gesto y cada enseñanza fueron ladrillos en la construcción de una identidad erigida sobre la mentira.

Pero la identidad no es una estructura inamovible. Se cimienta en lo que nos dicen, sí, pero también en lo que sentimos, en lo que descubrimos y en lo que elegimos creer. Cuando Victoria descubrió la verdad, su identidad se convirtió en un campo de batalla. No se trataba sólo de aceptar un nuevo nombre, sino de desarmar todo lo que había construido hasta ese momento; las certezas, los afectos, incluso los miedos. ¿Cómo se enfrenta alguien a la idea de que toda su vida ha sido una mentira?

La reconstrucción no fue inmediata ni sencilla. Durante años, se resistió a aceptar su verdadera historia. No podía comprender que aquel hombre que la crió con afecto fuera, en realidad, su apropiador. La identidad es más que un relato, es una raíz que está arraigada en uno, de manera fuerte, como las raíces de un árbol en la tierra. Y cuando alguien es forzado a olvidar, a negar o reemplazar su identidad verdadera, el proceso de recuperar la verdad puede ser tan doloroso como arrancar esa raíz del suelo.

Pero la verdad persistió. Con el tiempo, Victoria comprendió que recuperar su identidad no

era solo un acto personal, sino un acto de justicia. Entendió que su historia era la de cientos de nietos y nietas apropiados, y que su verdad podía ser también un faro para quienes aún no la conocen. Al recuperar su nombre, recuperó también su lugar en la memoria colectiva.

Cuando Victoria Montenegro estuvo presente en el acto de apertura de la Semana de la Memoria XXXI en la Facultad de Trabajo Social, la sensación en el ambiente fue indescriptible, pero imposible de ignorar. Los aplausos no fueron solo un gesto de reconocimiento, fueron abrazos invisibles, extendidos a todos aquellos que vivieron el dolor de una identidad arrebatada. Abrazos para los que encontraron su verdad, para quienes siguen luchando, y sobre todo, para quienes aún falta.

Ese momento dejó en claro que la memoria no es un ejercicio del pasado, sino una construcción viva en el presente. La lucha por la verdad y la justicia no se reduce a un esfuerzo individual, sino que es una responsabilidad colectiva que sigue vigente. Porque la historia de Victoria Montenegro es testimonio de una de las heridas más profundas del terrorismo de Estado en Argentina; la apropiación sistemática de niños y niñas, la manipulación de sus identidades, el intento de borrar su origen. Pero también es la prueba de que la verdad siempre busca y encuentra su camino.

En palabras de Victoria: *"Las pequeñas cosas que hacemos, forman parte de nuestra identidad"*. Y esas pequeñas cosas, como estudiar en una facultad pública, marchar por los derechos de otros, elegir libremente nuestra música, posicionarnos políticamente sin miedo, también construyen quienes somos.

Hoy puedo decir que la Facultad de Trabajo Social, así como algunas compañeras que conocí en este camino, son parte de mi identidad, tengo la fortuna de seguir construyéndola, de tener la libertad de expresarme, de elegir mis luchas y estar presente. Libertades que generaciones como la de Victoria no tuvieron, por eso siguen en las calles; para recordarnos que los derechos no se regalan, se conquistan. Recordar es también resistir. Y resistir es construir, colectivamente, una sociedad más justa.

¡No vamos a resignar la memoria de los 30.000!

Barzola, Sofía Belén

Tantas veces me mataron, tantas veces me morí
Sin embargo, estoy aquí, resucitando
Gracias doy a la desgracia y a la mano con puñal
Porque me mató tan mal
Y seguí cantando
—María Elena Walsh, Como la cigarra

Comienza a llegar la gente al aula 1 de la Facultad de Trabajo Social, en cuestión de segundos no había hueco alguno en ella; ni un aula del doble de su tamaño bastaría para reunir a todas

las personas que quieren presenciar el acto de apertura del gran acontecimiento que nos convoca como comunidad.

Llega el momento de entonar las estrofas del Himno Nacional. Mi piel se erizó con la fuerza y el volumen de las voces y mi cuerpo vibró con la ovación y los aplausos para los invitados. Se presenta a Victoria Montenegro -nieta recuperada- y Ramón Inama -integrante de H.I.J.O.S. La Plata, hermano de la nieta 139.

La charla comenzó con el interrogante “¿cómo atravesó la dictadura su vida?”. Toma la palabra Victoria y cuenta su historia viviendo veinticinco años como María Sol -nombre puesto por sus apropiadores-. Una niña que había nacido el día anterior al Día del Ejército, hija del coronel a cargo del operativo de su desaparición y apropiación; transitó su infancia en cuarteles, presenciando muchas reuniones acerca de operativos a realizarse. Creció creyendo que todo lo que hacía su padre- apropiador- estaba bien, mientras que todo lo otro era lo malo. “Me habían enseñado a odiar, el odio habitaba tanto en nuestra vida”, dice Victoria. Mientras, yo imaginaba cada escena que relataba.

Montenegro expresa lo complejo de depurarse de tanta locura y violencia; “...en mi proceso lo difícil no es aprender tu historia, sino desaprender todo lo que me habían impuesto”. Decido retomar la historia de Victoria porque, además de interpelarme y conmoverme por la crueldad y malicia que relata, me llevó a crear un paralelismo con la actualidad. Ella creció afirmando que no había desaparecidos, que todo era un invento, y en caso de haberlos, “algo habían hecho”; que el 24 de marzo de 1976 comenzó una guerra. ¿Cuánto de estos discursos escuchamos en el contexto que estamos atravesando?

Nos estamos enfrentando a una disputa de sentidos que busca construir a un Otro que lucha por sus derechos y viene a hacernos el mal. Se intenta imponer el camino del individualismo como la salida correcta. En cambio, comparto lo que nos decía Ramón: “nos constituimos a través de otro”.

Ahora bien, mientras me llenaba de esperanza escuchando a Victoria y Ramón, mientras miraba a mi alrededor y entendía el sentido y la fuerza de la lucha colectiva, comenzaba como todos los miércoles una nueva marcha de jubilados en el Congreso. Esto nos mantenía en una inquietante preocupación, veníamos de una marcha con brutal represión que dejó al fotoperiodista Pablo Grillo peleando por su vida.

Sin embargo, pienso en las dos acciones que predominaron en esa marcha -la lucha colectiva y la represión policial- y refuerzo la importancia de la memoria para no repetir la historia. La lucha no debe ser sectorial; luchar con y por los nuestros crea un sostén irrevocable para nuestra sociedad. Cuando ponemos el cuerpo para alojar al otro también estamos construyendo la Patria.

Recuperar la identidad en colectivo

Conte, Agustina

Un día de verano, en hora pico donde el sol irradia más calor, la Facultad de Trabajo Social se llenó de estudiantes y personas movilizadas por la memoria, para escuchar el acto de apertura: “La lucha por la identidad como conquista de la Democracia”. Inició la presentación María Ana González Villar, quien agradeció la participación de los invitados y quienes hacen posible que se desarrollen estas actividades, emocionándose al recordar el porqué de esta semana y como, en lo que a mi concierne, todos estamos comprometidos en mantener esa llama de la memoria viva, para que discursos que corroen nuestras calles, no vuelvan nunca a primar por encima de la verdad. Terminando con un aula repleta entonando con emoción las estrofas del himno nacional argentino.

Luego de los seguidos aplausos, se presentaron los grandes protagonistas, quienes habían logrado reunir a toda una facultad en un mismo salón: Victoria Montenegro y Ramón Inama, ambos hijos de desaparecidos, aunque con un camino hacia la construcción de su propia identidad completamente distinto, siendo esto lo que más llamó mi atención, sus diferentes caminos para construir y reconstruirla. Una cálida recibida de aplausos abraza la presentación de ambos, frente a una marea de gente ansiosa por escucharlos, Victoria y Ramon se encuentran en lo que parecía un cálido apretón de manos y unas vagas palabras de apoyo antes de tomar la palabra. Es central recuperar las vivencias de estas dos personas, cómo su identidad fue recuperada y reconstruida, como fueron atravesados totalmente por la dictadura, pero con caminos completamente particulares, teniendo el fiel apoyo de la colectividad y los organismos de derecho humanos por la memoria, verdad y la justicia.

Victoria es quien inicia contando su camino de reconstrucción. Ella decide empezar su historia contándonos quiénes son sus padres, Hilda Torres y Roque Orlando Montenegro, militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo, movimiento de la Provincia de Salta. Sus padres deciden mudarse a Buenos Aires, en donde el 31 de enero de 1976 ella nace como “Victoria”. Es en este punto que su voz se oye entrecortada, al decir las palabras “operativo del ejército nacional argentino y la policía bonaerense”, quizá emocionándose al imaginar tal feroz y desgarradora imagen, en ese mismo instante es que a Victoria se le arrebató todo, su propia identidad, familia y memoria, los recuerdos parecían inexistentes entre tanta pérdida. Victoria junto a sus padres, pasan a ser desaparecidos, dejando un hueco en la sociedad argentina. Quien llevaba a cabo este operativo era el comandante Tetzlaff, quien pasó a ser su apropiador, llamándola María Sol Tetzlaff bajo un certificado falso, una “paternidad” (si es que así podemos llamar un acto de apropiación) construida con bases en la negación y el sufrimiento de otros. Hoy en día Victoria se diferencia de María Sol, de esa identidad que le fue impuesta, llena de mentiras, odio y una oscuridad que hoy en día le genera rechazo. Fue en el año 2000 que las Abuelas dieron con ella, la Victoria que había desaparecido con 2 semanas de vida, ya era una joven adulta de 25 años, y era María Sol quien se encontraba allí, una persona criada entre militares, dentro de un cuartel en donde se repetía la idea fantasiosa de que los desaparecidos no existían o que si eso era cierto, algo habrían hecho, un relato que ubica al coronel Tetzlaff entre los buenos. Esta forma de ver la vida y los objetivos de María Sol, eran solo una identidad impuesta y ajena a lo que ella es y representa, son cualidades y sueños impuestos, creado artificialmente para la satisfacción de un criminal cruento.

La aparición de Abuelas (junto a la investigación que ellas ponen sobre la mesa) irrumpe en la tranquilidad fabricada por mentiras y ocultamientos de María Sol; dándole a Victoria la posibilidad de tomar las riendas de su propia identidad y de formar su propio pensamiento, reconstruir desde la verdad su historia y la de su familia, iluminar aquello que había sido negado y construido mediante odio.

Es en este punto que Victoria redescubre su identidad, batallando con fuertes tensiones entre los discursos con los que habían sido criada y la realidad que en su momento se le ponía frente a sus ojos, intentando negarla por momentos, apoyándose en los medios de comunicación hegemónicos que, para el año 2000, seguían con la teoría falsa de los dos demonios. Victoria no sabía aquella triste pero esperanzadora historia de su familia buscándola incansablemente, que su tía “Susy” la buscaba

entre los niños que jugaban en las plazas, con la esperanza de ver alguna niña con su lunar en la rodilla, un relato que muestra el dolor ahistórico que generó la dictadura, un dolor que sigue perdurando en la sociedad argentina, una herida abierta que no hace más que movilizarnos hasta las lágrimas y llenarnos el corazón con los mismos ánimos de lucha que tienen estas familias por encontrar aquellas identidades desaparecidas.

Acercarse a Abuelas le hizo reconocerse cada vez mas en Victoria Montenegro, aceptarse a sí misma en su propia identidad, teniendo ahora una legitimación por parte del Estado su historia, la de su familia, que la llevaron a la verdad, en donde el coronel Tetzlaff era uno de los partícipes del sangriento genocidio que el país sufrió.

En contraste con esto, Victoria nos dice: “nunca pensé volver a este lugar”, explicar su historia y que una sociedad le respondiese con ideas negacionistas, pensó que nadie más que esa María Sol de 25 años justificaría los horrores, dice ya no encontrar las palabras suficientes para defender a sus padres, para defender su identidad. Pareciera quebrarse al recordar a su madre, como ella la ve a través de la lucha actual, quizá sintiéndose más cerca de la identidad militante de su madre, de aquella imagen estática en su cabeza de quien fue. La dictadura le dejó un dolor que sigue llevando consigo, pero intentando que este se reformule dentro de la lucha para reconstruir su historia, su identidad. Algo que personalmente sentí movilizante fueron las palabras de Victoria, quien con voz fuerte nos dijo: “hay que defender la memoria de los 30.000 dejándolos vivir siempre en la dignidad de nuestro pueblo”, sus palabras fueron recibidas con los aplausos de un aula llena, dejando un llamado a la acción.

Aun con su identidad original restituida, Victoria se sentía en deuda con el coronel Tetzlaff, encontrando mucho dolor en ese sentimiento, sin poder salir de esa dicotomía entre la identidad que estaba construyendo y otra que estaba desmantelando. Debido a esto, inició terapia, en donde se presenta como María Sol. Allí hablaba de su apropiador y de sus padres biológicos, encontrando un punto en el que ambas identidades estaban en constante disputa y tensión. Es en este lugar, donde ella cae en cuenta de que lo que le generaba seguir llamando “papá” a Tetzlaff, seguir sosteniendo esa mentira solo le podía generar angustia, necesitaba darle ese apodo a su padre biológico, que él ocupe el lugar que merece. Fue así, como en una navidad, Victoria llama por primera vez “papá” a Roque, diciendo que lo extrañaba. Ese fue su punto de quiebre, el hartazgo de las mentiras y el dolor provocado por su apropiador, mezclado por la ternura que le traía la nostalgia de sus padres, lo que desencadenó que ella se empiece a presentar como Victoria. Su identidad está llena de contradicciones, en donde el lugar de “papá” es difuso y conviven Tetzlaff y Roque Orlando, algo que sigue siendo una disputa interna para ella, pero que forma parte de estas contradicciones.

Hoy en día Victoria entiende la dictadura desde el horror, como los derechos de todos los ciudadanos habían sido secuestrados, impidiéndoles vivir con dignidad, razón por la cual los padres de Victoria militaban, porque veían en los derechos sociales, derechos humanos. Es aquí donde ella se encuentra con sus padres, en la militancia, dejando de lado el dolor y uniéndose en lucha y resistencia colectiva. Se oye la voz de Victoria quebrada, como si las palabras se volviesen pesadas al imaginarse junto a sus padres, seguir junto a ellos, luchar por su memoria.

En pos de articular nuestra historia y actualidad, Victoria encuentra similitudes (haciendo énfasis en que las comparaciones son necesarias), ya que el objetivo de la dictadura era que nosotros nunca llegásemos a ser pueblo, “destruir nuestro tejido social”, llevándonos a ser inconscientes de nuestra capacidad de lucha para defender la soberanía. Hoy en día se impone una ideología que nace del desprecio, en donde el Estado se encuentra totalmente ausente, siendo esta una decisión, que pone al pueblo argentino en un lugar despojado de derechos. Su voz comienza a escucharse entrecortada, contando su sueño de vivir en un país en el cual todos los sujetos sean y se sientan dignos, su objetivo de lucha; ella recuerda con una enfática pasión, lo que el Estado significaba hace unos años, como su presencia se sentía en cada rincón del país, latía permanentemente por y para su pueblo, viendo ese mismo sentido de acompañamiento en la lucha de los 30.000 desaparecidos.

Al momento de despedirse, Ramon y Victoria se levantan de sus asientos y se unen en un abrazo, que en mi opinión, representa una imagen explícita de la colectividad y acompañamiento entre sujetos, algo que rescato como punto principal de este acto, el encontrarse en el otro, fundirse en sus brazos, enriquecerse con la historia que se construye de forma colectiva, mantener vivos en

la memoria a todos los compañeros que ya no pueden recorrer las calles a nuestro lado. Me parece fundamental en este momento, luego de tan hermoso acto, rescatar la idea de construcción colectiva, no sólo como signo de lucha y forma de memoria activa, sino también como acompañamiento en comunidad, un “abrazo colectivo” que fomenta en cada uno de nosotros los lazos de solidaridad. Que personas como ellos, que resignifican e intentan buscar su identidad busquen construirla a partir de lo colectivo, es un bello acto de amor hacia el otro, confiarle aquello que es tan sagrado para uno, como la identidad, para construirlo colectivamente me parece uno de los mayores actos de amor hacia el otro.

Laureles que supimos conseguir: Identidades recuperadas

Dobler, Gianella

Con muchas expectativas. Así comenzaba la Semana de la Memoria en la FTS. Las actividades habían empezado alrededor de las 10 de la mañana. El acto de apertura estaba pactado para las 13:30 hs; pero ya temprano congregaba a varias personas frente a la puerta del aula 1, esperando.

Empezó puntual. Se sentía en el ambiente esa mezcla de incertidumbre, de emoción por dar comienzo a todas las actividades. Por llenar todos los rincones de Memoria, Verdad y Justicia, las que últimamente pretenden enterrar lejos de la conciencia de todos los argentinos; al menos eso era lo que yo sentía, esa mezcla de emociones: amargura, por tener que cuidar con tanto ahínco una memoria colectiva que creímos se mantenía firme en el espíritu de la Nación. Felicidad y emoción extrema por poder ser parte, tanto en organización como en asistencia, de esta Semana que celebra la lucha, la unión y que desprecia la crueldad en todas sus formas.

En el pequeño escenario del aula, luego de cantar el Himno Nacional, se encontraban la moderadora de la actividad Analía Chillemi; Ramón Inama, integrante de H.I.J.O.S La Plata, hermano de la nieta 139; y Victoria Montenegro, nieta recuperada. La pregunta hecha por Chillemi fue la desencadenante del relato de ambxs invitadxs: ¿Cómo atravesó la dictadura sus vidas?

Victoria fue la primera en relatar sus vivencias como hija de desaparecidxs y apropiada. Ella nace el 31 de enero del 76, en Flores. Apenas unos días después, el 13 de febrero, es secuestrada junto a sus padres, Roque Orlando Montenegro e Hilda Torres. Finalmente es apropiada por el Coronel Herman Antonio Tetzlaff, quien, junto a su esposa, la llamaron María Sol. Victoria contaba que creció en los cuarteles, que ver militares era algo cotidiano, que ellos eran los buenos, en cambio, lxs desaparecidxs no existían y en caso de hacerlo, estaban en Europa. Ella, como tantxs otrxs bebés apropiadxs, eran utilizadxs para repetir las mentiras y “odiar” a un enemigo que no conocían; lo difícil, según cuenta, no era comprender su historia, sino desaprender lo que le habían impuesto.

**

Yo voy a luchar con otros y con otras, yo tengo muchos hermanos y hermanas.

**

Una frase quedó resonando: “reconstruir tu historia desde pedacitos que hoy están pisando”. Victoria fue recuperada a los 25 años, y aún así tardó al menos otros siete en poder decir su nombre real, luego de una conversación con una amiga en la que le dijo “papá” por primera vez a Roque Montenegro. Relata además que incorporó pensamientos/formas. María Sol quería ser militar (como su apropiador), se sentía culpable de que Tetzlaff sufriera en la cárcel, temía que la psicóloga de Abuelas a la que debía ir le “iba a lavar el cerebro”.

La bronca y el dolor me invadían al escuchar su relato, sumado a la tristeza que me atravesaba al pensar en lo que sufrieron las familias. Especialmente atravesada de cerca por la vivencia personal de haber crecido junto a un ser humano excepcional e igualmente afectado por la dictadura como lo fue Abel Madariaga, quien fue un gran amigo de mi papá y con quien compartí muchos momentos desde mi infancia. Abel, exiliado. Su pareja, Silvia Mónica Quintela Dallasta desaparecida y embarazada de cuatro meses, quien dio a luz en Campo de Mayo a Francisco. Se reencontraron luego de años de buscarlo junto a Abuelas. Conocer esto de cerca me hizo entender aunque sea un poco el dolor que Victoria transmitía en su relato, la superación, en parte, de aquella que fue su vida durante tanto tiempo y el proceso de aceptar cómo todo lo que conocía, se caía a pedazos.

Luego del testimonio de Victoria, era el turno de Ramón. Su padre, Daniel Inama de 25 años, estaba en pareja con Noemi de 22 años, quien no era la mamá de Ramón. Ella estaba embarazada de 6 ó 7 meses en el 77 de la que hoy nombramos como la nieta 139 desde el 21 de enero de este año. El sentimiento de que falta algo en tu propia identidad, aún sin haber desaparecido, demuestra que no desaparecieron solo a quienes se llevaron a centros clandestinos y los nombraron NN, sino que también les quitaron una parte de sí a todos los allegados de esas personas, a su entorno, que se quedaron, en muchos casos, solo con el recuerdo de lo que fue y con ganas de volver a verles con vida. Que ante la injusticia de las desapariciones sólo encontraron consuelo en la lucha colectiva.

Por otro lado, Ramón resalta la importancia de nombrar a su padre y a Noemi ya que eso es darles/devolverles identidad, esa identidad que les fue arrebatada.

**

Mi viejo es un pibe que quedó angelado.

**

Ramón se crió con su abuela paterna y su mamá. En su entorno resonaba la frase “el papá de Ramón se fue”. La frase y su vida cobraron otro sentido al encontrarse a sí mismo como parte de H.I.J.O.S. El sentimiento de colectivo, de pertenencia. La ausencia de su padre que había llevado consigo siempre tomó otro lugar para él.

A su hermana la encontraron, en parte, gracias a que él donó sangre al BNDG (Banco Nacional de Datos Genéticos) en el 91. Se podía sentir cómo todos nos hacíamos pequeños en los pupitres, cómo el ambiente del aula pasó de entusiasta a sombrío con un dejo de tristeza, todos en silencio y atentos a los testimonios de Ramón y Victoria. Un escalofrío me recorría al pensar y tratar de imaginar el calvario que se vivía en ese entonces de forma constante, en las preguntas que Ramón contó que le surgieron a su hermana desde el primer instante: ¿dónde nació? ¿Su mamá la pudo tener en brazos?

**

Mi hermana es un laurel que supimos conseguir.

**

Permanecí sentada en el aula unos momentos luego de que todo terminó, asimilando lo que habían relatado, sus vivencias, sus sentimientos. Cómo todxs estábamos completamente absortxs

Estos encuentros que a la vez son trinchera, son símbolos y espacios de lucha, resguardando y cuidando la memoria que hoy parece frágil pero está más latente que nunca. Para devolverles la identidad a quienes desaparecieron y no volvieron, a quienes sí volvieron como Francisco y a quienes lucharon, como Abel.

La memoria construye la patria que soñamos

Pellegrino, Marisol

Entre marzo de 1976 y diciembre de 1983 la dictadura militar en la Argentina generó una eterna sensación de dolor e injusticia en el pueblo.

En aquellos tiempos, el edificio de nuestra casa de estudios funcionaba como Distrito Militar. Actualmente, este espacio se transformó en un lugar que honra la lucha por los derechos humanos, conmemorándose cada año la Semana de la Memoria.

Esta 31° Semana de la Memoria tuvo como acto de apertura el panel “La lucha por la identidad como conquista de la Democracia”. Estuvieron presentes invitados importantes, como Victoria Montenegro (hija de desaparecidos y apropiada por el teniente coronel Tetzlaff) y Ramón Inama (hijo de desaparecidos y hermano de la nieta 139). Ellos nos compartieron su historia, el relato en primera persona de aquellos años sombríos en donde nuestro pueblo fue perseguido y silenciado.

Recuperar la historia de cada víctima es parte fundamental para seguir manteniendo viva la memoria, como un hilo que une la verdad con la justicia. Es una responsabilidad que tenemos como pueblo, para construir un mundo más justo, en donde no se olvide a aquellos compañeros que quisieron acallar con el miedo creyendo que el silencio era olvido. Pero cada uno de ellos, sus nombres, sus historias, siguen vivos en la memoria, en cada encuentro colectivo, en cada marcha, en cada espacio de nuestra Facultad de Trabajo Social. Cada pared refleja aquellos tiempos como forma de recordar esos años en donde la voz y el pensamiento atormentaban como un peligro inminente.

Victoria, en su testimonio, mencionaba las contradicciones que tuvo que enfrentar con su pasado, cuando debió ser María Sol, como fue llamada por sus apropiadores. Un dualismo entre María Sol y su verdadera identidad. Había una verdad impuesta, un discurso que le habló al oído y le dejó ecos en su conciencia.

—Tuve que construir mi historia de a pedacitos— dijo Victoria, con impotencia y la certeza de que algo se quebraba —Tengo contradicciones. En mi casa, no digo mi apropiador Tetzlaff, digo mi papá y me duele. Me sigo peleando conmigo misma, y lo sigo intentando, reubicándolo en el lugar que tiene que estar para que mi papá tenga el lugar que tiene que tener— sostuvo, al mencionar cómo la dictadura dejó secuelas inquebrantables hasta estos días.

Mientras seguía relatando su duro testimonio, los presentes llorábamos escuchando su historia. Pensando en cómo todo se convirtió en duda, en lo difícil que debió ser para nuestra compañera poder desprenderse de todo lo que se le impuso como verdad absoluta.

—¿Qué pasa con los derechos humanos en el presente? ¿Qué diferencias hay con el modelo del 76? —preguntó la moderadora del panel Analía Chillemi.

Victoria sostuvo que el modelo económico del 76 es el mismo de nuestros días, pero cambian algunas formas. La retirada del Estado de lo social tiene profundas consecuencias en la vida cotidiana de las personas. Cuando el Estado deja de garantizar derechos básicos como la salud, la educación, la vivienda o el acceso al trabajo, esas responsabilidades recaen sobre las familias, muchas veces sin los recursos necesarios para afrontarlas. Esto profundiza las desigualdades, y rompe los lazos del tejido social. En lugar de un Estado que protege y acompaña, se impone una lógica de “sálvese quien pueda”, donde el acceso a una vida digna depende cada vez más del poder adquisitivo que se tenga y no de los derechos que se reconocen. Al escuchar a Victoria me pregunto ¿qué país estamos habiendo? ¿Qué voces dejamos entrar en la historia de nuestro país y a quiénes seguimos silenciando? ¿A quiénes abrazamos como parte del pueblo y a quiénes seguimos mirando como “otros”? ¿A qué se debe tanto discurso de individualismo y exterminio del “otro”? ¿Qué decidimos recordar y qué no?

Ramón Inama (hermano de la nieta 139) también compartió su historia, relatando el tiempo que buscó a su hermana. Resaltó la importancia de los logros, que no son individuales. Y que en el amor del pueblo están las victorias.

—La desaparición de un desaparecido es la personificación más concreta del terrorismo de Estado —sostuvo, entre lágrimas. Como una forma de visibilizar el miedo, que, en aquellos tiempos, ocupaba cada espacio de la vida —A mí lo que me dio vuelta la vida tiene que ver con eso, con que yo fui hijo de un padre ausente, desaparecido, y ahora lo que encontré es una persona viva, una aparecida. Eso cambia todo— El relato nos dolía, como si nos hubiese pasado a cualquiera de nosotros.

Reconocer que los desaparecidos eran militantes políticos es un acto de memoria, pero también de justicia. Ya que nombrarlos por lo que fueron es recuperar la verdad que intentaron silenciar.

—El mejor lugar donde encuentro a mis hijos, mi historia, mi identidad es en el compromiso y en la lucha para que nunca más pase —sostuvo, con total convicción, Victoria.

Es parte fundamental de nuestro colectivo considerar los derechos sociales como derechos humanos.

Nuestra querida Facultad de Trabajo Social recupera cada año la memoria, realizando diferentes actividades, invitando al debate, a la reflexión; generando lugares de participación con referentes en materia de derechos humanos. Es importante formar profesionalmente, pero el rasgo central que adquiere nuestra institución es formarnos como personas, generando cotidianamente el encuentro con el otro, fomentando lazos sociales, pero primordialmente en donde adquiere total relevancia la construcción colectiva. Es ahí, en ese encuentro, donde toda lucha y toda resistencia es viable: es importante en tiempos donde el individualismo y el odio amenazan con volverse norma. La salida es colectiva cuando el odio se disfraza de verdad.

Memoria en imágenes

Prieto, Candelaria

Alrededor de las 16 horas se daba comienzo a la presentación de la muestra “Rostros”, una exhibición de fotos sacadas en la ESMA, y que hoy está en resguardo de la Comisión Provincial por la

Memoria. Éramos un montón de estudiantes frente a las fotografías de detenidos desaparecidos en la última dictadura. Pero no eran solo fotos del pasado; veíamos un presente. Mientras mirábamos, una compañera me hace detenerme en unos ojos, ella cree que son ojos que han vivido el horror de la tortura. Pero también son ojos que transmiten la convicción de que un mundo mejor es posible. De fondo se escuchaba dos músicos tocar, que fueron invitados especialmente para este momento.

Caminamos entre las imágenes, un archivo que grita Memoria, Verdad y Justicia. Hay murmullos, suena de fondo una guitarra, hay un aula llena. En otra pared, un cartel de la UNLP del año anterior dice: "En defensa de nuestra universidad pública y gratuita". Quedó ahí, como un eco de una lucha más que sigue vigente y que es parte de la misma lucha que nos convoca hoy. La gente entra y sale, se acomoda, se encuentra, se saluda, se abraza. Hay sonrisas y manos agitando en el aire. Son jornadas importantes para nuestra comunidad.

Pienso, mientras observo, que estas imágenes no fueron guardadas con la calma con la que se guarda cualquier archivo, con la tranquilidad que algunos celulares hoy están tomando algunas fotos de la actividad. Son imágenes que sobrevivieron a la época más oscura, escondidas en manos de un testigo vivo del horror, Víctor Bastera, que en medio de la noche vió un sol posible. Él era obrero gráfico, y en 1979 fue secuestrado junto a su esposa y su hija mayor por un grupo de tareas de la ESMA. Víctor, luego de ser torturado, fue utilizado como mano de obra esclava por sus conocimientos en fotografía. Así se convirtió en autor de las fotos que permitió reconocer a quienes pasaron por el centro clandestino. A pesar del terror, un pensamiento esperanzado le dijo que guardara aquellas imágenes que los represores usaban para sus documentos falsos. La esperanza es eso: la certeza de que algo tiene sentido, sin importar cómo resulte. Y así fue. Con el riesgo que implicaba las guardó sin saber que, años más tarde, esas fotos hablarían, señalarían a los genocidas y tejerían el camino de justicia.

Coraje, pienso. El coraje que se contagia, que nos alcanza.

Luego, la entrevista a Eva Bastera Seoane, hija de Víctor. "El legado que fui mamando", dice. "Lo visceral se hace afecto y el afecto se hace lucha". Afuera y dentro de la sala, los lentes de las cámaras se estiran, buscando capturar más imágenes. Ahora ya sabemos que una foto es la captura de una memoria que se niega a olvidar, y vemos con otros ojos la tarea de los dos fotógrafos que recorren el aula. Nosotros, desde el público, queremos imitar. Levantamos los celulares, alzamos las cámaras buscando la misma verdad, la misma memoria. Fotos que se convertirán en publicaciones para redes sociales, para poner en circulación lo que nos atraviesa, para contagiar algo de lo que estamos presenciando y llegar a quienes no están acá. Estoy segura de que también buscamos interpelar, despertar, llevar la memoria a cada espacio y en estos tiempos que corren, tiempos en que se la busca negar.

El conversatorio termina con alguien del público reafirmando la importancia de marchar el 23 y 24 de marzo, de encontrarnos en las calles.

La entrevista le dio continuidad al acto de cierre. El aula se volvía a llenar, aún más, de estudiantes, de invitados, de agrupaciones estudiantiles, de docentes y nodocentes. Afuera el sol empezó a caer sobre nuestra casa de estudios. Adentro, las palabras de diferentes compañeros se encienden. En este momento se hace entrega de la distinción Liliana Ross a Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio. H.I.J.O.S es la expresión de una herencia: "se deja una historia para que otros comiencen otra historia, en una continuidad de sentido" expresaba quien acompaña la entrega.

La lectura de la resolución en el micrófono dio lugar a aplausos que se multiplicaron en cuestión de segundos. No alcanzó. Nos paramos para seguir aplaudiendo con fuerza, cada vez con más fuerza para que se escuche, que llegue, que abrace. No es sólo reconocimiento, también es promesa, es la certeza de que la historia no se cierra, que se escribe cada día y que acá estamos tantos jóvenes para seguir levantando sus banderas. La ovación nos atraviesa a todos y se mezcla con emociones intensas, risas, abrazos, y cantos. El aire se llena de una sensación compartida, sabemos que estamos rodeados de personas que ponen el cuerpo día a día en la construcción de un país más justo, libre y soberano.

Poco a poco comenzamos a salir al patio y nos preparamos para un festival solidario. Me voy pensando en la importancia de la educación pública y en la responsabilidad que tenemos quienes la

habitamos de defenderla. Esta facultad hace mucho más que producir conocimiento, es una trinchera de esperanza y potencia. Ana dice que esta es la casa de las Madres y a nosotres nos gusta repetir eso. Acá nos formamos trabajadores sociales que levantan las banderas de los Derechos Humanos y tienen como horizonte la justicia social, que está profundamente anclado en la lucha por el Nunca Más.

Las luces del aula se apagan. Y en aquella pared, las fotos nos dicen que la lucha sigue. Que el pañuelo blanco es nuestro faro.

Una memoria florecida que regamos entre todxs

Prieto, Valentina

Corría el año 2008, vísperas de finales del mes de marzo y una tarde lluviosa que recuerdo bien. Tenía que encontrarme con mi mamá a la salida del colegio, para retirar a mi hermanita del jardín, así que salí encaminada para la izquierda cuando la ví. Entre pasos y saltitos, el tramo que tenía que cruzar era ínfimo. De golpe, una sensación de humedad fría me envolvió los tobillos, calándose entre los zapatos para, en breve, llegar a las medias, sensación que seguro no olvido por cómo se pegaban a mi piel. Sin darme cuenta había pisado un charco de agua gigantesco y hasta no llegar al auto, la incomodidad no tenía vuelta atrás. Con hambre de merienda compartida, un poco de cansancio y frío en los pies, recuerdo subir al auto en marcha, en el que se encontraba mi papá. “¿¡Adivina qué le preguntaron a la chiquita!?” le comentó mi mamá, y se ve que mi intriga fue tan fuerte, que también recuerdo la reacción de mi papá al taparse la boca con emoción cuando escuchó de qué se trataba.

Vengo de una familia donde siempre se le dio mucha importancia a la política, a lo histórico, a lo social y, por ende, a lo ocurrido en la dictadura. En mi casa se hablaba constantemente de lo que pasaba en el país, de fechas históricas, de los paros, de las movilizaciones, de los derechos conquistados y de quienes lucharon para que se conquisten.

¿¡Alguien sabe que pasó el 24 de marzo de 1976!?

Lo cierto es que su maestra -tal como nos contó mi mamá- había preguntado en la salita si alguien sabía algo sobre lo que había pasado el 24 de marzo de 1976, y ella, con 5 años, fue la única que levantó la mano, y respondió que unos hombres muy malos habían robado bebés. Claro que esa tarde fue inolvidable, no solo por ser una anécdota familiar muy peculiar, sino porque pregunté con lujo de detalles todo lo que, hasta el momento, creía no saber, y encontré un sin fin de respuestas que me acompañan hasta el día de hoy. De la mano de mi familia y a mis 10 años, se creó el primer recuerdo nítido que tengo acerca de la dictadura, de los militares, de los militantes, de las madres y las abuelas, de los bebés robados y los restituidos, de los desaparecidos y los que aparecieron sin vida, de la censura, de la tortura, de los silencios, de lo que no quiero nunca para mi patria, de la memoria, de la verdad y de la justicia.

Corre el año 2025, vísperas de finales del mes de marzo, 19 para ser más precisa. Es el primer día de la Semana de la Memoria y la charla de apertura se da en el aula 1 de mi querida FTS, que a mi parecer es una de las aulas más grandes que hay. Voy, a diferencia de años anteriores, en calidad de organizadora de la misma, como encargada de las actividades de “logística”. Salí más tarde de lo que tenía planeado de mi casa, y entre las apuradas y el calor, llegué cuando empezaba la actividad. Procuré que estuviera todo en su lugar y una vez así, me fui a sentar en una silla, casi al fondo del aula. Fue ahí que noté el murmullo de la gente amplificado, ruidos de hojas, escrituras y mates, la calidez del ambiente era notable, no solo por la cantidad de personas que había, frente a la que pude divisar muy pocos asientos libres, sino por el grado de esperanza que me generó que tanta gente haya decidido participar.

Puedo decir que a pesar de haber tenido tres espacios de formación, dentro de lo que es el Tramo Optativo, recorrían mi cuerpo un popurrí de sensaciones difíciles de poner en palabras. Sentía un cosquilleo en el estómago que delataba mis nervios y mis ansias porque todo salga bien. Estaba claramente preocupada. Escuché por ahí, que preocuparse tiene mucho más que ver con estar ocupada y comprometida con las cosas que pasan, que con negarlas. Y tomando esa acepción como premisa, podía ver en los rostros de mis compañerxs esa misma preocupación, y me puse feliz. Feliz de ver que estos espacios le hacen frente a discursos que niegan, que ocultan, que reivindican un pasado lleno de crueldad.

Puntualmente me motivaba mucho estar en esta apertura, no sólo por lo que significa para nuestra facultad la semana de la memoria, sino también, porque particularmente iba a poder escuchar en primera persona a Victoria Montenegro. La conocía por mi entorno, por redes. La había escuchado hablar en más de una oportunidad, pero nunca en primera persona. En esta apertura, además, conocí a Ramón Inama, perteneciente a la organización H.I.J.O.S La Plata, a quien nunca había escuchado o leído, y que recientemente se había encontrado con su hermana, la nieta 139.

Desde aquel primer recuerdo, desde que tengo memoria -palabra que tantas veces escuche en estas charlas- es un tema que me moviliza, que me interesa, que me pone la piel de gallina, del que cada año encuentro algo nuevo. Esta charla de inicio estaba titulada “La lucha por la identidad como conquista de la Democracia”. Entiendo que si existe la necesidad de lucha es porque aquello que nos viene dado hoy puede no estar mañana, puede truncarse, puede borrarse, puede “desaparecer”. La democracia puede peligrar, porque no es estática, porque requiere de una participación activa en el conocimiento de lo que ha sucedido, porque eso que ha sucedido es parte de nuestra construcción como país y como sujetxs argentinxs, y porque olvidar la historia implicaría, también, dejar atrás nuestra identidad. Desde el 76 hasta el 83, se intentó terminar con las diferencias de pensamiento, con la diversidad en materia de cultura y con la libertad para ser quienes somos. No podemos pasar por lo mismo.

Desaparecieron libros, canciones, autores, desaparecieron periodistas, diarios y amores, desaparecieron bebés, padres y roles, desaparecieron vidas, desaparecieron nombres, que la memoria no silencia, ni deja silenciar. Para nosotrxs, para mí, esas desapariciones sí tienen entidad.

Luego de una breve presentación para abrir el espacio, a manos de María Ana Gonzalez Villar - secretaria de Derechos Humanos y Género- y Analía Chillemi -secretaria académica de la FTS-, entramos las primeras estrofas del himno nacional. Cantar el himno me envuelve en la patria, más aún en estas fechas. Victoria llegó en ese momento, y se acomodó junto a Ramón.

Ambos contaron lo que les había tocado vivir, y lo hicieron con tanta emoción que realmente sentí en sus maneras de expresar, una transmisión de esperanza. Los observaba mientras tomaba notas de algunas cosas que no quería olvidarme. Sus rostros, sus voces quebradas, sus ojos vidriosos. Ramón rebalsó su emoción en un llanto, momentáneo, pasajero, genuino. Victoria dijo que ella no era de llorar, pero yo podía escuchar ese nudo en su garganta cuando hablaba de su apropiador, deduzco que ese caparazón es resultado de un camino que viene transitando hace años -quizá sea solo una apreciación, que habla más de mi shock ante lo que cuenta, y no tanto de ella contandolo-.

“El odio habitaba en nuestra identidad”, sostiene Victoria. No creía en las desapariciones, no creía en el terrorismo de Estado, no creía en que ella podía ser una de esas personas a las que les arrebataron su identidad, una de las que tanto buscaban. A ella la encontraron en el año 2000. En su

momento, quien entonces oficiaba el rol de “papá”, su apropiador, era el “bueno” en esta historia, su orgullo, su seguridad, la representación de lo que estaba bien. Los demás, por oposición, eran “los malos”, una construcción que se realizaba desde su entorno familiar.

El dejar a un lado a esa María Sol, para convertirse, por decirlo de alguna manera, en Victoria, implicó -implica- “desaprender su realidad”. Ella tuvo que, y lo sigue haciendo día a día, desaprender su realidad para reconstruir su verdad. Como dice esa canción de Adrian Berra: “Desaprender lo que creo haber aprendido, confiar en las ideas, cuestionar el nido”. Hoy la memoria tiene un nuevo desafío.

Victoria comprendió que “amor y apropiación no podían ir de la mano”. No obstante, relata haber sido la mejor abogada de Tetzlaff -no podía vivir sabiendo que su apropiador podría estar sufriendo, no podía vivir con su dolor-. “En mi casa le sigo diciendo papá y me enoja al hacerlo”.

Ramón, por su parte, me conmovió con sus palabras. Su historia, la forma en la que habló de su hermana, la nieta 139. “Imposible describir el reencuentro, una hermosa persona que quiere conocer su historia”. Reconoce este hecho como un “triunfo colectivo”. Encontrar, a lxs nietxs es la viva personificación, dice, de lo que significó el terrorismo de Estado. La identidad nos constituye y él completó la suya cuando se encontró con H.I.J.O.S. En tanto cuerpo colectivo, ellxs le devuelven la identidad a sus padres y madres: “Al nombrarlos les devolvemos la identidad”.

Pensé mucho en estos días sobre qué significa tener memoria y por qué. Por qué me importa tanto participar en este tipo de espacios y que otrxs también lo hagan, si se supone que yo ya “sé” lo que pasó. Resulta, que “recordar” viene del latín recordari y etimológicamente quiere decir “volver a pasar por el corazón”, como si de una reviviscencia emocional se tratara -reviviscencia en tanto “revivir”, no en el sentido literal de la palabra, los recuerdos-, como si no fuese un simple acto cognitivo, como si el esfuerzo por traer al presente algo que pertenece al pasado, sea un esfuerzo por volver a sentir. Pienso que recordar es crucial para construir nuestra historia, para construir la identidad, desde lo individual y desde lo colectivo, lo que fuimos, lo que somos y cómo hemos llegado a ser. Pienso en el olvido como un sepultamiento de esa historia, y qué más es la historia si no es una forma de memoria persistente, secreta, llena de susurros latentes, de incógnitas de un tiempo en el que no se podía preguntar porque nadie iba a responder. Una demanda implícita de reconocimiento del horror vivido, del horror pasado, del horror sentido. Pienso en la verdad como aquellas palabras que ahogan en su cantar, pero que a pesar de eso, buscan hacer eco y resonar para no volver a ser reprimidas, exhumando un pasado lleno de ausencias que duelen y heridas que jamás van a cerrar. Pienso en que no se podía pensar, porque los pensamientos eran más que una condena, eran exilio, eran prohibiciones, eran persecuciones, eran muerte. Y mientras más pienso más siento, porque la contracara del horror sin duda es el amor, es el miedo que no calla, el camino de la paciencia, la perseverancia, la cordura, y el volar de un simple y poderoso pañuelo blanco.

Tampoco vamos a olvidar

Ríos, Naney

Aula 1 – 19 de marzo de 2025

La mañana arrancó como cualquier otra, pero yo ya sabía que no lo era.

Desde Brandsen hasta La Plata, el camino se volvió más largo de lo habitual. En el colectivo de larga distancia, la ciudad parecía alejarse de a poco, mientras leía un mail que me reenvió mi papá

con estadísticas durísimas sobre los barrios populares. Jóvenes hablando de futuro, o más bien, de la ausencia de él. “En este país no hay esperanzas, no se puede proyectar”, decía uno. Y me dolía. Me dolía leerlo porque yo sí creo en algo más, porque no quiero resignarme. Y porque iba camino a una actividad donde la memoria se hace cuerpo, donde recordar no es un acto del pasado, sino una trinchera del presente.

En el mismo instante, me llegaban mensajes de mis compañeros/as convocando a marchar para apoyar a los jubilados. Entro a Twitter. Leo que Pablo Grillo abrió los ojos. Me quedo quieta. Abrió los ojos. Que buena noticia. Ahora falta que los abra el pueblo, pienso.

Llego. Son casi las 13:30 y el aula 1 está repleta. Siento el cuerpo cansado del viaje, pero también un cosquilleo en el estómago. Siempre tengo presente la sensación de que soy una persona que todo lo siente mucho, y es difícil que una actividad como la que iba a presenciar no me conmueva ya de solo pensarlo... Elijo una silla del fondo, las únicas que quedan. Respiro. No es cualquier acto de apertura. Hay un murmullo distinto, una energía de esas que no se explican, que se sienten. Había leído el flyer, sabía que iban a estar Victoria Montenegro y Ramón Inama, pero no esperaba lo que vino después.

Ana González Villar, la secretaria de Derechos Humanos y Género de la Facultad, toma la palabra. Su voz tiene algo que sacude. No grita, no impone, pero atraviesa. Tiene esa forma de hablar que se clava en la piel. Nos invita a entonar las estrofas de nuestro hermoso himno nacional. Nos ponemos de pie. En la pantalla, imágenes en blanco y negro, al ritmo de la melodía; inevitablemente la nostalgia me atraviesa. De pronto, sin pensarlo, se me eriza la piel. Miro a mi alrededor: compañeras, compañeros, gente que no conozco. Y sin embargo, me siento con todos. Unidos en algo invisible pero sólido. En las últimas estrofas, veo manos en alto, la V de la victoria, la V de Viva Perón, la V que también es de Memoria. Y una frase que resuena: “Sean eternos los laureles que supimos conseguir”.

Empieza a hablar Victoria. La conocía. La había escuchado antes. Pero nunca así, tan dispuesta a compartirnos su historia, de una manera que hasta las pausas te atraviesan el corazón... Con cada palabra suya, el aula se vuelve un silencio denso, profundo. Un silencio que escucha. Que tiembla. Que respira.

Dice que se llamó María Sol durante 25 años. Que la crió el coronel que organizó el operativo donde ella fue secuestrada, para luego ser apropiada. Dice que durante 25 años sintió que fue criada para ser parte del Ejército. Que anhelaba ser militar. Que por alguna extraña razón, preguntaba desde chica a qué hora había nacido. Y que nadie se lo decía. Que cuando se enteró de la verdad, se le vino el mundo abajo. Que su marido fue su única verdad en medio del derrumbe. No puedo evitar pensar en María Sol, atrapada en un mundo de mentira pero teniendo presente que lo único verdadero, era el amor que salía de su corazón.

Y entonces, dice algo que me eriza la piel: “El mejor abogado que tuvo mi apropiador fui yo”.

Habla sin quebrarse, aunque se le quiebra la voz. Y ahí, entre ese tono firme y ese hilo de tristeza que no llora, me doy cuenta de algo: no todo el dolor se grita. Hay dolores que se susurran para que no exploten.

Victoria no llora. Tiene miedo de llorar y no poder parar nunca más, dice. Y entonces, en la silla de al lado, mi compañera llora por las dos. Y yo pienso que no sé si aguanto mucho más. Que me dan ganas de llorar también. Por ella. Por lo que fue. Por lo que no debe volver a ser.

Después habla Ramón Inama. Militante de la agrupación H.I.J.O.S. Hermano de la nieta 139, recuperada hace apenas unos meses. Habla de identidad, de encuentros, de las cicatrices que no se ven. Dice que la identidad es una construcción. Que la familia también. Que cuando encontraron a su hermana, entendió algo más grande que él. “No somos solo nuestro dolor”, dice. “Con ese dolor hicimos otra cosa”.

Habla de su abuela, que murió en la inundación de La Plata. De la ciudad que tiene más desaparecidos por manzana que plazas. Y de H.I.J.O.S. como un espacio donde dejó de sentirse solo. Donde encontró hermanos, aunque no compartieran sangre.

El acto va terminando. Pero adentro mío no se cierra nada. Al contrario: se abre. Una herida. Una memoria. Una certeza.

Que esto que vivimos no es un trámite. Es resistencia. Es la voz de quienes ya no están y de quienes luchan para que nunca más se repita.

Salgo del aula con una mezcla de bronca y ternura. Bronca por el contexto que nos atraviesa, por un gobierno negacionista que pone en duda estas terribles historias y banaliza lo que tanto costó. Y a su vez, siento ternura por el abrazo silencioso entre generaciones que no se conocen, pero se reconocen.

Victoria cerró su relato:

“No voy a odiar. No les voy a dar el gusto.”

Y yo, desde este lugar, desde este cuerpo cansado pero firme, pienso: tampoco vamos a olvidar.

La memoria: historias entre la identidad y el registro. Parte 1

Rodriguez, Martina y Ruiz Millán, Camila

Como estudiantes de la carrera de Trabajo Social, tuvimos la posibilidad de participar, no solo como oyentes, sino también formando parte del equipo que colaboró en la organización en la Semana de la Memoria en la Facultad. Esta doble experiencia nos permitió transitar de una forma más profunda y transformadora lo que implica construir memoria desde las instituciones.

Dentro de la diversidad de propuestas, una de las actividades que más nos conmovió fue el acto de apertura, donde escuchamos a Ramón Inama, hermano de Paula, aquella nieta que nos hizo felices en enero de este año cuando Abuelas de Plaza de Mayo anunció su restitución. Con la suya, ya son 139 nietos y nietas recuperados. Cada historia restituida es una victoria sobre el silencio, una prueba de que la verdad, tarde o temprano, encuentra su cauce. También integró el panel de invitados Victoria Montenegro, quien con su testimonio de vida nos hizo adentrarnos un poco más en la comprensión de todo lo que implica el proceso de recuperación de la identidad, tanto así que terminamos leyendo su libro “Hasta ser Victoria”. En él, ella misma escribe: “fui criada para odiar lo que soy. Recuperar mi identidad fue volver a nacer, pero también fue empezar a entender el dolor de los otros”, frase que nos quedó grabada. Resume con crudeza y belleza todo lo que implica ese proceso: no sólo una transformación individual, sino una toma de conciencia colectiva.

Ramón narraba con dulzura, firmeza y con la potencia de quien ha hecho del dolor una bandera de lucha. Contaba cómo muchas veces pensó que jamás iba a encontrar a su hermana y cómo ahora se convirtió en el hermano no sólo de una sino de dos mujeres de nombre Paula. Él dijo “la identidad no se gana, se construye” y en su voz no sólo escuchamos un testimonio, sino una red de sentidos que nos unía a todas las personas presentes ese día, en esa aula.

Para nosotras, como estudiantes, verlos contar su historia con tanta entereza, convicción y ternura nos hizo sentir que estábamos frente a algo mucho más grande que una charla, como si estu-

viéramos siendo parte de un acto de transmisión generacional, donde las palabras no solo informaban, sino que tocaban fibras muy hondas. Pensábamos la gravedad de que en nuestro país, haber nacido en esa época, saber tu nombre y de dónde venís no es un hecho garantizado. Lo que compartían Ramón y Victoria era vida reconstruida, verdad recuperada, dignidad puesta en palabras. Nos impactó la claridad con la que transformaban el trauma en lucha política. Estos dos relatos nos emocionaron: se nos quedaron adentro, latiendo, se volvieron espejo, empujándonos a repensarnos, a reconocernos parte de una historia más grande que aún se escribe. Cada palabra, cada silencio sostenido hablaba de heridas que aún duelen, pero también de una fuerza que se multiplica y que se nos hereda.

Lo personal es político

Rondinelli, Pilar

Cambia lo superficial, cambia también lo profundo
Cambia el modo de pensar, cambia todo en este mundo
Cambia el clima con los años, cambia el pastor su rebaño
Y así como todo cambia
Que yo cambie no es extraño

—Julio Numhauser (1973), Todo cambia

El miércoles 19 de marzo, pasado el mediodía, comenzaron las actividades de la 31° Semana de La Memoria: “Sin Derechos Humanos no hay democracia”. No asisto sólo como estudiante, como espectadora: soy parte de la comisión organizadora gracias a la propuesta del tramo optativo de la carrera.

Llego apurada a la Facultad cuando está por comenzar el acto de apertura, me encuentro unos minutos con mis compañeros y me pongo la remera con la insignia de “organización”. El aula ya está casi llena: los invitados están en el escenario, las primeras filas ocupadas y el resto del público —estudiantes, docentes, autoridades y agrupaciones políticas y de Derechos Humanos— conversa y se acomoda entre mates y saludos, en ese bullicio tan propio de la Facultad. Siento el entusiasmo y la emoción que me despiertan las Semanas de la Memoria, aunque esta vez también me atraviesa la responsabilidad de registrar lo que sucede y colaborar en la organización.

En el escenario están los invitados, Victoria Montenegro y Ramón Inama. Comienza ella, rompiendo el hielo de una manera decidida. Con un detalle impresionante nos cuenta su historia. La manera de narrar no sólo es emotiva y contundente. Siento que le habla directamente a quienes no conocen lo que pasó en los terribles años de la dictadura cívico-militar en nuestro país. Su historia impacta. Su apropiador fue un coronel del Ejército llamado Herman Tetzlaff. Él la paseó por los cuarteles toda su infancia. Así, Victoria presenció conversaciones sobre secuestros y asesinatos con total impunidad.

Cuánta fortaleza tuvo Victoria. Pasó de vivir en una mentira, rodeada de silencios cómplices, a animarse a investigar su historia y asumirla hasta recuperar su verdadero nombre. Dejar de ser María Sol para volver a ser Victoria fue, más que un cambio, la reconstrucción de una identidad que le habían arrebatado. No puedo evitar preguntarme cuántas contradicciones y emociones atravesaron ese despertar.

En su relato aparece una lucha enorme, interna y con los otros, pero también ternura y una reconstrucción cotidiana de su historia. La emoción atraviesa el aula: todos escuchamos en silencio.

Nos cuenta quién fue María Sol: profundamente militar, convencida de que ellos eran los buenos y que del otro lado estaban los enemigos a eliminar. Incluso su nacimiento había sido narrado como un mito heroico, con la imagen de su madre rompiendo bolsa en un desfile del Día del Ejército y ella recién nacida envuelta en una bandera argentina, rodeada de militares.

Pienso en la farsa y la perversidad que marcaron esa vida. Hoy, siendo Victoria, vive un proceso de identidad que sigue abierto, en movimiento. Emocionada, recuerda que hace dos años volvió a la casa de su infancia. Reconstruir es eso: empezar de cero una vida que no sabías cómo había sido porque no te dejaron vivirla.

Victoria le habla a los jóvenes, está preocupada por cuidar lo que se consiguió. Se apunta a la juventud para que se tome conciencia, se conozca, que haya interés en nuestra historia porque no es pasado. Sin ir más lejos el presente promete cosas oscuras y las prácticas hoy cambian de forma pero no de contenido, lo que pasó se puede volver a repetir.

Ramón es hermano de la última nieta recuperada por Abuelas de Plaza de Mayo. Expresa admiración por Victoria, por la manera en que se desenvuelve y nos cuenta su historia, por su valentía. Mientras tanto en el salón pareciera que se respira emoción, se caldea el ambiente, porque el relato anterior nos dejó con una posta que es la de hacer, la de comprometerse y eso se sintió. Cuenta que su hermana es la nieta 139 y que en 1991 fue el primero en donar sangre al Banco Nacional de Datos Genéticos, un gesto que permitió encontrarla. Habla de la identidad como una construcción permanente y afirma que la aparición de un nieto es la prueba más concreta de que el terrorismo de Estado existió; que entender el pasado nos constituye y nos dice de dónde venimos.

Mientras lo escucho, pienso en las familias desmembradas que siguen buscando: en la incertidumbre, la esperanza, la lucha y también en la alegría colectiva cuando un nieto recupera su identidad. Por eso es tan importante que la búsqueda continúe. Ramón cuenta que, cuando se conocieron, su hermana miró las fotos familiares y enseguida llamó “mamá” y “papá” a sus padres.

Mientras los escucho, una de las ideas fuerza es la importancia de reconocer a los desaparecidos como militantes políticos comprometidos profundamente con una causa: la de tener un país más justo. Muchos fueron secuestrados y desaparecidos a la edad de quienes estamos en el aula hoy escuchando. La dictadura cívico-militar quiso desarmar el tejido social y arrebatar la dignidad del pueblo.

En los relatos de Ramón y Victoria, el dolor se vió transformado en lucha, una lucha colectiva que se construye y se sostiene con otros. Esta lucha que llevan adelante ellos en el día de hoy es la que llevaban adelante sus padres, algo así como un legado de compromiso y militancia.

Victoria remarca: “El Estado tiene muchas formas de matar (...) El modelo económico y la crueldad son iguales”. Para Ramón, la vacuna anti-negacionismo es seguir haciendo y pensando que la patria es el otro.

Sitios de Memoria como espacios pedagógicos

A las 16 h, en el aula 1, escuchamos a Claudia Favero y Lucía Abbattista reflexionar sobre la importancia de los espacios de memoria en nuestro país y su vínculo con otras experiencias, como las surgidas tras el Holocausto. Subrayan el valor de la memoria colectiva y la necesidad de no olvidar, destacando que estos espacios pedagógicos se transmiten entre generaciones y sostienen la conciencia histórica.

En Argentina, los sitios de memoria no se limitan a ex centros clandestinos de detención, sino

también a lugares donde hubo masacres. Pienso en la Casa Mariani Teruggi, la “Casa de los Conejos”, en La Plata, que funcionó como casa operativa de Montoneros y fue escenario de un brutal operativo militar en 1976; todavía se ven las marcas de los disparos en sus paredes. Estos espacios, sostenidos por familiares y sobrevivientes, articulan con universidades y escuelas para que nuevas generaciones conozcan esa historia en primera persona y se pregunten qué significan hoy los Derechos Humanos.

En nuestra ciudad los centros clandestinos de detención se encontraban ubicados en el casco urbano, era imposible ser vecino del barrio y desentender lo que sucedía allí. En ese instante, me puse a pensar en la resignificación de los espacios y la relevancia de conocer la historia de la Facultad de Trabajo Social, el significado que tuvo en tiempos pasados y hoy como casa de estudios, de formación académica y un espacio de lucha. Situada en el centro de la ciudad durante la dictadura cívico militar fue el lugar donde se realizaba el servicio militar obligatorio. En 1994 la UNLP adquiere el lugar y conserva algunos espacios intactos (los muros perimetrales y ventanas, la garita de vigilancia, el portón y además se marcó con señalética) a los fines de darle otro sentido y mantener viva la memoria.

La memoria en imágenes

El viernes, en el aula, se expone una muestra de la Comisión Provincial por la Memoria. Los paneles presentan la historia de Víctor Bastera, fotógrafo detenido en la ESMA, y una selección de las imágenes que tomó allí: retratos de detenidos desaparecidos y de militares de distintos rangos, cada uno identificado con su nombre. Me impresiona pensar que muchas de esas fotos siguen siendo prueba fundamental en los juicios que condenan a los responsables de los crímenes.

El docente Claudio Ríos presenta la actividad y a las cátedras organizadoras. El aula se va llenando mientras la gente recorre la muestra: sacan fotos, leen los paneles. En el escenario, dos jóvenes —Santiago y Elisa— interpretan con guitarra “Quisiera despertar un día” de Gustavo Pena y “Viernes 3 AM” de Serú Girán; al terminar, el salón estalla en aplausos.

Luego proyectan un fragmento del testimonio de Víctor Bastera en el Juicio a las Juntas. En la pantalla aparece también la portada de un diario que anuncia “fotos exclusivas: 73 fotos de represores y del interior de la ESMA”. Le saco una foto a la pantalla: esas fotos eran las de Víctor.

Eva Bastera Seoane, hija de Víctor Bastera y Laura Seoane, es entrevistada por Agustina Favero Avico. Habla con claridad y pausa, y comparte su historia. Vivían en Lanús cuando, con apenas dos meses, ella y su madre fueron secuestradas y llevadas a la ESMA; después también secuestraron a su padre. Ellas fueron liberadas y se trasladaron a La Plata, a la casa de una tía. Años más tarde liberaron a su papá, aunque seguía vigilado: un militar iba a su casa y se presentaba como “el tío Luis”. Pienso en la perversidad de esa escena.

En la ESMA creían que algunos “subversivos” podían ser recuperados; por eso su papá fue obligado a trabajar como fotógrafo. Sus compañeros le dijeron: “si vos, negro, zafás de esta, que no se la lleven de arriba”. Entonces empezó a idear cómo resistir desde adentro. Aprovechando la confianza que había ganado, cada vez que hacía cinco copias de una foto entregaba cuatro y escondía una en el papel fotosensible. Cuando lo autorizaban a visitar a su familia, las llevaba ocultas y su mamá las guardaba, asumiendo también el enorme riesgo.

Ya reunidos, fueron nómades durante un tiempo hasta instalarse en Tolosa. Allí abrieron un negocio que funcionaba casi como una unidad básica, un espacio de encuentro y militancia en el barrio La Unión. Impulsaron una marcha en apoyo a los cartoneros que reciclaban —una especie de toma de Plaza Moreno— y todo eso lo viví junto a ellos y a mi hermana Soledad, en familia.

Cuando Eva empieza a hablar de su propia militancia y la de sus padres en democracia, su voz se acelera, se vuelve más luminosa. Dice que elige qué espacios ocupar y cómo hacerlo; en la murga encontró un lugar de construcción colectiva y protesta, que fue semillero de otros proyectos, incluso una banda de cumbia. Resalta el legado de sus papás, vinculados al sindicalismo. Hoy forma parte

de ATE Verde y Blanca La Plata y se define como “madre, compañera, pareja, cantora y amiga”. El aula entera la aplaude.

Agustina destaca el peso de las memorias familiares y el modo en que la dictadura atravesó su historia. Hablan de la recuperación de las fotos como mandato y como legado político; de cómo esas muestras recorren distintos espacios para que las imágenes sigan diciendo. Eva cuenta que desde muy chica fue parte de ese camino y afirma: “Los afectos motorizan agenciamientos, luchar por la memoria y la justicia social”.

Me pregunto entonces cuál es hoy el aporte de esas fotos en la búsqueda de justicia, qué hace ella con ese legado. Emocionada, responde que tras la muerte de su papá se preguntó cómo continuar, y que esas imágenes siguen siendo prueba: hace poco, un genocida fue condenado a perpetua gracias a las fotos que él tomó.

Se hace un silencio y Claudio Ríos toma la palabra. Recuerda agosto de 1984: para su generación, aun escuchando a los compañeros que narraban el horror, ver aquellas fotos fue enfrentarse por primera vez a la prueba concreta de lo que había pasado. Destaca la valentía de Víctor al haber pensado, en medio del terror, que algún día esas imágenes iban a servir. Trae también la voz de Enrique, un compañero desaparecido, con ese mandato urgente: “cuando vos salgas, que estos hijos de puta no se la lleven de arriba”. Y subraya el coraje de testimoniar en los juicios.

Le pregunta a Eva qué sintió cuando, ya más grande, comprendió que su papá había tomado esas fotos. Ella responde sin dudar que siempre estuvo orgullosa, que fue un acto heroico. Los sobrevivientes, dice, son testigos del horror.

Hablan también de lo difíciles que fueron los primeros años de democracia y surge una pregunta dolorosa: ¿por qué las liberaron?, ¿por qué no la apropiaron? Eva intenta aliviarla con humor —“no nos apropiaron porque éramos terribles e insoportables”—, pero sabemos que la respuesta real la tienen los genocidas.

Agustina retoma la importancia de transmitir lo ocurrido y su vínculo con el presente: en tiempos de desesperanza, la responsabilidad es con los más jóvenes. Eva dice que no tiene una fórmula, que la clave es el encuentro —y señala el aula llena—. Cree que hoy muchos chicos están solos, conectados desde sus casas; ella se asume analógica y bromea que, así como volvieron los vinilos, tal vez vuelvan los encuentros. Para ella, la clave es hablar sin enojo, entender, transmitir y seguir buscando la manera.

Un hombre del público interviene y señala que la dictadura impuso un plan de transformación estructural que, ante la resistencia popular, solo pudo aplicarse mediante el terrorismo de Estado. Destaca la lucha de HIJOS bajo la consigna de juicio y castigo y la importancia de sostener la no repetición. Trae la discusión al presente y cuestiona el rol del Poder Judicial, al que señala como cómplice en la garantía de impunidad. En relación con las manifestaciones actuales, afirma: “el milico que le pega a una abuela es repetición”, advirtiendo que se trata de la misma lógica.

Al cerrar el intercambio, Eva invita a su compañero Martín Messineo a subir al escenario y cantan juntos con guitarra. Me dejo llevar por la música. Toda la jornada fue profundamente emocionante, pero también un mimo al alma; ese cierre musical se siente perfecto. El aula estalla en aplausos y cantos, el clima es de celebración.

Antes del acto final, reorganizamos el espacio. Esta vez decido no tomar notas: quedé muy movilizada y quiero simplemente escuchar, dejarme atravesar por lo que pasa.

Distinción “Liliana Ross”

El cierre comienza con la presencia de María Rosa Martínez, quien recuerda con humor y ternura la historia de Liliana Ross, cuyo nombre lleva la distinción que se entrega a HIJOS Regional La Plata por sus 30 años de lucha. Su relato, atravesado también por anécdotas y una historia de amor, despierta risas y complicidad en el aula.

Luego, compañeras de la Facultad leen fragmentos del libro de HIJOS; sus voces se quiebran, hacen pausas, cada palabra pesa. Después de cada lectura hay abrazos con autoridades y pares. A esta altura, el llanto ya es colectivo y yo dejo que el mío también aparezca.

Se lee la resolución que fundamenta la distinción, reconociendo la lucha de HIJOS por memoria, verdad y justicia, el pedido de juicio y castigo y los escraches a los genocidas. Cuando llaman a sus integrantes a subir, bromean, se pasan la responsabilidad, pero finalmente suben juntos entre aplausos y ovaciones. Reciben pañuelos de vitrofusión y un mosaico; el acto pierde formalidad y se vuelve celebración.

Un video musical —con Serrat de fondo— me transporta a mi propia historia familiar: a las charlas con mis padres sobre derechos humanos, a la lectura con mi mamá de los diarios del Juicio a las Juntas cuando yo era chica.

En ese momento necesito salir. Camino por los pasillos de la Facultad intentando respirar hondo, pero la emoción me desborda: lloro con una mezcla de angustia y alegría. Me queda una sensación intensa de esperanza en estos encuentros que nos transforman, y un orgullo profundo por quienes sostienen cada día la lucha por la memoria, la verdad y la justicia. Porque lo siento con claridad: sin Derechos Humanos no hay democracia posible.

“La lucha por la identidad como conquista de la Democracia”: Crónica de una charla que siembra futuro. Memoria viva, ternura organizada y lucha en el presente

Scolese, Paula

El aula estaba casi llena, la expectativa en el aire. No había murmullos ni distracciones. Era un ambiente de respeto, sí, pero también de calidez. Todos estábamos ahí para escuchar, para sentir, para aprender. Y cuando el himno comenzó a sonar, el peso de lo que nos reunía se hizo tangible, fue un llamado, una afirmación de identidad colectiva, un eco de la historia que todavía nos atraviesa. Lo cantamos de pie, algunos con los labios apretados, otros con la mirada encendida. Como si en esas estrofas se hallara la certeza de que estamos aquí porque amamos este país y no queremos repetir sus sombras.

Al frente, Victoria Montenegro y Ramón Inama. Moderaba Analia Chillemi, la Secretaría Académica de la Facultad. Pocas veces el título de una actividad tiene tanta precisión: “La lucha por la identidad como conquista de la democracia”. Porque no era simplemente una charla. Era una trinchera.

Victoria Montenegro toma la palabra. Nieta recuperada por Abuelas de Plaza de Mayo, empieza con un tono firme. Su postura erguida reflejaba sostén. Se sostenía a sí misma y también a nosotros. Su cuerpo parecía saber que al hablar en voz alta, no estaba solo contando su historia, sino protegiendo algo más grande: una memoria que vive, una verdad que insiste, una esperanza que no muere. Como una planta que insiste en brotar entre los escombros.

Desde la certeza rota de una infancia narrada por el opresor, Montenegro reconstruyó el mapa de su identidad como quien arma un rompecabezas con piezas que aún están siendo encontradas.

Su historia es la de una apropiación. Fue arrebatada de sus padres, ambos militantes desaparecidos por la dictadura, y criada por un coronel del Ejército, que le construyó una identidad ajena. Hablar de su historia era hablar de un derrumbe. Desaprender lo que le habían impuesto toda su vida, “Yo era María Sol”, dijo, y en esa frase cabía todo el engaño.

Expuso cómo durante su infancia había sostenido una visión dicotómica del mundo, donde los “buenos” y los “malos” estaban claramente definidos, y su apropiador era parte de los “buenos”. Describió esa lógica como una película de acción, donde “los buenos rompen la puerta y salvan a los buenos”, justificando así los crímenes de la dictadura como males necesarios. Mostró cómo el discurso de la dictadura no solo mató cuerpos, sino que también construyó relatos para justificar la muerte.

A la dificultad sentimental que atravesó, le sumó que esa idea se sostenía también desde su entorno social y familiar, profundamente vinculado al Ejército, y cómo la ausencia de justicia por parte del Estado había reforzado esa legitimación.

“Toda mi vida pensé que iba a ser militar”, dijo con una sonrisa ambigua, que contenía tanto la ironía como la compasión.

Habló de su apropiador con una mezcla de extrañeza y cuidado, como si aún estuviera aprendiendo a nombrarlo. “Me dolía que sufriera... incluso cuando entendí que era él quien me había robado la vida”, confesó. Esa tensión, entre la piedad y la verdad, la recorrió como una cuerda tensa.

Todos escuchamos esa tensión entre el amor que sentía por quien creía su padre y la verdad brutal que fue desmantelando con los años. Según Victoria, no hay una fórmula, pero sí una dirección: no quedarse atrapados en el espiral del dolor. No permitir que el horror tenga la última palabra. No repetir la historia, pero tampoco rendirse ante lo que duele. Su testimonio fue una “pedagogía del temblor”: no de una historia cerrada, sino de un presente que se mueve.

Entonces trajo a colación a Pablo Grillo, el fotógrafo herido con una cápsula de gas mientras cubría una marcha de jubilados. Un disparo de una cápsula de gas lacrimógeno lo dejó con una fractura cerebral. Un crimen real, reciente, que confirma que la violencia estatal no es parte del pasado. Contó que lo fue a visitar al hospital y se encontró con una salita repleta de gente de a pie, esperando para poder donarle sangre. “La violencia y la crueldad no pueden contra la solidaridad de nuestro pueblo, que es maravillosa”. Y entonces, sin decirlo directamente, lo dijo todo: que frente a los discursos de odio, la ternura organizada sigue latiendo. Que la vida resiste, incluso cuando la golpean. Que hay un hilo rojo que une a los 30.000 con las luchas de hoy.

Cuando Ramón Inama tomó el micrófono, se notó enseguida su estilo más retraído. Encorvado, con las piernas cruzadas, habló bajito al principio con una expresión que oscilaba entre el respeto, la contención y la profunda sensibilidad. Comenzó su intervención con una sonrisa cómplice, confesando “Siempre fui canchero para hablar en público, pero esta vez cuesta”. Dijo que su padre se llamaba Daniel y que su última compañera, Noemí, fue secuestrada estando embarazada de siete meses. Ese embarazo era de su hermana. Hizo una pausa y respiró hondo. “Mi hermana fue un laurel que supimos conseguir”, dijo, y el himno volvió a sonar en nuestras cabezas. Era una imagen preciosa: su hermana como triunfo colectivo. Como historia que se negó a desaparecer.

Contó que pasó toda su vida sintiéndose hijo de padres desaparecidos. Durante muchos años vivió con la sensación de que la dictadura sólo había dejado muerte, negación y vacío. Y ahora había alguien de carne y hueso que también contaba esa historia con él. “La identidad se construye.”

Toda su juventud sintió que no había nada por recuperar, que ser hijo de desaparecidos era cargar con una historia sin cuerpo, sin tumba, sin lugar. Su voz no pedía lástima, no exigía compasión: era un llamado a la memoria, a la acción. Nos sostuvo en esa idea imposible de que no somos nada solos. Habló de la lucha sin manuales, del resurgir sin instrucciones, de la diferencia abismal entre quienes tuvieron que pelear en el vacío y quienes hoy contamos con herramientas para denunciar, para nombrar, para exigir.

Pero no fue solo su valentía lo que me atravesó. Fue su amor. Cuando habló de su hermana, de esa familia reconstruida sobre los escombros del pasado, no hubo distancia.

Recordó con ternura a su padre, a quien describió como un hombre que disfrutaba de la vida, un padre presente que amaba profundamente a su familia. Al evocar el momento en que, ya de adulto, pudo sentarse frente a su hermana como hermano mayor, se quebró en llanto. La sala no se movía. Nadie interrumpía esa escena. El afecto por su hermana llenaba cada palabra que pronunciaba. Ese amor que reconstruye lo que el terror intentó desarmar. En sus ojos había un lazo intacto, una conexión que ni el tiempo ni la ausencia pudieron romper. La presencia viva de su hermana no sólo validaba su propia historia, sino que encarnaba un triunfo colectivo frente al olvido. La identidad aparece entonces como un abrazo recuperado.

Luego retomó con más ímpetu, destacando que su historia, como la de tantos, es también una historia de amor, no solo de resistencia. Amor por el otro, por la vida digna, por la construcción de un país justo. Habló de la militancia de los años 70 como una lucha ética, solidaria, y afirmó que aunque pasen cien años, siempre se puede reconstruir, siempre se puede volver a empezar.

Y entonces levantó la voz: “¡Deseo transmitir a las nuevas generaciones que hay que pelear contra esta construcción permanente de un otro que hace mal cuando pelea por sus derechos!”. La sala estalló en aplausos. Ya no había silencio. Ya no era solo escucha. Era un compromiso compartido.

En el cierre, Victoria retomó la palabra. Contó que no hubo un momento específico en el que “hiciera click” respecto a su identidad, sino que se trató de un proceso largo, sinuoso. Y sin embargo, todavía hoy, confesó, en su casa le sigue diciendo “papá” a su apropiador. Porque desandar la mentira es también reconstruirse desde las ruinas.

En medio del relato, compartió un sueño que la marcó. Soñó que buscaba desesperadamente a sus hijos en una casa. Las puertas no abrían. Su marido, ausente. Desesperada, intentaba abrir otras puertas hasta que una cedía, y lo que encontraba era una pared. Sobre esa pared, escrito, estaba lo obvio: “pared”. La sala la escuchaba curiosa. Pero entonces, entre risas contenidas, soltó: “Yo lo interpreté como que tenía que cambiar las cortinas”. Y todos reímos. Esa risa fue un descanso, un pequeño permiso dentro del horror.

Después vino el golpe de sentido: su psicóloga le señaló que con las letras de “pared” se forma la palabra “padre”. Victoria se quedó helada y ahí entendió. “Esta mentira que yo intentaba sostener era un muro que me estaba asfixiando”. Lo dijo sin temblar, pero con una verdad que cortaba el aire. “Lo que me ahogaba era seguir diciéndole ‘papá’”.

Hacia el final, la pregunta fue cómo transmitir esta historia a las nuevas generaciones. Victoria lo dijo sin rodeos: “La dictadura instaló un sentido común: los buenos se vestían de verde. Hoy nos dicen que se visten de azul. Y siguen reprimiendo a nuestro pueblo”. No es el mismo contexto, pero sí el mismo modelo. El mismo desprecio por la vida. La misma crueldad, solo que ahora no viaja en Falcon. Ahora se esconde en discursos de ajuste y meritocracia.

“Este momento es peligroso porque el Estado ya no mata desde un Falcon. Es una mutación del mal. Ya no lo podemos ver”, dijo. Y por eso insistió en construir nuevos caminos, nuevas formas de resistencia.

Ramón cerró la jornada volviendo al amor. “Si algo me enseñó encontrar a mi hermana, es que me siento alguien en ella. Encuentro a mi viejo en su cara, en su saber. La patria es el otro”.

Y ahí lo entendí todo. Este acto no fue solo una charla. Fue una declaración: que no hay olvido que alcance, ni violencia que pueda con la verdad. Que mientras haya alguien reconstruyendo su historia, la dictadura no habrá vencido. Y que, aunque hayan querido borrarlos, seguimos escribiendo.

El encuentro fue una reafirmación de que la historia se construye colectivamente, con verdad, con afecto, con dolor, pero también con ternura y con amor político. Frente a los discursos que banalizan el pasado o recortan el presente, Victoria y Ramón, nos recordaron que la memoria es una construcción viva, que se sostiene en la voz de quienes no callan y en la escucha atenta de quienes eligen recordar.

Hoy, frente a un gobierno que reprime con violencia desmedida a jubilados que apenas piden poder comprar sus medicamentos y sus alimentos, la memoria no es un ejercicio nostálgico: es una herramienta de lucha. La democracia no es sólo una forma de gobierno: es un ejercicio cotidiano de memoria activa. La verdad no es un monumento: es un trabajo persistente.

Hay gestos que siembran, palabras que brotan, luchas que no se archivan. No estamos condenados al espanto. Podemos, todavía, construir algo nuevo.

Y si tuviera que decir qué me dejó este encuentro, diría que el objetivo de la dictadura, de las clases dominantes que la gestaron, del Estado que hoy abandona y perpetúa nuevas formas de crueldad, fue romper la esperanza, disolver el lazo social, y borrar la historia. Pero no pudieron. Y no van a poder.

Porque si hubo un tiempo en que el terrorismo de Estado se propuso que nadie más se animara a amar, a luchar, a organizarse, la historia de Victoria, la de Ramón, la de sus hermanas, la de todos los nietos y nietas que volvieron a nacer en la verdad, demuestra que no hay horror capaz de apagar la memoria cuando esta se convierte en acción colectiva.

Y si pudimos atravesar todo eso, podemos vencer cualquier injusticia. Podemos, y debemos. Por los que faltan. Por los que no volvieron. Por lo que vendrá.

Desaparecidos presentes y desaparecidos del presente

Torrilla, Valentina

Esta Semana de la Memoria no fue como las otras, se sintió diferente, se vivió diferente. El por qué de estas sensaciones no estaba claro al principio, sin embargo mientras el tiempo y la semana transcurrían entre paneles, rondas y encuentros, las hipótesis fueron llegando y junto a ellas, la certeza colectiva de un sentir en común.

Marzo: ¡qué mes!, un mes en el que cada año nuestro país se envuelve en una atmósfera movilizadora, donde puja el recuerdo de una historia que nos conmueve, que nos pertenece y que nos realiza como personas, una memoria que nos inunda de identidad, identidad que a muchxs les fue arrebatada. El mes de marzo genera en esta y en todas las diferente etapa de nuestro país desde 1976 una avalancha de emociones desprendidas del recuerdo tal vez más oscuro de nuestra historia: la dictadura cívico-militar eclesiástica que a partir del golpe de Estado efectuado el 24 de marzo de 1976, hasta el retorno a la democracia en diciembre de 1983, llevó a nuestro país a su ruina económica y social; y en las sangrientas manos de militares-genocidas se ejecutó el secuestro, la tortura y desaparición de personas; militares que creyéndose una suerte de monstruo bíblico, se apropiaron de bebés arrebatándoles –entre tantas cosas- su derecho a la identidad.

Con aquel crisol emocional, asistí, como cada año, a la Semana de la Memoria en la Facultad de Trabajo Social. Sin embargo, a diferencia de años anteriores, esta vez además de los recuerdos movilizantes de siempre, me sentía también –y confirmé que también mis compañerxs-, triste, preocupada, cansada, ¿asustada? Sin dudas, este año, aquel recuerdo, aquella atmósfera tan intensa de emociones, se encontraba ahora embebida de otras particularidades.

No logré descifrar enseguida cuál era esta nueva sensación que parecía estar presente tanto en mí como en mis compañerxs. Cuando me refiero a mis compañerxs, no lo hago tan solo desde una suposición o un sentir empático; al contrario, para afirmarlo solo me basta con remitirme a los hechos de aquella misma mañana antes del comienzo de las actividades. Llegué a la facultad y luego de unos minutos ya me encontraba compartiendo los primeros mates en aquel patio que tanto amamos y habitamos. De mano en mano y de boca en boca, los mates pasaron al igual que la palabra, y esa palabra expresaba sentimientos de angustia, de “nudo en la garganta” y de preocupación; una preocupación que expresaba, en palabras de una compañera que: “esta es la primera vez que siento que realmente se está olvidando, o peor, reivindicando”.

Luego de los mates y la catarsis, pasamos a presenciar el acto de apertura, el cual consistió en un conversatorio y una de sus invitadas fue Victoria Montenegro.

Victoria es hija de Hilda Ramona Torres y Roque Orlando Montenegro. El 13 de febrero de 1976 sus padres fueron secuestrados junto a ella, que tenía en ese momento menos de un mes de vida. Su padre fue arrojado al río en uno de aquellos siniestros vuelos de la muerte y su madre está aún desaparecida. Victoria fue apropiada por el coronel Herman Antonio Tetzlaff y vivió veinticinco años de su vida bajo el nombre de María Sol Tetzlaff, recuperando su identidad recién en el 2001 acompañada por las Abuelas de Plaza de Mayo.

Victoria contó su historia y el difícil proceso que fue recuperar su verdadera identidad y poder aceptarla, lo crudo y terrorífico que fue admitir que aquella persona a quien creía, veía y quería como a su padre, era la misma que le había arrebatado a sus padres verdaderos y secuestrado su identidad durante tantos años. Aquel erizante relato generó un reiterativo cruce de miradas entre el público, miradas algunas que parecían de asombro, otras de indignación, de tristeza e incluso, de miedo. El relato de Victoria está desposeído de cualquier tipo de conclusión, más aún si nos atrevemos a pensar en una conclusión que llega gracias al paso del tiempo, como si la vida y la identidad de Victoria hubiesen sido resueltas en el momento en que fue encontrada por las abuelas, o dando por sentado que luego de tantos años todos estamos de acuerdo en que nunca más deben volver a suceder horrores como los de aquellos tiempos, como si del medioevo se tratase. Esa necia idea, no hace más que encapsular la fuerza de la memoria para así liberar la comodidad del olvido. Pero Victoria, como tantas otras personas en nuestro país, sigue reconstruyendo su identidad todos los días. Como una forma de identificar el presente en aquellos hechos, Victoria dijo: “Es difícil construir mi historia desde pedacitos que hoy están pisando”.

Y así, cuando aquellos cruces de miradas se volvieron más recurrentes y tan profundos que parecían hablar, Victoria se sumergió enteramente en este presente y en cómo el gobierno de Javier Milei no solo es negacionista, sino que es reivindicador y replicador de los horrores llevados a cabo por los militares. El gobierno de La Libertad Avanza, además de legitimar discursos y prácticas de odio, de crueldad, de misoginia fascista; también mata y desaparece. Victoria lanzó al aire una pregunta que quedó resonando en el amado patio de la facultad: ¿Cuántas maneras tiene de matar el Estado? Reflexionó sobre el desmantelamiento de políticas públicas, “porque el dejar morir también es matar, es tortura el desposeer a los enfermos de sus tratamientos”, “es tortura desposeer a los trabajadores de su salario o de su rutina, secuestrar a todo un país en una tormenta de locura e indignidad social”. Victoria culminó diciendo que esta forma de matar es llevada a cabo en las sombras, disimulada y por lo tanto, muy peligrosa.

Finalizado el acto, volvimos a encontrarnos en el patio y a partir de la pregunta de Victoria, mis compañerxs y yo nos hicimos otra: ¿Cuántas maneras tiene de desaparecer el Estado? Esa pregunta me fue acercando a la comprensión de por qué este marzo se sintió tan diferente. Notamos que había entre nosotrxs una preocupación e inquietud compartida: este gobierno tiene ya –con amplias diferencias de proceso y de hecho– sus desaparecidos. Con el mismo objetivo que la dictadura iniciada en 1976, el gobierno actual se propone el exterminio de toda una generación política, de un ideal basado en la comunidad, en el ser colectivo.

Pensándonos hoy como jóvenes, no es necesario un análisis severo para notar la existencia de una resignación y pasividad generalizada; el bombardeo de políticas económicas y sociales que no hacen más que hundirnos cada vez más en la pobreza y la explotación rutinaria; la sobre información, la falta de creencia o fé en un proyecto, en una idea, la de representación o identificación. Todo esto

en una realidad que nos es cada vez más ajena, abstracta e incomprensible, junto a la fragmentación e individualización de nuestro cotidiano, nos sumerge en una rutina asesina y egoísta que nos mantiene callados, desamparados, apartados y solos, una rutina que poco a poco nos desaparece y nos arrebató la posibilidad de una identidad colectiva. Este cotidiano se vuelve insoportable, hundiéndonos cada vez más en un pozo de ansiedad y depresión que no nos permite accionar, que no nos permite ser. Existimos, pero no vivimos, desaparecemos cotidianamente.

Reflexión tras reflexión, luego de un largo silencio, un compañero dijo: “nunca me había visto a mí mismo como un posible desaparecido”. Entonces comprendí cuál era esa sensación que predominó este marzo: existía en nosotros la conciencia de que no solo estábamos recordando hechos que habían sucedido, estábamos reconociendo aquellos hechos en nuestro presente, con la confianza de que el temor no nos haría desaparecer.

Memoria en disputa

Vega, Micaela Estefania

Victoria Montenegro comienza a relatar brevemente su historia de vida. A pocas semanas de su nacimiento, un operativo del Ejército Argentino y de la Policía Bonaerense irrumpió en su casa; a partir de ese momento ella y sus padres fueron desaparecidos. Su papá tenía 20 años, su mamá 18, y ella apenas dos semanas de vida. En el año 2000, con 25 años, es encontrada por la organización de Abuelas de Plaza de Mayo con el nombre de Maria Sol, como hija del coronel a cargo del operativo en el que fue secuestrada.

Durante 25 años Maria Sol se había criado con el relato de que no existían desaparecidos y que había sido un invento. Su apropiador le había hecho creer que el 24 de marzo del 76 comenzó una guerra en Argentina, en la cual había buenos y malos. En esa historia él era el bueno y todos los demás, los malos.

Cuando las Abuelas la encuentran, todo lo que había creído hasta ese momento comienza a desmoronarse. Le costó muchos años entender su verdadera identidad, y aceptar que el hombre al que ella llamaba papá no era quien decía ser, sino su apropiador.

Fue impactante escuchar sus palabras, y ver cuán fuerte es como para contarlo en un aula llena de gente. Mientras la escuchaba, pensaba en qué cruel tenés que ser para apropiarte de una bebé y mentirle sobre su vida, su identidad y su historia familiar. Reflexionaba con qué necesidad y con qué impunidad lo hacían. Victoria contó que a ella le enseñaron a odiar desde muy pequeña a aquellos que pensaban distinto. Me resulta irreal pensar que le enseñaron a odiar a una nena tan pequeña y, más aún, impactante pensar que no fue la única, porque actualmente se sabe que son 139 los nietos recuperados y que aún falta encontrar a más del doble.

También habló sobre el actual gobierno argentino y cómo ciertos sectores aún niegan parte de la historia del país. Esto me hace pensar en cómo y por qué permitimos que se niegue nuestro pasado, o se intente minimizar. Me hace reflexionar la importancia de esta semana en la Facultad, y del valor de escuchar los testimonios de los nietos e hijos recuperados, especialmente ahora que quedan pocas Madres y Abuelas.

Su testimonio invita a cuestionar los discursos del gobierno actual, y a preguntarnos cómo

es posible que se busque borrar la memoria colectiva y se intente instalar la idea de que lo ocurrido fue solo una guerra en la que el Estado cometió excesos, negando que hubo un plan sistemático de desaparición de personas, poniendo en duda que hayan sido 30.000 los desaparecidos y reclamando una supuesta “memoria completa”.

Por esto creo que es fundamental hacer hincapié en cuál es la importancia que tiene cuidar la memoria histórica argentina. Esta semana en la Facultad es crucial para que la comunidad estudiantil reflexione sobre el pasado y comprenda cómo sigue impactando profundamente en el presente del país. La memoria no es algo del pasado, ni algo que deba ser olvidado, es una herramienta que nos ayuda a poder construir un futuro más justo, con verdad, justicia y derechos humanos. Es necesario más que nunca sostener y transmitir estas historias para cuidar la democracia.

Entre regimientos y cuarteles

Villarreal, Carolina Gisele

Desde que tomé conocimiento de que el 19 de marzo se iba a desarrollar el acto de apertura y que además de Ramón Imana, hermano de la nieta recuperada 139, la principal exponente iba a ser Victoria Montenegro, legisladora porteña y nieta recuperada, supe que sus palabras podrían despertarme sentimientos que hacía mucho no me afloraba. Parte de su historia, de su crecimiento, de sus vivencias las sentí cercanas, como si hubiera alguna similitud con las mías.

El aula estaba repleta de alumnos, profesores y directivos de la Facultad que estaban respetuosamente sentados en todos los pupitres disponibles. María Ana González Villar, Secretaría de Derechos Humanos y Género de la Facultad de Trabajo Social fue quien inauguró el acto y realizó la presentación de los expositores.

Minutos después de las 13.30 Victoria dio inicio a su exposición. Sus padres, de 18 y 20 años, llegaron a Buenos Aires desde la provincia de Salta en 1975. Se instalaron en la zona norte del Gran Buenos Aires, lugar donde pasaron sus primeras vivencias en la nueva ciudad. Días después del nacimiento de Victoria los secuestraron junto a su bebé en la localidad de William Morris. No los vio más.

Desde los diez días de vida formó parte de una familia que no era la suya. Su padre pasó a ser aquel que secuestró y torturó a su verdadero papá. Su vida comenzó a transitar entre regimientos y cuarteles. Entre conservadores de la clase alta. Sus sueños se amoldaron a los de su nueva familia y la carrera militar pasó a ser su principal anhelo. La única persona que la hizo desviar el foco, la ayudó a dudar, a hacerse preguntas fue su pareja, hoy marido y padre de sus hijos, quien no pertenecía a ese entorno con el cual ella se crió. Siempre quiso defender a su padre de todo lo que se le acusaba. Lo justificaba en todo, antes y durante el juicio. Para ella su historia era simple: quedó huérfana y la criaron con amor.

Las gargantas de los presentes se llenaban de nudos con cada oración. Las pieles se erizaban y alguna que otra lágrima corrió por las mejillas.

Cada palabra, cada detalle sonaba en mi cabeza entrelazándose con mis recuerdos, con las vivencias que yo había pasado por tener un padre militar. Un héroe de Malvinas que fue a aquella guerra con el grado de Sargento, que volvió años antes de que yo naciera y que participó de las batallas en las islas, culminando como prisionero de guerra. Esa carrera militar que inició en su adolescencia y

finalizó en la posguerra fue la que resonaba dentro mío mientras Victoria contaba su historia.

Yo también había pasado mi vida entre regimientos y cuarteles. Asistí a cada evento en el cual mi papá era condecorado. Sus amistades eran compañeros de batalla, camaradas con quienes estuvo acuartelado o atrincherado en las islas o soldados que habían sido sus subordinados mientras se desarrollaba como Sargento. En esas reuniones el trato que mi padre recibía, las anécdotas de combate en lo que él fue protagonista me generaba mucho orgullo.

Cuestionamientos que nunca hice o me animé a hacer comenzaron a rondar por mi cabeza en ese momento. Muchas preguntas sin respuestas se elaboraron y comenzaron a tomar forma dentro mío. ¿Participó mi papá de algún acto delictivo durante el proceso militar? ¿Fue cómplice de algo? ¿Vió algo que aún calla? ¿Cuál fue el rol de él durante el proceso?

Quizá el temor a conocer otra historia fue el muro de contención que me permitió continuar con el ideal de padre que aún tengo en mi cabeza. La posibilidad de que hubiera otra historia detrás de ese trabajo forzoso que lo llevó a arriesgar su vida por la patria en una guerra absurda, no entraba en la mochila de probabilidades. No podría mi padre haber cometido delitos de lesa humanidad. No me imagino a ese hombre que me despertaba con el desayuno, me hacía peinados y trenzas perfectas para ir a la escuela haber torturado a mujeres embarazadas. No cabe en mi cabeza que quien me acompañó con el pecho lleno de orgullo a todos y cada uno de los torneos de pádel locales, provinciales y nacionales, haya sido capaz de cometer semejantes atrocidades como las que contó una nieta recuperada.

Mientras escribo estas líneas e intento dar respuesta a algunas de esas preguntas que yo misma me hago, no puedo dejar de hacer una comparación con lo que Victoria no encontró. Yo sí tenía fotos de mi madre embarazada y un acta que indicaba la fecha, hora y lugar de mi nacimiento. Los rasgos de mi hermana y míos coinciden con los de nuestros padres y abuelos. Si hay algo de lo que estoy segura es de que sé quien soy y de donde vengo. Sin embargo, no puedo despejar de mi cabeza la posibilidad de que mi padre haya tenido que ver con situaciones que lo involucren directamente con delitos de lesa humanidad.

Muchas dudas que quizá nunca me las pueda (y tal vez ni quiera) sacar, fueron surgiendo mientras resonaba en el aula 1 el escalofriante relato de Victoria. Nunca me contó nada. Nunca pregunté. Como si sólo existiera esa parte de la historia: el hombre fuerte, el papá compañero, el héroe de Malvinas.

30 MIL PAÑUELOS POR LA MEMORIA



El arte construye memoria

Fernández, Micaela y Palma, Jennifer

“No creas que no te busco, no me olvido, pues no hubo adiós; nos dijimos hasta luego. Por favor, que las aguas del mar te traigan hasta mí.”

—Pablo Diaz es un militante político argentino. Fue uno de los sobrevivientes de la Noche de los Lápidos.

Esta Semana de la Memoria elegimos asistir a tres actividades artísticas que consisten en encuentros y en reflexiones. Entendemos que lo cultural, va más allá de las manifestaciones artísticas, representa valores, creencias y prácticas sociales compartidas, las cuales sin duda dejan una huella en la historia y representan la resistencia.

Pensamos que el arte es un acto de denuncia, recordatorio y de reconstrucción de la identidad colectiva, en las que hay distintas maneras de evocar y descubrir la historia.

Empezamos asistiendo a Arte y Memoria, un taller de mosaiquismo que consistió de dos encuentros en el patio de la Facultad para realizar la confección de un pañuelo blanco. Esta actividad se realizó en articulación con la cátedra de Trabajo Social en Gestión del Riesgo y la campaña 30 mil pañuelos por la memoria coordinada por la agrupación Ramón Carrillo, que invitaron a distintas profes de arte y gente que contaba sobre cómo transitó la dictadura. Fue un espacio de acompañamiento, de escucha y de compartir con otros.

Nos encontrábamos en ronda, una de las profes nos mostró antes de empezar un mosaico ya terminado de años anteriores en forma de referencia. Quedamos asombradas por cómo unieron cada pedacito acompañado de colores brillantes. Daban una imagen hermosa. Nos guiaron en el paso a paso. Sobre la mesa se encontraban distintos recortes de cerámica, cada una fue eligiendo el que más le llamaba la atención. Había muchos para elegir, algunos eran brillantes y otros oscuros, y de distintas medidas. Se nos entregó a cada una un recorte de pañuelo de cerámica.

Esa tarde en el patio se escuchaba el canto de los pájaros, las hojas resonaban. Allí estábamos algunas sentadas, otras paradas, frente a mesas cubiertas de cerámicas rotas, los colores eran infinitos, azules intensos, rojos profundos, verde oscuro. También se diferenciaban por la textura y su tamaño, algunas piezas eran muy pequeñas, ideales para detalles, otras más grandes, como para rellenar espacios. Se escuchaba la cerámica romperse, las risas suaves cuando alguien encontraba su pieza, y las indicaciones de quienes coordinaban el taller que pasaba de mesa en mesa ofreciendo sugerencias o intercambio de piezas. La elección no era casual, cada fragmento parecía tener su personalidad, de esta manera, elaboramos un pañuelo representativo de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo.

En el segundo encuentro, una vez ya seco el pegamento de los mosaicos, dos coordinadoras se ocuparon de pasarle pasta con el fin de rellenar los espacios vacíos, como si los abrazara. ¿Qué representa rellenar esos espacios vacíos para ellas? ¿Es no dejar vacíos en la historia? Tal vez la pasta no los cubría para ocultarlos, sino para unirlos, para aceptar la historia y poder contar cada parte de ella. Continuamos con la limpieza de los mosaicos la cual requería de más tiempo, delicadeza y precisión, porque sino se despegaba el cerámico. Los fragmentos rotos se fueron uniendo. Lo que estaba roto, encuentra lugar. Fue juntar pedacitos de historias. Fue el compromiso de no olvidar y de hacer memoria por medio del mosaico en los espacios que habitamos con otras.

Asistimos al taller de bordado “Hilando Memoria” que organizó la agrupación 26 de Junio. La

actividad duró aproximadamente dos horas. En primer lugar, tres compañeras de la agrupación nos dieron hojas blancas cuadradas para dibujar un pañuelo, a su vez, se nos entregó el lienzo para calcar lo dibujado. Nos entregaron los materiales restantes como el bastidor, la aguja y el hilo, procedieron a explicarnos y mostrarnos de qué manera hacer los puntos para comenzar a bordar nuestro pañuelo. Fue una actividad entretenida y a su vez emotiva porque más allá de que ninguna sabía hilar pudimos terminarlo casi todas. ¿Qué estábamos hilado y por qué? En ese momento recordamos una frase que escuchamos en el aula: “la memoria se teje, se hila y se pasa de generación en generación, manteniéndose viva a través de la acción colectiva”. En cada puntada, dejábamos un rastro de esa historia que otros quisieron y quieren borrar. En cada hilo, se tejó la promesa de no olvidar.

Hicimos una ronda, construyendo memoria con otrxs. Aunque en estos tiempos intenten separarnos, alejarnos, una vez más en nuestra Facultad demostramos que resistimos. Se compartieron relatos, memorias, dudas, charlas, mates, silencios y mucha concentración.

Nos encontrábamos en silencio bordando. No hablábamos, no hacía falta. Entre miradas nos entendíamos. Tal vez pensábamos en alguien. Tal vez en nadie. Tal vez en todos. Y con hilo negro, sobre sus telas, al lado de sus pañuelos, algunas compañeras escribieron “Nunca Más”.

Para cerrar esta 31° Semana de la Memoria se llevó a cabo un festival con bandas y la murga de Los Remolinos de Ensenada. Las bandas y la murga cantaban acerca de temas como la represión, el amor, la lucha y la esperanza. Acompañados de aplausos a su música, pudimos ver y sentir la unidad.

“Los amigos del barrio pueden desaparecer, los cantores de la radio pueden desaparecer” escuchamos esa noche. Los desaparecidos no son sólo memoria, son presencia y reclamo de justicia. Por este motivo creemos que el arte nos conecta con la historia pasada pero que a su vez está presente, latente para no olvidar aquellas atrocidades que vivieron. Para no ser cómplice, ya que lo que no se nombra se repite. Que callar es permitir. Y recordar no es quedarse atrás sino construir de manera consciente un futuro.

Arte como expresión que se utiliza para comunicar ideas, emociones o experiencias. El arte como herramienta fundamental para explorar la belleza, cuestionar la realidad, transmitir valores culturales y dejar un testimonio de la historia.

En cada paso es este camino, en cada charla, en cada abrazo compartido una certeza creció dentro nuestro, una vez más nos convencemos de que este es nuestro lugar porque la Facultad, las cátedras, lxs profes, docentes y Nodocentes junto a lxs estudiantes creamos estos espacios que nos permiten tener otras lecturas críticas sobre lo social, sobre la historia. Nos parece fundamental sostener estos espacios que nos inviten a la reflexión mediante la escritura de estas crónicas.

El arte insiste en resistir

Godoy, M. Laura

Comenzamos a caminar por la Semana de la Memoria en la Facultad de Trabajo Social, y este andar nos va dejando huellas en cada una de las personas que la transitamos, porque siempre hay una historia por conocer o un recuerdo que se reprimió y florece en el encuentro y la escucha atenta de quienes ponen su oído.

Caminamos por las aulas, los pasillos, el patio. Comienzan los encuentros, los abrazos con la complicidad de sabernos preocupados por un contexto social cruel e incierto, donde la gendarmería ha disparado hace solo una semana en la marcha de los jubilados en la cabeza de un periodista dejándolo en terapia intensiva. Sin embargo, en ese encuentro colectivo, aparece nuestra resistencia.

Seguimos recorriendo, mientras se organizan marchas para resistir a la crueldad de este contexto ¿vendrá gente a las actividades con este panorama tan desolador y hostil? ¿Cómo hacemos? ¿Cómo seguimos? Debatimos. Nos interrogamos. Discutimos. Nos conciliamos. Algo tenemos claro: los espacios hay que habitarlos, llenarlos de contenido, No podemos dejar ningún espacio vacío para que nos invada la crueldad.

Desde el aula más grande de la facultad, comienza la apertura formal de la Semana. Mientras algunos se organizan para movilizar, otros preparan las actividades, allá se ve otro grupo con el mate listo para ir al aula a escuchar nuevas voces ¿qué tendrán para decirnos? se preguntan. Una de esas voces es la de Victoria Montenegro, nieta recuperada. Nos propone, desde una fuerza incommensurable:

“Tenemos el desafío de defender la memoria y no lo vamos a resignar.

Frente a la violencia, la crueldad y el deseo de olvidar nuestra historia que quieren imponernos, nosotros tenemos que luchar por la solidaridad, la esperanza y la dignidad de nuestro pueblo”.

En el público, entre los aplausos se ven caras de emoción, lágrimas que se escapan de los ojos y mojan los rostros surcando las mejillas, ante la escucha atenta al relato de quien habla. A la emoción la acompaña la indignación, por lo vivido en la última dictadura cívico militar, como también por el accionar de las fuerzas represivas de quienes nos hablan de libertad a costa de nuestra dignidad.

Un aula enorme nos quedó chica. Ante el desosiego del contexto social, los relatos nos llenan de fuerza y energía, ese primer abrazo del encuentro cargado de preocupación ahora se carga de fuerzas para luchar y resistir por la dignidad de nuestro pueblo. La historia de esa generación diezmada es nuestro faro de lucha que ilumina la oscura incertidumbre del mañana.

Seguimos caminando por esta semana cargada de sentimientos, y en cada espacio hay un denominador común: lo colectivo.

Entonces, el patio aparece repleto de pañuelos blancos, símbolo de lucha. Es un grupo de estudiantes que se encuentra para hacer en un taller de mosaiquismo un pañuelo blanco que van a colgar en las puertas de sus casas, el proyecto se llama “30 mil pañuelos por la memoria”. Se escucha a un estudiante del taller decir: “ahí donde hay un pañuelo hay una casa amiga que aloja”. Nos deja pensando, ¿qué significa esto?. Entre compañeros nos decimos que ese pañuelo que supo ser rebeldía nos remite lucha, memoria, resistencia. Nos aloja, porque frente a tanto negacionismo, individualismo e insensibilidad, ver las calles colmadas de pañuelos blancos nos transmite el compromiso de organizarnos, trascender las individualidades y enfrentar las injusticias.

Esto se contagia, no se queda en el patio, es en cada aula, es con el grupo de estudiantes bordando los pañuelos para colgarlo en sus mochilas o en sus casas. Es también en las escaleras de la facultad que se vuelven a pintar: “soy todos los pasos valientes de mis abuelas, su latir furioso que dio vueltas la tierra, partió los muros y estalló al silencio hasta vencerlo hasta vencerlo entero. Sus 30.000 ausencias ardiendo”.

Es también en el grupo de estudiantes que se prepara para visitar un sitio de memoria.

Es en este andar con otros que advertimos, que el arte denuncia, manifiesta, revela. El arte como herramienta de transformación. De resistencia.

El patio vuelve a poblarse esta vez para escuchar la murga “Los Remolinos”, repleta de gurisitos bailando al ritmo de los instrumentos y cantando por sus derechos, manifestando el “no a la baja de la imputabilidad” y el reclamo por un país más digno.

Ahora, las manos que crearon arte, pegando mosaiquitos de colores rodeando un gran pañuelo blanco, se lo entregan a quienes supieron demostrarnos sobre resistencia y lucha frente al horror más cruel: la agrupación H.I.J.O.S¹, recibe la distinción Liliana Ross y también un pañuelo hecho de mosaicos. Una vez más un aula llena se entrega a la escucha y la emoción cargada de bronca ante el horror y, de esperanza ante la organización colectiva.

Se va terminando el recorrido de la semana de la memoria pero no nuestro andar, seguimos caminando con el otro, y reafirmamos que es en el encuentro colectivo que nace la resistencia. Una semana donde los sentires emergieron sin censura y supimos crear actividades, elementos, y encuentros. Entre los abrazos y la cálida alegría de saber que nos tenemos, nos despedimos hasta la próxima semana asegurándonos de que nos seguiremos encontrando en la lucha.

En colectivo construimos Memoria

Suárez, Pilar

Como todos los años en la Facultad de Trabajo Social nos encontramos levantando las banderas de Memoria, Verdad y Justicia.

La Semana de la Memoria es una semana donde estudiantes, docentes, Nodocentes, militantes y compañerxs nos encontramos sensibilizados, nos abrazamos y rememoramos el 24 de marzo, fecha muy significativa en nuestro país, recordando a los 30.000 compañeros, detenidos, desaparecidos por la última dictadura cívico militar de 1976.

Son encuentros de escucha, de intercambios, de reflexiones necesarias para poder mantener la memoria viva de aquellos compañeros que lucharon incansablemente por los derechos que día a día como estudiantes, trabajadores y militantes defendemos en las calles.

Cada aula donde había una actividad, estaba repleta de gente. El patio no fue la excepción. Se dictaba la actividad organizada por la agrupación Ramón Carrillo en conjunto con la cátedra de Trabajo Social en Gestión del Riesgo y la campaña 30 mil pañuelos por la Memoria. Ellxs fueron quienes trajeron al patio de la Facultad la propuesta de realizar un taller de mosaiquismo, actividad que contaba con dos momentos: uno de producción y otro de sellado donde lo terminamos. El propósito fue poder crear nuestro propio mosaico del pañuelo de las Abuelas y las Madres de Plaza de Mayo.

Nos encontramos en varias mesas largas repletas con pedazos de recortes chiquititos de cerámica de muchos colores y quienes conducían la actividad nos dieron la bienvenida, sorprendidxs por la cantidad de compañerxs que estábamos ahí, interpelados por la actividad.

Nos explicaron lo significativo que es para ellxs dar este taller por segunda vez en la Facultad, “en nuestra querida casa de estudios” dijeron, que para muchxs de nosotrxs sin duda lo es. Sumaron

1 Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio, organización de derechos humanos nacida en 1995 e integrada por hijos e hijas de muertos y desaparecidos durante la última dictadura militar.

la importancia del encuentro de esta Semana, y preguntaron: ¿qué significa para ustedes el pañuelo blanco? Recuerdo que entre otras cosas decían “es un homenaje constante a los secuestrados y desaparecidos durante la última dictadura cívico militar eclesiástica”.

El objetivo de la actividad no era solo poder llevarnos un mosaico hecho por nosotrxs, sino que a través del arte seguir construyendo memoria, interpelando a otrxs con estos mosaicos. Porque para quien ve este símbolo en la puerta de una casa, implica recordar la lucha constante de las Abuelas y las Madres de Plaza de Mayo.

Las mesas no alcanzaban para la cantidad de compañerxs que éramos. Sin pensarlo nos sentamos en ronda en el piso eligiendo qué colores de recortes queríamos utilizar para pegar en la placa. Entre recorte y recorte teníamos que dejar un espacio para el sellado. Además de mucha concentración se generó un espacio de calidez, el sol bajando, música de fondo, risas y charlas con distintos compañerxs, tal vez, con aquellos que ni siquiera, hasta ese momento, habíamos compartido un mate. Ese espacio estuvo atravesado de diálogos, de compañerismo, de emociones, de sentir que estábamos en el lugar correcto, en un espacio seguro y que a todxs nos convocaba lo mismo: la lucha, la memoria, la verdad, la justicia.

Una vez decorada la placa, con los recortes pegados llegó el segundo día, donde nuevamente nos encontramos para finalizar el mosaico sellando los huecos con pastina. Esta vez, el encuentro fue de reflexión expresando cómo nos sentimos con la experiencia, preguntando también en donde íbamos a colocar el mosaico, si en el frente de nuestras casas, en alguna institución, en algún centro cultural, porque lo significativo de hacer el taller es seguir haciendo visible el pañuelo.

La palabra circulaba, fue imposible no hacer mención al contexto social y político en el que nos encontramos, nos vimos indignados porque tenemos un gobierno que promueve el odio con discursos negacionistas, frases que nos quedan y lastiman: “no son 30.000 los desaparecidos, son 8753”, o “Para nosotros durante los 70 hubo una guerra y en esa guerra, las fuerzas del Estado cometieron excesos”. Nos preguntamos cómo fue que llegamos a este contexto, porque para nosotrxs esta semana, el 24 de marzo, la marcha, la lucha de las Abuelas y las Madres de Plaza de Mayo, los desaparecidos, las historias, los relatos, los Derechos Humanos son nuestra bandera de lucha.

Nos quedamos con nuestros mosaicos, nos quedamos con el tiempo, con el mate compartido y con lo significativo que es construir en colectivo: con amigxs, compañerxs de militancia, compañerxs de cursada y docentes. Pusimos en valor estos encuentros, rompiendo con la cotidianeidad y el individualismo, agradecemos el espacio donde nos sentimos acompañados y abrazados.

BITÁCORA: PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN

No nos han vencido, ni aún vencidos

Bender, Lisandro

Tiempos sombríos habitamos. La crueldad se ha vuelto “moneda corriente”. El odio se ha propagado hacia muchos rincones de nuestra patria. La coyuntura y la vorágine nos han absorbido, encapsulándonos en un día a día que nos hierve la sangre ante tanta deshumanización. Pero aquí estamos, una vez más, otro año más.

Este 2025, la Semana de la Memoria en la Facultad de Trabajo Social fue mucho más que una serie de actividades conmemorativas o ceremoniales. La Facultad nuevamente se transformó en un espacio de reflexión profunda, donde el pasado resonó con fuerza en el presente.

Una nueva Semana de la Memoria -trigésima primera- tan particular. Ya no solo por la gobernanza de nuestro presidente Javier Milei, quien nos acostumbra a narrar desde la oscuridad; sino por las ausencias que deshilachan corazones.

Desde la primera hora del miércoles 19 de marzo, hasta el viernes 21 por la noche, la Facultad se transformó en un espacio de aprendizaje y reflexión, donde se realizaron actividades intensas y diversas, propuestas por los diferentes claustros y orientadas a promover el ejercicio colectivo de la memoria. Desde los murmullos en el patio, hasta los debates que se encendían en las charlas, la energía de la Facultad estaba cargada de intensas emociones. Cada uno de los presentes parecían moverse entre la nostalgia y la esperanza, entre el recuerdo del pasado y el impulso de actuar en el presente.

En tiempos donde prima el individualismo, docentes y Nodocentes, graduados, egresados, estudiantes de fonoaudiología, de la tecnicatura en gestión comunitaria del riesgo, de trabajo social; en definitiva, la comunidad entera de la Facultad, se ha reunido por la memoria. Una senda colectiva de virtudes que consta de arduos trabajos y labores. Un camino angosto y difícil, pero que reafirma nuestra existencia, y no aquella que tiene fin, sino esa que no tiene fin, que vive en la eternidad.

Mosaicos, canciones, murgas, películas, pañuelos de tela, charlas, llantos y risas. Aires que se respiran. Una Facultad que existe y persiste. Lucha inagotable y fuente de anhelos de que lo imposible, algún día, se torne posible. Una voluntad y vocación incesante de transformación, de solidaridad, de poner cuerpo y mente -tiempo-. Porque es así. No hay beneficios o intereses espurios, solo hay una persistencia en comprender que en la vida no todo se compra y se vende.

Entre tantas emociones colectivas, tuve la oportunidad de ser un partícipe privilegiado de la Semana de la Memoria, ya que pude concurrir al tramo optativo brindado por la Secretaría de Derechos Humanos y Género. Varios estudiantes asistimos a tres clases de formación previas a la Semana de la Memoria, en las cuales logramos dividirnos en comisiones para distribuir de mejor forma las tareas a llevar a cabo. Allí cooperé con el grupo de logística, pero pude detectar que las cuatro comisiones

-cultura, recepción, comunicación y logística- trabajamos de manera mancomunada, repartiéndonos horarios y días, dada la multiplicidad de actividades que sucederían.

Durante el transcurso de la Semana de la Memoria, entre tareas y tiempos libres, pude acudir a la presentación de una bitácora en memoria de David, donde se narraron y expusieron algunas crónicas del tramo optativo del año anterior -2024-. Jueves, 17 horas, en el Aula Magna de la Facultad. Memoria, resistencia y construcción colectiva se llamaba, lo recuerdo muy bien. Veía rostros conocidos, habituales en mis últimos años. Amigos y amigas, compañeros y compañeras, y algunos meros conocidos. Por delante, dos mujeres coordinadoras, dispuestas a llevar a cabo una tarea difícil y cruda, pero genuina y desde las entrañas.

Entre mates que giraban, esos cuerpos y rostros comenzaban a reflejar la emoción y prontamente se asomaron las primeras lágrimas. Se me hizo inevitable pensar en lo difícil que se vuelve cuantificar el dolor. Ese dolor profundo que atraviesa a una comunidad que vive o sobrevive en la memoria de aquellos que no están físicamente. Una comunidad que no olvida, que no perdona, pero que resignifica el dolor en cada llanto, lagrима y abrazo recordándolo(s).

Un grupo de seres humanos que sabemos que estas, todos sabemos muy bien que estas. Toda aquella persona que se haya cruzado con vos, se le fue una 'partecita' del alma cuando te fuiste. O se le deshilachó aquello que con vos parecía estar más junto, mas unido, mas entero. Pero 'estate' tranquilo David, estés donde estés, que los hilos se volverán a juntar.

Quizás entonces, la Semana de la Memoria nos reúna para esto. Para recordar que el rencor o la tristeza no han sido armas que nos hayan impulsado, aunque algunos hicieron muchos esfuerzos para que nos suceda; más bien, fueron el amor, la justicia, la solidaridad, la empatía, la memoria, los elementos que nos han movilizado. Para saber tal vez, que en cada espacio o rincón hay heridas y cicatrices, pero hay alas y pañuelos; en cada rincón y esquina hay ausencias y dolores, pero hay almas que siguen ardiendo.

Te recordamos amigo, los recordamos compañeros, AHORA Y SIEMPRE.



CÁPSULA DEL TIEMPO: ESPACIOS ESCOLARES, NIÑECES, JUVENTUDES Y DICTADURA

Un viaje por la memoria colectiva en torno a la educación.

Fiordomi, Ayelen y Valdez, Zulema Irene

Desde el año 1994, la Facultad de Trabajo Social conmemora la Semana de la Memoria con una jornada institucional que ofrece talleres, paneles y diversas actividades. Esta iniciativa invita a toda la comunidad a participar, reflexionar y mantener viva la memoria en defensa de la lucha, la verdad y la justicia.

En este marco, participamos de la propuesta “La cápsula del tiempo: espacios escolares, niñeces, juventudes y dictadura”, una actividad que nos invitó a reflexionar y reconstruir las memorias de aquellos días. Esta actividad consistía en la proyección de videos con imágenes y sonidos vinculados a la educación en el contexto de la dictadura, haciendo alusión a una “cápsula del tiempo” de manera simbólica, para viajar al pasado a través de estos videos que caracterizan la época.

Antes de ingresar al aula donde se llevó a cabo, nos encontramos en la entrada con una biblioteca con libros sobre la dictadura, militancia y memorias de esos años, donde el pasado seguía hablando a través de cada página e imágenes sobre espacios escolares y niñeces. Al entrar al aula, notamos las sillas corridas hacia los costados y, en el centro, ropa y calendarios esparcidos por el suelo. Todo estaba preparado para trasladarnos simbólicamente a aquellos años. Luego, se inició la proyección de dos videos de nueve minutos, cuyos sonidos e imágenes se desplegaban en paredes opuestas, envolviéndonos en una experiencia de memoria e historia.

La distribución del espacio con los videos enfrentados, se entremezclaban con el sonido de canciones y ruidos militares, lo cual contribuyó a crear una atmósfera de la época. En estos videos, se mostraban fragmentos de entrevistas a familiares de personas desaparecidas, escenas de películas que aluden a la época e imágenes de cómo era la educación en ese momento. Algunos de los sonidos que quedaron resonando en nosotras fueron los pasos de los militares marchando en las calles, las propagandas políticas, y “Canción para mi muerte” de Sui Generis que nos remitió a recordar la escena de la película “La noche de los lápices”. En la misma, los jóvenes en medio de las torturas, entonan en grupo la canción. Mencionamos dicha película porque también revela lo que pasaba con los estudiantes en 1976, ya que se aborda el secuestro, tortura y asesinato de estudiantes que luchaban por el boleto estudiantil.

Asimismo, en los videos de la cápsula del tiempo, aparecieron escenas de la película La mi-

rada invisible (2010), donde una preceptora expone a aquellos alumnos que tienen falta de conductas para que sean castigados, mostrando así el adoctrinamiento que se vivía en las escuelas, escuelas vigiladas, donde aprender también implicaba obedecer.

El adoctrinamiento escolar retratado en la ficción se entrelaza con los testimonios reales, atravesados por el miedo, la injusticia y el silencio que marcaron esos años. El régimen veía a la escuela como un lugar para formar “ciudadanos obedientes”. No querían estudiantes que pensarán de forma crítica, sino que respetaran la autoridad sin cuestionarla. Se modificaron los libros de texto: se eliminaron ideas consideradas “peligrosas” como el marxismo, el pensamiento crítico, la historia reciente o cualquier cosa que hablara de derechos humanos. Muchos libros fueron prohibidos, maestros, profesores y hasta alumnos que eran vistos como “subversivos” fueron perseguidos, despedidos, secuestrados o desaparecidos. Hubo mucho miedo dentro de las escuelas. Obras de teatro, canciones, libros, películas o cualquier expresión artística que fuera considerada “peligrosa” estaba prohibida. Todo debía pasar por la mirada de los censores del gobierno.

Si buscamos qué libros fueron prohibidos, censurados por el régimen en la dictadura, podemos encontrar ejemplos como Julio Cortázar (Rayuela, Bestiario), por su pensamiento libre y su postura política. También “Las venas abiertas de América Latina” de Eduardo Galeano, análisis de las injusticias históricas y la lucha de los pueblos latinoamericanos. Este libro fue prohibido por su fuerte crítica al imperialismo y a la explotación económica de América Latina. La censura de libros en la dictadura fue parte de un proceso sistemático de control sobre la cultura y el conocimiento, con el objetivo de suprimir ideas críticas y emancipadoras. Es así, que la educación fue utilizada como una herramienta de control ideológico. Cuentos y canciones de nuestra infancia también fueron prohibidos, obras de María Elena Walsh (al igual que las de muchos otros artistas) canciones y cuentos con enfoque en la imaginación, la libertad y la autonomía de pensamiento, fueron censuradas. Aunque muchas de sus obras fueron dirigidas a las niñas y marcaron nuestra infancia y la de muchas personas, su contenido poseía una carga de resistencia a la opresión del gobierno militar.

Durante el desarrollo de los videos, notamos que todos en la sala estábamos atentos a los relatos y cada frase pronunciada pesaba en el aire: nombres, fechas, historias rescatadas del olvido. Al finalizar el video, el aula quedó en absoluto silencio. Al salir conversamos entre nosotras sobre lo movilizante que fueron las imágenes, escuchar y observar cómo se vivió atravesados por el miedo, la vigilancia y el control. Aunque se recuerden momentos dolorosos, también prevalece la esperanza: la convicción de que la memoria es fundamental para construir un futuro más justo, libre y solidario.

La lucha incansable de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, presente en cada historia recuperada, nos interpela a no ser indiferentes ante las violaciones de los derechos humanos. Su reclamo por la aparición de sus nietos, hijos de personas desaparecidas que fueron apropiados ilegalmente sigue vigente: hasta hoy, han logrado restituir la identidad de más de 139 nietos y nietas. Cada restitución no sólo representa un acto de justicia y reparación histórica, sino también un paso fundamental en la reconstrucción de la identidad y la memoria colectiva de nuestro país.

La dictadura dejó heridas profundas en las familias y en la identidad nacional. Por eso, consideramos que el pasado significa también honrar la resistencia de quienes lucharon y reafirmar el compromiso de las nuevas generaciones con la defensa de la democracia y los derechos humanos.

Finalizamos esta crónica, sosteniendo que es necesario defender siempre la democracia, los derechos humanos y la libertad de expresión, reconocer el valor de quienes lucharon y resistieron, y asumir el compromiso de ayudar a la construcción de un país donde el respeto, la justicia y la memoria sean pilares fundamentales. Esta propuesta de la cápsula del tiempo nos hizo comprender que la memoria no es una tarea del pasado, sino una responsabilidad del presente de mantener viva la historia. Cuando volvemos a esos recuerdos de la dictadura en Argentina, pero desde una nueva época, miramos lo que escuchamos con otra mirada, que nos permite comparar nuestra niñez, adolescencia y juventud con la de generaciones anteriores, quienes crecieron y fueron escolarizados en tiempos de dictadura, en un contexto social, cultural y político distinto. Donde los espacios estaban marcados por el miedo, la vigilancia, la obediencia forzada, desaparición, tortura y asesinato de personas. Mirar el pasado desde este presente nos obliga a repensarnos. Nos interpela. Nos hace preguntarnos qué hacemos nosotros con la libertad que otros no tuvieron. Qué significa, hoy, educar y ser educados con conciencia democrática.

DIABLO, FAMILIA Y PROPIEDAD. PROYECCIÓN DEL FILME

Voces que no se apagan

Astudillo, Mariana Antonela y Neyra, Yvonne

El pasado 24 de marzo se cumplió un nuevo aniversario del golpe cívico-militar. Cuarenta y nueve años han pasado desde aquel atroz ataque, cuando las Fuerzas Armadas desplegaron un plan sistemático de secuestros, torturas y desapariciones forzadas. Treinta mil compañeros y compañeras. Treinta mil voces que aún hoy seguimos buscando. Treinta mil ausencias que duelen, que laten, que insisten.

En este marco, la Facultad de Trabajo Social llevó adelante la 31ª Semana de la Memoria. Un espacio colectivo, un ritual de encuentro, donde recordamos a quienes levantaron la voz, a quienes defendieron sus sueños, sus anhelos, quienes pelearon por su derecho a vivir, a amar y proyectar. Sin embargo lo único que recibieron a cambio fue ser torturados y silenciados. Por eso, hoy más que nunca, es necesario sostener estos espacios. Porque no se trata solo de recordar, sino de gritar con fuerza que nunca más queremos atravesar semejante oscuridad, ya que es una herida que marcó para siempre el alma de la sociedad argentina.

En sintonía con esta reflexión colectiva, participamos de una de las actividades propuestas por la cátedra de Política Social: el cine-debate de la película *Diablo, familia y propiedad*. Un film que recorre las luchas sociales en los ingenios azucareros del norte argentino. Donde se entrelazan los mitos con las verdades más crudas, donde el poder se dibuja como sombra y amenaza, generando un escenario de explotación y silencio.

Entre esos relatos emerge con fuerza el de Olga Márquez de Arédez, esposa de Luis Arédez, pediatra de vocación, que había llegado a Libertador General San Martín, en los años cincuenta, para trabajar en los ingenios Ledesma. Los ingenios Ledesma del noroeste argentino, eran unidades industriales que procesan la caña de azúcar, también funcionaban como espacios de encierro y dependencia, estaban marcados por la explotación, el olvido y la pobreza.

Durante gran parte del siglo XX, miles de niños fueron incorporados al trabajo rural desde edades muy tempranas. En 1958 Luis Arédez empezó a trabajar en el Ingenio, tenía la esperanza de cambiar el destino trágico de la infancia zafraera. La zafra, era la cosecha anual de la caña de azúcar, exigía mano de obra abundante, barata y sumisa. Y los cuerpos pequeños de los niños ofrecían eso.

Las familias también sufrían, vivían en los mismos terrenos donde trabajaban, en condiciones precarias, con escasa higiene, sin acceso garantizado a salud ni educación. A menudo, los niños no iban a la escuela porque debían ayudar a sus padres en el corte o en tareas vinculadas al acarreo, la

limpieza de campos o el mantenimiento de la maquinaria. El trabajo era duro: largas jornadas bajo el sol, sin protección, sin descansos adecuados. A esta crudeza se sumaba la falta total de reconocimiento de derechos laborales: los niños zafreros no tenían voz, no tenían futuro.

Es allí donde Luis Arédez comenzó su compromiso con el pueblo y con los trabajadores del lugar. Pero ese compromiso incomodaba a los poderosos, a aquellos tan poderosos como oscuros, y por ello había que pagar un precio. La empresa estaba disconforme por los altos costos que había utilizado para la lucha contra la mortalidad infantil, por ende, Luis fue cesanteado de sus actividades de forma definitiva. Pero su compromiso fue más grande que su miedo a las represalias y eligió la salud por sobre la sumisión, eligió la justicia. Así fue que tras una larga seguidilla de dictaduras, en 1973 el pueblo lo eligió intendente.

Como intendente tuvo la osadía de cobrar impuestos a Blaquier, el patrón intocable, dueño de la tierra y del miedo. Es entonces cuando llegó la larga noche del 24 de marzo de 1976, Luis fue secuestrado por primera vez. Un año entero de cautiverio, un año de sombras. Y luego, llegó la breve libertad, efímera como un suspiro. Porque en mayo de 1977 volvió a ser secuestrado. Esta vez, para siempre. Esta vez, sin regreso.

Olga, su compañera de vida, vio claramente el logotipo de Ledesma en la camioneta donde se lo llevaron. Pues la empresa “prestaba” el transporte para movilizar, no solo a Luis sino a los más de 400 trabajadores detenidos, de los cuales 30 nunca regresaron. Desde entonces Olga se organizó con otras mujeres, esposas de obreros desaparecidos. Coordinó denuncias, exigió la aparición -con vida- de sus seres queridos. Sus esfuerzos no prosperaron.

Sin embargo, para Olga no bastaba sólo con denunciar, sabía que era necesario visibilizar su propia lucha y la de miles de mujeres que, como ella, buscaban justicia. Comprendía que la única forma de sostener la memoria era no permitir que se desvaneciera con el paso del tiempo.

Por eso decidió marchar con su pañuelo blanco y la foto de Luis apretada contra el pecho. Cada paso resonaba en la Plaza Libertador General San Martín, ubicada en el centro de Ledesma, en la provincia de Jujuy. Era una marcha en la que cada paso iba acompañado por el silencio y el dolor. Pues aquella no era solamente una marcha, era una forma de quedarse cuando todo lo demás había sido arrebatado. Era un modo de afirmarse frente a una historia que fue sistemáticamente negada. Era habitar una verdad que se resiste al olvido. Porque marchar, en ese contexto, era dejar una huella en la historia. Aunque no haya gritos, el silencio nombra. Aunque no haya respuestas, la persistencia interroga. Y aunque no haya justicia, la caminata acusa, porque caminar se transformó en un gesto radical de presencia.

A lo largo de los años, surgieron distintos relatos y testimonios sobre los horrores vividos por el pueblo, y sobre las condiciones inhumanas en las que trabajaban los obreros del ingenio. Testimonios que revelan explotación, silencio impuesto y miedo. Un miedo que durante décadas los paralizó.

Frente a estos relatos es inevitable preguntarnos ¿en qué momento de la historia dejamos realmente de ser libres? Esta pregunta, lejos de ser retórica, nos invita a pensar críticamente cómo ciertas formas de dominación se fueron naturalizando mucho antes del golpe de 1976. Es decir, la dictadura cívico-militar no irrumpió en un vacío, sino que se instaló sobre un entramado preexistente de desigualdades estructurales, disciplinamiento social y control económico. En ese contexto podemos decir que perdimos la libertad, a través de relaciones laborales opresivas, del miedo instalado como norma, y de la dependencia absoluta de los trabajadores frente a los intereses de las grandes empresas, como los ingenios azucareros. La dictadura vino a profundizar ese modelo, a consolidar un sistema que ya venía gestándose desde antes. Por eso, preguntarnos por la libertad implica también revisar de qué modo fue funcional la represión estatal a los intereses económicos, y cómo el terror se usó para garantizar el orden que el poder necesitaba conservar.

En este contexto de terror, es que durante la medianoche del 20 de julio de 1976 en Libertador General San Martín, se dió lugar el Apagón de Ledesma, denominada también “Noche de los Apagones”. Este apagón fue cómplice de las desapariciones forzadas, fue cómplice de los delitos cometidos por la dictadura cívico-militar en alianza con la empresa azucarera.

Su plan criminal, de terrorismo de estado y de exterminio, se basaba en cortar los suministros de luz, provocando terror en la población, dejándolos a oscuras. Este terror fue utilizado como herramienta de control, pues aprovechaban esta oscuridad para desaparecer a los trabajadores. Fue uno de los recursos más siniestros de represión que tuvo el ingenio. Se asoció a la leyenda de El Familiar, un espíritu devorador que daba poder a cambio de vidas humanas. Un mito sembrado para generar miedo, para justificar la muerte y desapariciones de los trabajadores. Pero detrás del mito, el negocio; detrás del temor, la ganancia de los poderosos.

Ante esta situación, las calles se llenaron de voces, de luchas populares, de gritos, miles de manifestaciones pidiendo justicia y diciendo basta.

Olga siempre estuvo allí. Siempre de pie, luchando por la búsqueda desesperada de su compañero y de los demás desaparecidos del Apagón de Ledesma. No sé rindió, empezó reclamando sola y luego se le sumaron el resto de mujeres que pedían lo mismo: "aparición con vida de su ser querido". Fue una representante de lucha hasta el día de su fallecimiento. Murió sin saber qué pasó con Luis, pero dejó encendida una llama, esa que nos dice cada 24 de marzo que la lucha por la memoria es también una forma de amar.

El Norte no olvida

Velázquez, Dalma de los Ángeles

Se anuncia una nueva Semana de la Memoria y las ganas de participar son las mismas que el año pasado, donde entendimos que ante un gobierno negacionista, lo mejor es la organización colectiva y la reivindicación de la memoria. Primer día de la convocatoria para aquellxs que queremos participar con el aula explotada, la mayoría, todas mujeres. El primer ejercicio que nos proponen las docentes es indagar en nuestras memorias. Escucho la pregunta ¿conocen alguna historia cercana a la dictadura (familiares, vecinxs, etc)? En ese momento lo vi como algo lejano ya que muchxs son muy jóvenes, hasta identifico personas sub 25. Los relatos emergen, todas recordamos algo o tenemos algún motivo que nos lleva a querer estar ahí. Se escuchan testimonios de compañeras que tienen familiares directos. Pienso en mi familia. Al segundo día, se presenta el cronograma, y leo las propuestas. Leo que van a pasar el documental "Diablo, familia y propiedad". Pienso en mi familia. Continúo sin decir nada. Solo una amiga sabe.

Me dirijo a mi espacio de cursada y el documental corresponde a la cátedra que curso. Debemos participar en la actividad como propuesta de la materia por la Semana de la Memoria. La docente nos relata que la película aborda lo sucedido en la fábrica Ledesma durante la dictadura. Pienso en mi familia. Se va a pasar el documental y luego podremos interactuar con los creadores, escritor y director. Llega el día, el aula está llena. El último día de la semana. La película se transmite al mediodía pero la mire antes en mi casa, sola. Quería saber con qué me iba a encontrar. No me sorprendió. Lloré. Pienso en mi familia.

El director relata algunos obstáculos y desafíos del rodaje. Comenta que sólo le faltó un testimonio, el de los dueños de la fábrica. La película-documental recupera lo sucedido en lo conocido como "Noche del Apagón", que tuvo lugar entre el 20 y el 27 de julio de 1976. Durante esos días se cortó deliberadamente la energía eléctrica en el pueblo, lo que facilitó operativos conjuntos entre las fuerzas represivas y vehículos de la empresa Ledesma. Fueron secuestradas más de 400 personas,

entre trabajadores del ingenio, estudiantes, docentes y militantes sociales. Muchos de los detenidos fueron llevados a centros clandestinos de detención, y varios de ellos permanecen desaparecidos hasta hoy. Pienso en mi familia. Mi papá nació en Ledesma. Era un niño durante la dictadura. Su hermano trabaja actualmente en la fábrica.

Se viene un recuerdo. Un relato que escuché en mi familia pero aún hoy no tengo el valor de corroborar su veracidad. En épocas de la dictadura, en Ledesma, la policía paró a una persona, le pidió la documentación de la bicicleta en la que circulaba. La persona no tiene nada. No entiende por qué le piden. Lo llevan a un lugar y lo torturan. Le sumergen la cabeza una y otra vez dentro de un balde de agua. Recuerdo que al escuchar ese relato, me impactó el detalle y la crueldad. Era una niña cuando lo escuché.

Un tiempo después supe que esa persona a la que se referían era mi papá. Ya de grande entendí que mi papá era un niño en esa época. Pienso en mi familia. Lloré sola nuevamente. No tengo el valor de preguntar sobre el hecho en sí. Sólo sé que mi memoria se encendió.

HILANDO MEMORIA: TALLER DE BORDADO



Bordando memoria, colectivamente, como forma de resistencia al olvido

Azzurro, Juliana

Ingresar al aula de una facultad pública y encontrarse con un grupo de mujeres reunidas en torno a un lienzo blanco, con la intención de bordar pañuelos de las Abuelas y las Madres de Plaza de Mayo, es en sí mismo un acto cargado de sentido. Había solamente agujas, hilos y manos de quienes tenían ganas de continuar creando memoria. El aula, un espacio lleno de significados, se transformó en un territorio de memoria y de encuentro. Una actividad tan simple como bordar, abría también la posibilidad de compartir y de construir algo colectivo ante la posibilidad y necesidad de recordar.

“El bordado como lugar de encuentro de las Madres” dijeron las compañeras. Sentí que lo que hacíamos trascendía lo artístico, era una forma de resistencia. El bordado, así como tantas otras actividades artísticas, está asociado a lo femenino, y por consecuencia a lo privado. Las Madres utilizaron este recurso resignificándolo, bordando en pañuelos blancos los nombres de sus hijxs desaparecidxs, transformando esta práctica asociada tradicionalmente a lo doméstico en un acto de resistencia colectiva. De esta manera el bordado ya no quedó relegado a lo privado, sino que salió a la calle para exigir, para luchar y para mantener viva la memoria que lejos de apagarse se multiplicó. El bordado representa un homenaje y también una actividad que expresa la necesidad de la permanencia de ciertas formas y de ciertos símbolos ante la avanzada del odio y del olvido.

De bordado no sabía nada. Llegué al taller con ganas de aprender y sobre todo de poder distenderme un poco del resto de las prácticas cotidianas, y ¿qué mejor forma que hacerlo de esta manera, participando de un espacio que contiene tales significados? Me sumé a una propuesta llena de hilos, de historias y memoria.

Para alguien que no conoce la práctica, como yo en su momento, voy a explicar solo un par de cosas. En primer lugar, que en el bordado las puntadas son lentas. Aprendí que para ir hacia adelante primero se atraviesa el lienzo hacia atrás, y en lo preferible las puntadas tienen que estar bien juntitas, para mostrar con mejor claridad el dibujo. Me gusta pensar que un poco la lucha colectiva y la resistencia al olvido se parece a bordar.

Como cuando una comienza a bordar por primera vez, las puntadas no me salían como quería o como imaginaba que debían ser. Pero con cada punto mal hecho, con cada hilo que se soltaba siempre había otra compañera que me ayudaba a retomar el dibujo. La lucha colectiva no requiere perfección, sino compromiso y disposición, y creo que eso es lo que muchas estábamos dispuestas a dar y lo que teníamos para aportar al encuentro. Se puede pensar en esos espacios como un lugar de trinchera simbólica, bajo el lema de memoria, verdad y justicia, y de poder traer a la superficie lo que heredamos de la resistencia de las Madres y Abuelas.

La paciencia, que si bien es cierto que empezó a flaquear en ciertos momentos, al igual que la resistencia y la transformación requiere de tiempo y de afecto. Los procesos de memoria y de justicia son largos y hay que mantenerse firmes ante los retrocesos y disputas de sentido en torno al negacionismo. Bordar no se trata solo de crear, sino de sostener, así como en la lucha el compromiso de seguir aunque duela hace posible que se sostenga la promesa de que no vamos a olvidarnos nunca, y que no vamos a rendirnos jamás.

El siguiente paso refiere a la forma en el que se van dando las puntadas en el bordado: de atrás hacia adelante. No hay avance sin memoria. Conocer el pasado y volver a él, al sufrimiento y dolor de las madres y abuelas, de un país entero que fue un centro clandestino de detención, pensar en todos los vínculos rotos, en 30.400 compañerxs desaparecidxs, en sus amigxs y familias, en lxs exiliadxs, en el terror y desesperación de la época, pero también en la construcción de nuevas formas

de resistencia, de las luchas en el contexto más cruel y hostil de nuestra historia, nos permite también pensar y crear un futuro más justo. Como en el bordado, en la lucha se avanza atravesando lo que ya fue pero que permanece. También se trata de aprender para poder ir hacia adelante y de no olvidar lo que aún hoy nos duele.

Nadie nos dijo estrictamente cómo trazar las puntadas, pero pronto me dí cuenta de algo evidente, que cuanto más juntas estén, más claro y visible se vuelve el mensaje o la imagen. Lo mismo sucede con la acción colectiva, cuantas más personas participen y más unidas estén, más potente es la expresión y más visible la posibilidad de transformación. Las luchas aisladas tienden a perderse en el tiempo, las colectivas a mantenerse.

Se trata de una memoria colectiva porque no se piensa en lo individual y no se hace en soledad, se comparten sentimientos y se comparten también historias de vida, y en ese entramado de vivencias se expresa y entreteje un sentido compartido. Es esta unión de fuerzas, de sufrimientos y de necesidad de transformación lo que representa realmente una potencia de resistencia.

En ese momento en que todas bordábamos nuestros pañuelos, tejimos comunidad, memoria y resistencia. Es una lucha que se extiende a muchxs más, y se hace necesario no soltarla jamás. Porque cuando se suelta la trama, cuando se pierde la unidad, el tejido social se hace permeable y por esas grietas entran los discursos de odio.

El negacionismo avanza, como una tijera que quiere detener las manos de las Madres y las Abuelas. Las que bordaron con dolor, esperanza y valentía. Nosotrxs, tejiendo unidas, bien juntas como las puntadas, vamos a resistir al olvido para seguir bordando memoria.

Hilando memoria

Zurcher, Daniela

Y sin embargo yo quiero a este pueblo
Porque me incita a la rebelión
Y porque me da infinitos deseos
De contestarle y de cantarle
Mi novedad

—Pedro y Pablo, Yo vivo en una ciudad

El arte ha jugado un rol fundamental como herramienta de resistencia, visibilización y lucha por la memoria, la verdad y la justicia. A lo largo de la historia argentina, las expresiones artísticas han servido para contar historias no contadas, visibilizar las injusticias, el dolor y dar voz a quienes fueron silenciadxs. Podemos pensar en las canciones de Charly García, los libros de Maria Elena Walsh, películas como “La historia oficial” y muchos otros ejemplos que se han constituido en un acto de denuncia, de recordatorio y de reconstrucción de la identidad colectiva.

El bordado, como una de las tantas formas artísticas, se convirtió aquella tarde calurosa de jueves en un medio para hilar y para dar forma a los pañuelos de las Madres y Abuelas de Plaza de

Mayo, honrando su lucha. Nombramos la actividad como “Hilando Memoria: taller de bordado” y la organizamos como Agrupación 26 de Junio, como militantes populares que sueñan con una patria más justa, libre y soberana; al igual que tantos otrxs en aquella época.

Al principio estábamos un poco inquietas: más de 50 estudiantes se habían anotado en el formulario que circulamos y solo una de nosotras sabía bordar. Fue entonces que le conté de la propuesta a una amiga de mi pueblo que se había dedicado durante varios años a un emprendimiento de bordado y afortunadamente, con mucho entusiasmo, decidió sumarse. Cuando llegó el día, el aula 4 estaba desbordada de estudiantes, incluso tuvimos que salir a buscar más bastidores e hilo porque no alcanzaban. Pero una vez que comenzamos, todo se acomodó de otra forma. La dinámica fluyó, la inquietud quedó atrás y se conformó un espacio compartido.

Enmarcamos la propuesta retomando la lucha de Madres y Abuelas, mediante un video que realizaba un recorrido de la misma hasta el presente. Luego, las compañeras explicaron cómo bordar el pañuelo y mientras lxs estudiantes lo hacían, de fondo sonaba una playlist con música que elegimos previamente. Sui Generis, Fabiana Cantilo, Fito Paez y María Gabriela Épumer, fueron algunxs de lxs artistas que musicalizaron el encuentro. Todxs estaban concentradísimxs en el acto de bordar, como si se hubiesen ido a otro lado por un momento. Pero no por desatención, sino por habitar otra forma de presencia. Poner las manos en una tarea sencilla y repetitiva nos detuvo. Nos olvidamos de la inmediatez, del apuro, del ritmo acelerado que se impone en el cotidiano de la vida. Bordar se volvió un gesto íntimo y colectivo a la vez, una pausa compartida.

Aquella tarde, el gesto de bordar se convirtió en un acto de resistencia simbólica, mediante el cual hilamos memoria y mantuvimos la lucha viva de lxs 30.400 compañerxs detenidxs y desaparecidxs. Cada hilo entrelazado en el tejido fue una afirmación del derecho a la verdad y a la justicia. Así, la memoria se teje, se hila y se pasa de generación en generación, manteniéndose viva a través de la acción colectiva. Mediante el arte, se refuerza el compromiso con la memoria histórica, se contribuye al esclarecimiento de la verdad y se mantiene vigente la exigencia de justicia. En tiempos donde la memoria colectiva corre el riesgo de ser desdibujada o manipulada, es necesario generar espacios como este que permitan hilvanar el futuro de una sociedad más justa, que no olvida, que sigue luchando por los derechos humanos y que construye la memoria como un acto de resistencia frente a la impunidad. También como un acto que nos permite pensar en otros proyectos de vida y en una Argentina más humana.

Este tipo de encuentros son los que se generan todos los años durante la Semana de la Memoria en la Facultad de Trabajo Social: 50 estudiantes bordando al mismo tiempo, 50 nuevos pañuelos blancos en el aire.

LA MEMORIA EN IMÁGENES

La memoria: historias entre la identidad y el registro. Parte II.

Rodriguez, Martina y Ruiz Millán, Camila

“La Memoria en Imágenes”² fue una de las actividades que más nos gustó de la Semana de la Memoria. Allí se presentaron fotografías tomadas en la ex ESMA por Víctor Bastera. Antes de llegar a la exposición, distintos docentes nos habían comentado la historia de su obra, sobre cómo “muchas de esas fotos y esos carteles con las caras de los desaparecidos probablemente hayan sido tomadas por Bastera”. Nos comentaron de su encierro dentro de la Escuela Mecánica de la Armada, en el cuál se le designó a través de la milicia la tarea de registrar por día cuatro fotos de quiénes por allí pasaban, donde él tuvo la idea de tomar una quinta copia de esos retratos, que fue guardando en un tubo fotográfico que se llevaría consigo cuando lo liberaron de la ESMA. De ese pequeño gran acto se compuso la muestra. En esas fotos se pudieron reconocer - y reconstruir - no sólo las identidades de quiénes fueron detenidos y detenidas en lo que conocemos hoy como el centro clandestino de detención más grande de Argentina, sino también de los ejecutores de ese hecho; los genocidas.

La actividad se sintió con un sabor distinto, porque sabíamos de antemano la fuerte implicancia que tuvo - y tiene - su registro para el conocimiento de la verdad sobre lo que ocurrió en nuestro país durante la dictadura cívico - militar.

La presencia de Eva, su hija y de los amigos de Víctor generaron un clima casi íntimo. Ellos fueron quienes nos hicieron saber que su detención no terminó con su liberación y el advenimiento de la democracia, ya que durante los años siguientes lo seguían vigilando las fuerzas de seguridad cerca su domicilio. Cada anécdota que relataban sobre él nos hacía sentir que su persona no se había ido completamente, que continuaba vivo en sus seres queridos, incansable militancia y su trabajo.

La muestra nos dejó pensando varias cosas. ¿Qué hubiera pasado sin esa quinta copia? ¿cuántas historias seguirían sin ser conocidas? y sobre todo ¿qué haríamos sin el registro y las personas que lo llevan a cabo? Resulta imposible escribir y reflexionar sobre esto sin pensar en la actualidad y en Pablo Grillo, fotoperiodista, ciudadano argentino, militante y amigo de muchos, gravemente herido por el impacto de un gas lacrimógeno el miércoles 12 de marzo de este año durante la represión llevada a cabo por las fuerzas de seguridad comandadas por Patricia Bullrich en una de las protestas pacíficas que realizan las y los jubilados frente al Congreso de la Nación en reclamo al gobierno nacional por la defensa de sus derechos.

Al igual que Victor, Pablo casi pierde su vida en el registro de la injusticia, en manos de quienes la provocan. En ambos casos: las fuerzas represivas del Estado.

2 Organizada por las cátedras de Trabajo Social II, Configuración de problemas sociales, Trabajo Social I y Trabajo Social y Análisis Institucional.

Entendemos que construir memoria no es una tarea del pasado porque el pasado no está cerrado, no es un capítulo terminado. Las heridas del terrorismo de Estado siguen presentes en muchas familias, en los cuerpos de quienes sobrevivieron, en los nietos y nietas que aún faltan encontrar, en las desigualdades estructurales que se sostienen desde entonces. Es un desafío del presente porque vivimos en un contexto donde los discursos negacionistas reaparecen, donde se relativiza el horror, donde se busca vaciar de contenido político y colectivo la lucha por la memoria, la verdad y la justicia.

Como estudiantes, formarnos en una perspectiva de derechos humanos implica no sólo conocer la historia, sino también tomar partido frente a las injusticias del presente, reconociendo cómo las lógicas del autoritarismo pueden volver en otras formas. La memoria es una herramienta que nos permite interpretar el presente, construir comunidad y fortalecer la democracia. Tenemos la responsabilidad de sostener estos espacios, multiplicarlos y con el ejemplo de Ramón, Victoria y Pablo, seguir transmitiendo las voces que otros intentaron silenciar.

Porque mientras haya memoria, habrá lucha. Y mientras haya lucha, habrá futuro.



LAS LUCHAS POR LA LIBERTAD EN LA PATAGONIA REBELDE



Marcha de peones rurales en el Puerto de Santa Cruz. Archivo General de la Nación.

Crónica de la Memoria

Hurtado, Valencia

La Semana de la Memoria es mucho más que una fecha en el calendario.

Podría decir que es una herida que se reabre cada año para recordarnos que el olvido también es una forma de violencia. Nos obliga a detenernos y observar por esa grieta en el tiempo que nos permite mirar hacia atrás, hacia ese pasado oscuro de la historia argentina que no puede ni debe ser olvidado. Un pasado que debe estar latente en nuestras memorias para que nunca más vuelva a repetirse. Porque ese pasado está cargado de injusticia, de silencios impuestos, de crímenes cometidos en nombre del “orden” y el “progreso”. Crímenes que claman por memoria, verdad y justicia.

Mirar el documental de Osvaldo Bayer, “Las luchas por la libertad en la Patagonia Rebelde”, actividad que nos presentó la cátedra de Trabajo Social y Sujetos Colectivos es dejarse atravesar por una historia que duele. Es escuchar la voz de quienes fueron silenciados, reprimidos, desaparecidos. Es dejar que el pasado se filtre en el presente con la crudeza de los hechos que no fueron ficción, sino realidad investigada, documentada, recuperada del olvido. En esa historia se describe la lucha de los obreros rurales de Santa Cruz que, en los años veinte, se organizaron y declararon la huelga ante la explotación salvaje de sus cuerpos, su tiempo y su dignidad.

Bayer no cuenta una historia cualquiera. Narra con dureza y humanidad cómo aquellos peones, cansados del abuso de los grandes estancieros, se levantaron en un grito colectivo. Necesitaban lo básico: salarios justos, condiciones dignas para sus vidas y comida en sus mesas. Pero el poder no tolera que los de abajo se organicen. La tierra, que debía ser vida, fue testigo de la muerte. La protesta, que tan solo pedía dignidad, fue respondida con fusiles. La esperanza fue enterrada en fosas comunes con los cuerpos de obreros, dirigentes y delegados que albergaron con fe un cambio en sus vidas y la de sus hijos.

Lo más conmovedor es que esa masacre fue obra de un gobierno elegido democráticamente. Al principio el presidente Yrigoyen intentó mediar, pero al no cumplirse los acuerdos la huelga se reanudó, y cambió de rumbo la postura del Estado. Ordenó el envío del Ejército para “restablecer el orden”, al mando del teniente coronel Varela, recordado por su cruel represión que marcó una de las páginas más oscuras de la historia argentina. Lo que posteriormente siguió fue un baño de sangre; más de 1500 trabajadores fueron ejecutados. El presidente Yrigoyen nunca condenó esas matanzas, ni sancionó a los responsables. Varela fue condecorado. La justicia se convirtió en silencio.

A través del relato de Bayer, se sienten la rabia y el dolor como si fueran nuestros. Porque de alguna forma lo son. Porque en cada obrero asesinado, en cada grito ahogado por el miedo, late una advertencia que sigue vigente, no hay justicia sin memoria. Y no hay memoria sin la voluntad de mirar de frente a la historia, por más dura que sea.

La Patagonia no se silenció. La Patagonia sigue gritando. Grita desde las tumbas anónimas, desde los campos regados con sangre obrera, desde las voces que desearon apagar con balas y miedo. Grita en cada acto de memoria, en cada lucha por justicia, en cada joven que levanta la bandera de los que soñaron con un mundo más digno.

Y mientras haya quienes escuchen ese grito, la historia nunca será olvidada. Será verdad. Será memoria viva y tenemos el deber de escucharla.

Para finalizar me parece de gran importancia ver este documental en la Semana de la Memoria ya que no es solo un acto de recuerdo sino también de compromiso. Nos permite vincular las luchas del pasado con las presentes para reconocer que las formas de injusticia y represión no son solo historia, es también una alerta para las democracias actuales.

Tener presente y recordar a los obreros de la Patagonia nos permite también abrazar las luchas actuales por la dignidad, el trabajo justo y los derechos humanos. Porque en este marco la memoria no es solo testimonio sino una herramienta que nos va a permitir transformar.

Las luchas por la libertad en la patagonia rebelde

Pérez, Antonella Abigail

La memoria es el único camino que nos lleva a la Justicia.

—Osvaldo Bayer.

Esta es la primera vez en la que puedo participar de la Semana de la Memoria. Llegaba muy entusiasmada por asistir a cada actividad pensando en ese encuentro con otros, donde hay sentimientos compartidos, donde ponemos en común y podemos reivindicar la Memoria, teniendo en cuenta que estamos en un contexto neoliberal y negacionista de nuestra historia que pone en disputa la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Participé junto con otras compañeras en la proyección audiovisual “las luchas por la libertad en la Patagonia rebelde” realizado en el año 2012, y organizada por la cátedra de Trabajo Social y Sujetos colectivos. Es importante mencionar que mi desconocimiento sobre los hechos sucedidos en la patagonia rebelde era total. Tampoco conocía a Osvaldo Bayer, nunca había escuchado sobre él, es por eso que la proyección fue sumamente enriquecedora, ya que desde el primer momento fue atrapante cada escena del video.

Osvaldo Bayer fue un gran historiador, escritor y periodista argentino quien defendió las luchas obreras y reveló el sufrimiento de los pueblos sometidos y olvidados. Toma el compromiso de investigar y reconstruir la masacre de la llamada “Patagonia rebelde” ocurrido en la provincia de Santa Cruz en la estancia San José en el año 1921. El propósito de la investigación fue mostrar la frialdad de una masacre despiadada y sacar a la luz la verdad de los 1.500 obreros fusilados por un gobierno democrático, el de Hipólito Yrigoyen que nunca mostró un poco de culpa.

Durante la Primera Guerra Mundial los estancieros británicos de la Patagonia se enriquecieron de una manera escandalosa y explotaban a los criadores de ovejas para obtener lana y cuero. El detonante de la huelga fue la crisis lanera debido a la caída de precios por la sobreoferta de lana en Australia, Canadá, como así también hubo menor demanda en Argentina. En esta coyuntura, los estancieros descargaron su malestar sobre los ya pésimos salarios de los peones rurales sometidos a la explotación laboral.

Cuando los trabajadores tomaron conciencia de la situación, exigieron mejores condiciones de trabajo y aumentos en los salarios, como no obtuvieron respuestas por parte de los terratenientes, comenzaron a organizarse realizando huelgas encabezadas por dirigentes anarquistas asociados a la F.O.R.A (Federación Obrera Regional Argentina). Fue así que los estancieros, preocupados por la situa-

ción, convocaron la intervención del gobierno de Hipólito Yrigoyen. Es así que Hector Benigno Varela fue designado por el presidente para intervenir sobre el conflicto. Cuando descubre las condiciones en las que estaban viviendo los peones rurales, reconoce la situación de explotación. Entonces se firma un acuerdo entre propietarios y trabajadores que no fue cumplido al retorno de Varela a Buenos Aires. Esta situación reaviva las huelgas y el conflicto se profundiza.

Yrigoyen presionado por los estancieros, gente adinerada y con gran poder, decide enviar a Varela de regreso al sur con tropas del Regimiento de Caballería. Esta vez no fue para apaciguar las cosas, sino para tomar acciones. Fue así que cuando llegan a Río Gallegos comienzan a llamar en primera instancia a los dirigentes y algunos trabajadores con la promesa de llegar a un acuerdo. En una escena, la película muestra cómo estos trabajadores eran engañados y fusilados uno por uno. Los peones rurales tuvieron que pagar con su vida la ambición del poder.

En unas de sus recorridas por el pueblo de Jaramillo, donde se suscitaron parte de estos acontecimientos, Bayer encuentra escrito una leyenda en una cruz de madera que lo conmueve y lo emociona: 1921 “a los caídos de la libertad”. Esa cruz junto a un paredón de roca lleno de orificios de balas del Ejército Argentino es en la actualidad un monumento histórico que guarda para siempre la memoria de esos valientes obreros que luchaban por rebelarse contra la inhumana explotación de los estancieros patagónicos.

Luego de ver el documental, la actividad consistió en que los docentes de la cátedra nos propusieran una serie de palabras disparadoras para debatir y vincular con el presente: libertad, identidad, memoria, relato, trabajo, territorio, organización, resistencia, derechos..

Al pensar la relación entre trabajo, territorio, organización y resistencia entendemos que el trabajo es un medio de subsistencia necesaria para poder reproducirse y afrontar los costos de vida. El territorio es la resignificación de espacios. La organización son las bases, coordinación y acción podríamos llamarle formas de emanciparse o liberarse, la organización es clave para movilizar luchar contra la opresión y subordinación. El claro reflejo de la lucha obrera organizada quienes perdieron hasta la vida luchando por sus derechos.

Considero que Osvaldo Bayer es un referente clave para pensar en la memoria ya que sus investigaciones sobre la historia de la represión argentina. La injusticia social, la memoria y la verdad de la historia fueron enriquecedoras para la actualidad, teniendo en cuenta que estamos atravesando por una crisis social neoliberal que se caracteriza por una gran masa de trabajadores despedidos y también precarizados.

Las actividades de la semana de la memoria son sumamente importantes para poder recuperar nuestra historia y mantener viva la memoria luchando por los derechos, y que hechos tan aberrantes no queden en el olvido. Conocer el pasado nos permite comprender y repudiar la opresión de las fuerzas de poder, teniendo en cuenta que actualmente vivimos en una sociedad en la cual los medios masivos de comunicación son responsables de poner en cuestionamiento y olvidar nuestra historia Argentina. De ese modo los medios de comunicación operan con mucho poder y reproducen discursos de odio, hacen que los jóvenes en la actualidad no cuestionen y no tengan la inquietud de indagar ¿Qué pasó durante la dictadura? ¿Por qué se cuestiona y el gobierno niega que fueron 30.000 desaparecidos? ¿Por qué se le dice visión tuerta de la historia? De hecho, no es casualidad que el día 25 de marzo el intendente de Río de Gallegos acusó al gobierno nacional de haber destruido el monumento de Osvaldo Bayer siendo él mismo quien les devolvió parte de nuestra identidad histórica. Esta acción nos refleja la política de un gobierno negacionista que intenta borrar la memoria de Bayer y así mismo negar la masacre y la lucha de los trabajadores rurales, un gobierno que refleja que sus intereses benefician a los que más dinero y poder tienen.

En la Semana de la Memoria pudimos reflexionar sobre la injusticia social, la lucha por la verdad y la construcción de la memoria colectiva. Lo hicimos a partir de la participación activa. Repudiando la negación de nuestra historia. Fue un espacio de intercambio entre estudiantes y docentes, un espacio cálido donde pudimos reflexionar, escuchar, aprender.

Una proyección que despierta la memoria

Puita, Yasmin

Eran las diez de la mañana, un día soleado y tranquilo. Uno de esos días que parecen pasar sin dejar huella... pero no fue así.

Cuando entré al aula, lo primero que noté fue que había muchas personas. Algunos miraban hacia el frente, atentos; otros conversaban en voz baja, como si intentaran calmar los nervios con palabras compartidas. El murmullo general creaba un ambiente vibrante, casi eléctrico. Se sentía una energía especial, una especie de cosquilleo en el aire.

Las sillas estaban casi todas ocupadas. Se notaba que era un día importante. Unos anotaban cosas en cuadernos; otros simplemente miraban a su alrededor, tratando de encontrar una cara conocida. La mezcla de ansiedad y entusiasmo flotaba en el aire. Yo me senté al fondo, desde donde podía observar todo sin ser parte directa del bullicio.

Una proyección nos esperaba: “Las luchas por la Libertad en la Patagonia Rebelde”. La sola mención de ese título ya generaba curiosidad. ¿Qué tenía que ver estos hechos lejanos en el tiempo con nosotros?

La sala se oscureció y el proyector cobró vida, y con él, la historia. A medida que las imágenes avanzaban, las luchas de los obreros patagónicos que se levantaron frente a la injusticia comenzó a perforar más profundamente nuestra alma. No eran solo escenas del pasado: eran testimonios vivos de organización y represión. Cada palabra, cada imagen te llevaba a vivir ese pasado y retumbaban como eco en el presente. En la pantalla, las imágenes en blanco y negro reconstruían un paisaje imponente: la inmensidad de la estepa patagónica, el viento, los galpones de esquila, los rostros curtidos de los peones rurales. Pero también aparecieron otras imágenes: telegramas oficiales, órdenes militares, testimonios de fusilamientos en masa, cruces anónimas clavadas en la tierra. La historia que se narró fue la de miles de mujeres y hombres sencillos, trabajadores rurales en Santa Cruz, entre 1920 y 1922, que se organizaron en sindicatos para reclamar derechos básicos: mejores salarios, comida digna, descanso, condiciones humanas de trabajo. Se enfrentaban a estancieros poderosos y a un Estado que actuó como brazo armado de esos intereses.

El conflicto, lejos de resolverse con diálogo, terminó con una represión brutal ejecutada por el Ejército Argentino, bajo las órdenes del entonces teniente coronel Héctor Varela. Más de 1.500 obreros fueron fusilados sin juicio previo. Muchos de sus cuerpos siguen desaparecidos. La Patagonia Rebelde no es solo un capítulo trágico de nuestra historia. Es el nombre con que se conoce a esa resistencia, y también a su silenciamiento. Es la memoria de una lucha por la libertad, la justicia y la dignidad, que fue respondida con plomo y olvido.

Lo que más impactó fue ver cómo el Ejército, enviado por un gobierno democrático, se convirtió en ejecutor de los intereses de los grandes terratenientes. Soldados fusilando a obreros rendidos. Cuerpos tirados en la estepa, cruzados por balas, por el olvido. Vimos órdenes militares, escuchamos testimonios de los pocos sobrevivientes, leímos fragmentos de cartas que nunca llegaron a destino.

Una de las escenas más duras fue cuando se detalló cómo hacían cavar sus propias tumbas a los huelguistas antes de fusilarlos. Ahí, en ese momento, el silencio en la sala fue absoluto. No por respeto. Por espanto. Por impotencia. Porque esas imágenes no hablaban solo del pasado: también mostraban la lógica que sigue vigente cada vez que un reclamo popular es reprimido.

La narrativa cruda y honesta del documental nos confrontaba con preguntas incómodas: ¿Qué lugar ocupamos hoy frente a la injusticia? ¿Qué significa “libertad” en un país con una historia marcada por la represión de quienes alzan la voz?

Cuando terminó la proyección, hubo un silencio denso. La profesora lo rompió con una pregunta simple pero poderosa: “¿Qué les pareció?” A partir de ahí, se abrió un espacio de debate que reveló cuán profundamente había penetrado el mensaje en nuestros corazones rebeldes.

Conocía esa parte de la historia argentina de lucha obrera, pero escuchar esos relatos me resultó increíble y doloroso. Es difícil aceptar que tantos años de resistencia hayan sido silenciados o contados de manera parcial, lo cual implica minimizar, distorsionar o directamente ocultar lo que realmente ocurrió, evitando mencionar las condiciones extremas de explotación que vivían los peones rurales. Recuerdo que me sentí identificada con la frustración de los trabajadores, con esa sensación de pelear por algo justo y ser castigado por hacerlo, tal como pasa en la actualidad. En una escena de la proyección, se mostraba a los obreros reuniéndose en secreto, discutiendo sus demandas en una asamblea improvisada, sus rostros iluminados por la luz tenue de una lámpara de aceite. Lo que me impactó fue la fuerza en sus palabras, la determinación de quienes, a pesar de las amenazas, creían firmemente en la justicia de su lucha.

Ver esas imágenes me hizo pensar en lo fácil que es olvidar, o mirar para otro lado. Hay historias que deben ser contadas, dolores que necesitan ser visibilizados, y luchas que merecen ser acompañadas, incluso muchos años después. Como se mencionó en un momento: “Hay que conocer la historia para no repetirla”, y así no ser cómplices del olvido. En la película, vemos cómo el gobierno argentino, a través del ejército, reprime con violencia a los trabajadores que solo exigían condiciones laborales mínimas y respeto por sus derechos. En la actualidad, aunque las formas han cambiado, la represión a las protestas sigue vigente. Cada vez que hay una huelga o una manifestación en defensa de derechos laborales, como en el caso de trabajadores de la salud, docentes, o movimientos feministas, muchas veces la respuesta es la criminalización de la protesta. Las fuerzas de seguridad siguen siendo utilizadas para disuadir y reprimir las voces disidentes, en lugar de dialogar y escuchar.

Ver la película sobre la Patagonia Rebelde nos recordó que la libertad no es algo que se da, sino algo que se conquista, muchas veces a costa de sacrificios y represión. En la pantalla, los trabajadores patagónicos también luchaban por su dignidad frente a un sistema que los veía como prescindibles. La represión era brutal, pero su lucha por la libertad seguía siendo la misma que la de tantas otras luchas actuales.

Hoy, la palabra “libertad” se usa con frecuencia, pero muchas veces vacía de contenido, mientras el poder sigue silenciando a quienes se organizan y luchan por sus derechos.

Al salir del aula, el día seguía igual, pero algo había cambiado.

La libertad no es un regalo, es una conquista, en cada protesta, en cada grito de justicia. La película nos recordó que el sentido de la libertad siempre está en disputa.

Al salir del aula y dejar atrás sus paredes blancas el día seguía igual.

En esas paredes blancas se proyectó la Historia, porque fue allí donde muchos pudimos conocer y recordar las luchas por la Libertad en la Patagonia Rebelde.

Yo no estuve allí, en esos campos helados del sur. No sentí el peso del sol patagónico en la espalda ni el filo del viento cortando la piel. No dormí en galpones de chapa, ni esperé con esperanza y miedo una respuesta justa. Pero al conocer en profundidad esta historia, algo en mí cambió para siempre. Porque hay relatos que no solo se escuchan: se sienten en lo más hondo del alma.

Me imagino estar allí: los reclamos simples como pan, techo, descanso. Y después, el horror de la represión, el fusilamiento, los cuerpos enterrados en la nada, los cuerpos desnudos colgados en los alambrados. El grito apagado por las balas, el miedo sembrado para callar la esperanza. La frase “así no se mata a un criollo” antes de ser fusilado, las mujeres prostitutas con palos y escobas, gritando “asesinos, porquerías, con asesinos no nos acostamos”. Y sin embargo resistieron hasta el final. Y gracias a ellos, a su valentía, a su sacrificio, hoy estamos acá, contando esta historia que tantas veces quisieron borrar.

En esta proyección se refleja como mujeres y hombres sencillos, peones rurales, jornaleros, alzaron la voz por algo tan básico como lo que todos anhelamos: dignidad, respeto, justicia.

La Patagonia Rebelde. De aquellos años en los que el sur argentino fue escenario de una lucha silenciosa, pero inmensa. Una lucha que no entra en los libros de historia tradicionales, pero que vive en la memoria colectiva de quienes no queremos olvidar.

Esta proyección no es solo un documental. Es un acto de memoria. Un abrazo a esos nombres olvidados, un puente entre el pasado y nuestro presente. Porque si miramos con atención, vamos a ver que aquellas luchas siguen vivas en cada derecho conquistado, en cada injusticia que aún nos indigna, en cada gesto de solidaridad que nos hermana.

Diálogos entre pasado y presente

Rodas Arevalos, Rossana

En el marco de la 31ª Semana de la Memoria hay una frase que me quedó resonando, “el pasado dialoga mucho con el presente”. Esta frase es tan necesaria para que como sociedad dialoguemos, sepamos de nuestra historia, comprender e imaginar el futuro y más que nada para que el terrorismo de Estado no vuelva suceder nunca más.

A la proyección de la película “La Patagonia Rebelde” asistimos más de 30 personas, luego de mirar el documental, los organizadores nos dieron palabras disparadoras como: historia, memoria, relato, trabajo, pertenencia, identidad. A cada grupo nos tocó algunas de estas palabras, para luego debatir y reflexionar conjuntamente. Uno de los grupos tomó las palabras Trabajo y Territorio, y comentaron cómo a través de la organización y la resistencia se lucha por los derechos, entendiendo el territorio como lugar de trabajo y formas organizativas.

Creo que con un gobierno nacional que fomenta el negacionismo y que intenta a toda costa borrar la memoria del pueblo, poder sostener estos espacios son fundamentales para seguir reafirmando la Memoria, la Verdad y la Justicia. Estos encuentros, nos salvan del individualismo, donde después de una proyección podemos debatir, reflexionar y ejercer la memoria colectiva. Nos vendieron la libertad como un derecho absoluto. No para vivir mejor, sino para dejar a los demás atrás. Para que la crueldad sea la norma. Para que el que no puede, se arregle. Que el que sufre se calle. En estos días donde todo duele más, donde cuesta imaginar un futuro mejor, donde debemos fomentar más los cuidados colectivos, de encuentros, es ahí donde nacerán los límites a tanto atropello.

La historia de la Patagonia Rebelde, escrita por Osvaldo Bayer, relata la represión y masacre de 1500 obreros durante las huelgas patagónicas de 1921. Estos trabajadores llevaron adelante una huelga para reclamar mejores condiciones de trabajo y salarios dignos. La respuesta que recibieron a la lucha por sus derechos por parte del gobierno fue una brutal represión que dejó muertos y heridos. Con este documental, Bayer intenta mostrar la importancia de la memoria histórica, y la injusticia y la desigualdad que persiste en nuestra sociedad. Un ejemplo de esto es cuando el discurso oficial niega la cifra de los 30.000 desaparecidos durante la última dictadura militar argentina, afirmando que el número es inventado. Lo importante es cuestionar la perversión de estos discursos, desarmar la crueldad y repudiar la provocación. Muchos de los mensajes que venimos escuchando hace tiempo además de ser agresivos, son errados e intentan instalarse como verdades. No es casual que un día

después del 24 de marzo, el gobierno nacional destruya el monumento a Osvaldo Bayer que se encontraba en Río Gallegos. Estos actos violentos solo van a lograr más memoria.

Cuando todo parece oscuro y el miedo y la desesperanza crecen, es necesario acudir al abrazo, la palabra compartida, el hacer con otros, donde reine lo colectivo y la ternura, esa debe ser nuestra forma de luchar y resistir. La mayor revolución que podemos lograr hoy es encontrarnos en la ternura de hacer con los otros y seguir creyendo que un nosotros es posible. Los sectores de poder apuestan al individualismo, pero somos seres humanos y nos necesitamos, porque las injusticias que atraviesa cada sujeto en lo individual ocurren dentro de un contexto y ese contexto muchas veces intenta arrasar con la salud, con los lazos y los vínculos solidarios.

La memoria no es lineal, pero algunas injusticias continúan. Al final de la proyección debatimos sobre la represión que se ejerce con total impunidad sobre los jubilados por defender sus derechos. Sobra dinero para desplegar las fuerzas de seguridad, pero no para financiar la universidad y los hospitales públicos.

Este contexto impacta en la salud mental de las personas que no queremos mirar para otro lado, y que no nos da lo mismo la crueldad a la que asistimos. El sistema en el que estamos nos invita a aislarnos, nos quiere solos, por eso creo que encontrar refugio con personas que nos acompañen es fundamental. Como vemos en el documental, los trabajadores en soledad no hubiesen conseguido nada, juntarse-encontrarse los potenció. Por eso es importante convocar al encuentro, porque tal vez juntos los logros lleguen más lejos.

Recordar es una tarea activa, política y necesaria.

LOS SITIOS DE MEMORIA COMO ESPACIOS PEDAGÓGICOS

Desafíos para la memoria

Sánchez, Micaela Agostina

Agradecimiento

Agradezco profundamente a mis abuelos por brindarme la oportunidad de estudiar en la Universidad Nacional de La Plata, un logro importante en mi formación personal y profesional. Admiro su valentía y resistencia durante la dictadura militar, cuya historia de lucha me inspira en mi camino académico y en mi compromiso con la memoria, justicia y los Derechos Humanos.

En el marco de la Semana de la Memoria, participé activamente de su organización y tuve la oportunidad de presenciar diversas actividades que enriquecieron mi comprensión del tema. Inicialmente, creía saber cuál sería la actividad en la que centraría mi crónica; sin embargo, una convocatoria imprevista cambió mi perspectiva. Fui invitada a cubrir el conversatorio “Los sitios de memoria como espacios pedagógicos” que tendría de panelista a Claudia Favero, ex detenida en la ex comisaría quinta durante la última dictadura militar, que hoy es un centro cultural y espacio de memoria.

Cuando logré acomodarme el conversatorio ya había iniciado y lo primero que escucho es a Claudia Favero: “no me gusta decir que soy sobreviviente, soy testificante, porque sobreviviente es un término utilizado por los genocidas que decidían quién vive y quién muere”. En ese preciso momento descubrí que esa era la actividad en la que basaría mi crónica. Tan solo con esa frase, con la seguridad y convicción que la enunció, hizo darme cuenta que este no iba a ser solo un conversatorio más, una charla más, sino una que me daría vuelta la mente de formas impensadas.

Luego, escuche a Claudia decir sobre su lugar de detención: “Cada pared muestra una marca”. Lo primero que vino a mi mente fue el piso rojizo del aula 4, ese mismo piso donde cursé en reiteradas oportunidades, donde faltaban baldosas, que fue rellenado con cemento. Siempre me pregunté ¿Qué habría antes, o por qué faltan baldosas justo en ese lugar? ¿Habría una pared, o algún caño roto? Días antes, en el curso de capacitación para poder participar de la organización de la Semana de la Memoria, una docente nos comentó que justamente varias aulas de la planta baja fueron remodeladas cuando el edificio pasó de ser el ex distrito militar a la Facultad de Trabajo Social de la UNLP. Era muy cierto para mí lo que estaba diciendo Claudia Favero, pero agregaré que cada pared, cada marca, cada fotografía y objeto rescatado de la oscuridad, parecen susurrar historias que claman por ser preserva-

das y entendidas. Estos espacios como lo es el aula más grande de la Facultad o esa pequeña aula de pisos rojizos nos invitan a recordar, pero también a reflexionar sobre la naturaleza de la Semana de la Memoria en la Facultad de Trabajo Social y los Derechos Humanos que son y han sido vulnerados en nuestra historia reciente.

Siete días antes de que tuviera lugar la Semana de la Memoria, los jubilados se manifestaban pacíficamente frente al Congreso, pero el gobierno respondió con violencia y represiones brutales. Traigo este hecho, porque el miércoles siguiente me encontraba escuchando a Claudia Favero decir “en el 2001 hubieron decenas de muertos a causa de la represión que ejercieron las fuerzas de seguridad contra los manifestantes”, eran esos jubilados que en su momento fueron los jóvenes que lucharon y resistieron el genocidio de la última dictadura militar en Argentina.

Estamos enfrentando una nueva etapa de negación y desmemoria, donde el gobierno actual promueve la relativización de los hechos de la dictadura, y el silencio colabora con la perpetuación de la injusticia. La escalada de violencia en las calles, la utilización de la fuerza excesiva y la criminalización de las protestas son formas de represión que, si bien no siempre alcanzan la misma intensidad, guardan similitudes en su lógica y en su impacto en la sociedad. La diferencia radica en la naturaleza de la represión, que en los tiempos actuales puede ser más sutil o institucionalizada, pero que en esencia busca silenciar y controlar la expresión popular y la resistencia social.

Continuando con el conversatorio de Claudia Favero, me veo en la necesidad de explicitarle al lector que pronunciaré su nombre las veces que sean necesarias, como una forma de respetar y honrar la identidad de Claudia Favero, esa misma mujer que hace 42 años los genocidas intentaron desaparecer. Sí lo hicieron con su hermano Daniel Favero, desaparecido en la última dictadura militar. Años después, la familia decidió abrir en su honor un centro cultural que llevaría su nombre, “un lugar donde se resignifican las expresiones culturales, este lugar es habitado por estas expresiones, donde se fomentan los Derechos Humanos” dice Claudia. Pienso, que espacios como el Centro Cultural Daniel Favero se erigen como faros de esperanza y reivindicación. Estos no solo albergan y resignifican las expresiones culturales que fueron prohibidas durante la dictadura, sino que también sostienen la lucha por los Derechos Humanos en nuestro presente. Cada actividad, cada taller, y cada obra de arte que allí se producen, se convierten en una voz colectiva que lucha contra el silencio, cada rincón de estos lugares atesora un testimonio que exige reflexión.

En tiempos donde se propone el olvido y la desmemoria, resulta esencial reflexionar sobre el interrogante que hizo Claudia Favero: ¿Qué pasaría si el colectivo que recuerda desaparece? Podríamos decir, que la memoria no es un proceso estático; es dinámico y requiere nuestro compromiso activo. No se trata simplemente de recordar fechas como el 24 de marzo; hacer memoria implica estar presentes en las luchas actuales, marchar junto a aquellos que, como los jubilados, vivieron las atrocidades de la última dictadura, y resistir ante un gobierno que busca vulnerar nuestros derechos, que implementa las mismas medidas económicas, políticas y sociales que se habían vivido hace 42 años. La memoria se alimenta de quienes la habitan, de quienes transitan los espacios y ocupan los lugares en las luchas sociales que se han dado a lo largo de los años y de quienes están dispuestos a asignarle un valor. No existe memoria sin una comunidad dispuesta a defenderla, sostener y comunicarla en el paso de las generaciones.

En el contexto actual, según Claudia Favero, donde el Estado promueve una política de desmemoria, es crucial preguntarnos: ¿Para qué necesitamos memoria? No se trata solo de recordar, sino de viajar a través del tiempo para poder identificar patrones que se repiten. Aquí es donde coincido con Claudia Favero “Hacer memoria no es vacío ni superficial; significa acompañar a los jubilados que vivieron y sufrieron bajo el régimen militar, significa alzar la voz ante un gobierno que niega el pasado y busca ocultar las atrocidades cometidas. Es un compromiso que se traduce en acción, en la apertura de archivos del Estado que continúan ocultos y en el rechazo a una narrativa que intenta relativizar el genocidio.”

¿Cómo podemos asegurar que este ciclo de violencia nunca más se repita? La tortura, como expresión de abuso y poder, se convierte en una secreción permanente de silencio que atraviesa generaciones. Cada acto de violencia enciende un eco de aquellos que sufrieron en silencio durante la dictadura, y aunque muchos crean que tales experiencias no nos afectan, el miedo persiste en la memoria colectiva de nuestras familias. Creo que la mejor manera de hacer frente a ese miedo es a través

de lo que Claudia Favero mencionó como “La pedagogía de la memoria” abordar estas emociones, entendiendo y elaborando los mecanismos de miedo que aún sobreviven en nuestra sociedad. Insisto en que es nuestra responsabilidad transformar el miedo en resistencia, el odio en amor, y los balazos en belleza y arte.

Cada uno de nosotros tiene un papel que desempeñar en este proceso. La resistencia cultural, expresada a través de la música, el arte y la literatura, se convierte en una poderosa herramienta para enfrentar el olvido y el negacionismo. Siguiendo el ejemplo de Claudia Favero: “Debemos continuar el legado de las voces que se levantaron en el pasado, hoy debemos estar dispuestos a levantarnos ante la injusticia utilizando todos los medios a nuestro alcance.”

La cultura popular, siempre rebelde y cuestionadora, nos invita a confrontar el odio con amor y el miedo con valentía. Es nuestro deber contar lo que ocurrió y, sobre todo, honrar las luchas pasadas a través del arte y la cultura, que han sido herramientas de resistencia que vinculan nuestros pasados dolorosos con la lucha por un presente y futuro dignos fundamentales en esta larga batalla.

Espacios como la Semana de la Memoria en la Facultad de Trabajo Social me permitieron reflexionar y cuestionar estos hechos atroces, muchas veces normalizados en la cotidianeidad. Participar en ellos me ayudó a entender que la memoria no es solo un eco del pasado, sino una llama viva que ilumina nuestro presente y guía nuestro camino hacia un futuro digno. Cuando olvidamos, cuando cerramos las heridas en el silencio y la indiferencia, estamos condenando a las futuras generaciones a repetir la historia, transformando el pasado en una sombra que acecha en los rincones oscuros de la negación. La resistencia, la verdad y la justicia no son conceptos abstractos, sino la esencia de nuestra dignidad como sociedad. Cada acto de represión, cada voz silenciada, cada espacio de memoria olvidado nos desafía a luchar con más fuerza, a recordar con mayor intensidad y a convertir el dolor en acción.

Solo quienes recuerdan con conciencia pueden construir un mundo donde la injusticia sea derrotada por la valentía de quienes eligen no dejarse vencer por el miedo. La memoria es nuestro acto de amor y resistencia, un grito que atraviesa el tiempo y exige ser escuchado: ¡No permitiremos que el olvido devore la verdad! En la memoria de quienes sufrieron y lucharon encontramos la fuerza para seguir adelante, y en esa fuerza reside la esperanza de un mañana donde la verdad y la justicia sea una realidad, no solo un ideal.

SALIDAS A LOS SITIOS DE MEMORIA

Encuentro que llega / presente flamea

Bruegno, Agostina

Mi llegada a La Plata fue hace siete años, con la firme idea de encontrar un lugar que me permitiera y diera las herramientas para poder convertir mis convicciones, y muchas veces enojo, en algo. Algo que no sabía que era, pero sabía que venía arraigado a que no me daba lo mismo lo que le pasaba al de al lado. Y desde siempre, traté de seguir firmemente mis ideales, y que mi forma de vivir la vida sea así. Recuerdo, antes de llegar a esta ciudad, no conocer mucho sobre lo sucedido en la última dictadura, pero siempre me movilizó y sensibilizó. El llegar a La Plata, un lugar con tanta historia, no hizo más que re confirmar hacia donde quería ir. Y claro que si hablo de seguir convicciones firmemente, puedo pensar rápidamente en un pañuelo blanco, que me trae a la mente la cara de Norita, Estela, Hebe... sabía que el faro iba por ahí; por el pañuelo blanco, atado, al cuello y de paso firme, abrazadas, resistiendo. Quizás, por momentos, no logro tomar dimensión del legado de ellas; mujeres que se enfrentaron ante el gobierno más sangriento de este país. ¿Qué increíble no?, el pensar que ellas, como sus hijos, vivieron su vida de esa manera;dejando huellas y el camino allanado a quienes hoy estamos levantando su bandera.

Durante la actividad "Recorriendo Memoria" de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia en conjunto con cátedras de la Facultad, visitamos el Ex Destacamento de Arana (en la calle 137 y 640); uno de los ex centros clandestinos de detención, tortura y exterminio del Circuito Camps, que funcionó durante la última dictadura en la ciudad de La Plata donde estuvieron secuestradas más de 250 personas, de las cuales muchas aún están desaparecidas o fueron asesinadas. Según lo narrado por los guías, el traslado de los detenidos era constante. Es decir, no pasaban períodos largos en el lugar, salvo algunas excepciones. La mayoría llegaba luego de haber estado en cautiverio en otros centros de detención del Circuito Camps. Al "Pozo de Arana" fueron trasladadas mujeres embarazadas y menores de edad, como así también se sabe gracias a testimonios de sobrevivientes y familiares, que por allí pasaron los jóvenes de la Noche de los Lápices, militantes montoneros y el sobreviviente Jorge Julio López quien fue secuestrado nuevamente en democracia, luego de declarar en el juicio contra el represor Miguel Etchecolatz.

Llegamos al lugar, y ahí es donde, quizás, un poco pude reconstruir o comprender de dónde venía ese "algo" que me trajo hasta acá...

Una de las primeras propuestas de los guías de la visita fue cerrar los ojos y reconocer sensaciones, y aquella que me recorría el cuerpo era una: la desolación. El canto de los pájaros y el viento que sin interferirse con el ruido de los autos, denotan la lejanía y la soledad; el desamparo. El recorrido por el lugar fue corto, pero parecieron horas por la intensidad de las emociones. Una sensación de tristeza, llanto casi constante, con la voz quebrada, percibiendo todo a flor de piel, como si estuviera recordando algo... y claro, ahí entendí que ese "algo" que me trajo hasta acá, es que puedo verme junto a mis compañeras en la lucha de esos pibes. Muchos de ellos,menores que yo, a los que les arrebataron la vida y los sueños. Y que quizás era eso lo que tanto me movilizaba... Me invade el pensar que esa misma lucha aún sigue siendo la nuestra; querer un mundo más justo e igualitario.

Al entrar al lugar donde estuvieron las fosas comunes, donde encontraron los cuerpos de los compañeros, la sensación de vacío y tristeza fue tal que vino acompañado del llanto. Desde ese momento no pude hablar sin que se me quebrara la voz. Casi lo mismo que me está sucediendo mientras escribo esto...

Seguido, con las emociones a flor de piel, vimos una película llamada "Revelar", sobre relatos de hijos que fueron apropiados y luego recuperaron su identidad. No podía dejar de pensar en ese pacto de silencio de los genocidas que guarda, arraiga y sostiene el dolor. Eso que quitaron, que robaron, pero que pudimos convertir en lucha y resistencia, en historias que expresan una conexión que traspasa el tiempo y lo físico; una conexión de los hijos con sus padres, inexplicable quizás, pero real. "Cables de conexión" le llaman; lo que no pudieron robar.

Escuchaba el relato de los hijos, que en su encuentro con sus familias, encontraban coincidencias con sus padres, parecidos entre sí, en su personalidad, en su forma de ser, imposibles de borrar. El no sentirse, durante toda su vida, parte del lugar donde fueron criados por sus apropiadores, el sentir que algo faltaba, que ahí no pertenecían. "El derecho de los desaparecidos de ser recordados con cariño por sus hijos" decían, y me resonó tan necesario como reparador. Porque, creo y siento, que ese legado de nuestros compañeros como de sus madres, es también el nuestro, es parte de nuestra historia y por consecuente nuestra lucha, aquella que debemos continuar, porque a esos dueños del terror les demostraremos que los ideales no tienen rejas, ni paredones, que construiremos ternura donde hay tortura las veces que sean necesarias, porque fueron son y serán 30.000 motivos para demostrar siempre que acá estamos y que sin dudar lo será eterno el sentimiento que nos hará florecer sobre las balas disparadas...

Al finalizar la película, alguien pregunta: "si tuvieran que decir algo que sea importante para ustedes, ¿qué responderían?". Y yo sin pensar demasiado, miré a mi alrededor y vi a mis compañeras, y sin dudar las mencioné a ellas. Porque transito, camino y vivo mi vida de esa manera; en conjunto con mis pares que sostienen todos los días, que se movilizan y se encuentran sensibilizadas por lo mismo, y pensaba en esa que fui hace muchos años al llegar a esta ciudad, que buscaba transitar la vida de manera colectiva firme a sus convicciones e ideales, y pude comprender que estoy del lado correcto. Y siento, que mientras tengamos a quien mirar hacia el costado y con quien sostener la parada cada vez que quieran arrebatarlos los sueños, podremos sentirnos abrazadas.

Concluida la Semana de la Memoria, en la última actividad donde participaron H.I.J.O.S no dejaban de sonar largos aplausos, a esos compañeros que se encontraban levantando el pañuelo de las madres y la lucha de sus padres. Quizás un poco el sentimiento sea que, a través del agradecimiento y el reconocimiento algo podemos devolverles y reconstruir entre todos, ¿cuánto por aprender no? El agradecimiento por seguir con sus convicciones firmes que nos contagian de esa lucha que demuestra que más allá de todo: ACÁ ESTAMOS, y estaremos, porque en la resistencia está el hidalgo valor de la vida, sonaba una canción que escuchaba al pasar...

Ahora y siempre.

El frío que dejaron las balas

Comini, Esther

Todos los años, la semana del 24 de marzo escuchaba en distintos espacios todas las cosas que habían pasado durante la última dictadura. Muchas veces, cuando iba al colegio secundario mi papá me contaba lo que había sido para él vivir ese periodo, pero este año la fecha tuvo una repercusión distinta en mí.

Al participar con los compas de la agrupación En Clave Roja del recorrido que organizaron por la casa Mariani-Teruggi, conocida como “La casa de los conejos”, y escuchar la historia, lo que había pasado tomó otra dimensión.

Quizás porque lo vi expresado en algo tangible. Llegar y ver la entrada de una casa que podría haber sido la de mis abuelos, llena de agujeros de bala, con un enorme hueco por el que podría pasar una persona a donde iría una ventana, me impactó.

Antes de entrar, les guías de la visita nos preguntaron si conocíamos la historia de esta casa, si habíamos venido alguna vez y recalcaron la importancia de ser cautelosos con las paredes, con los objetos que se encontraban en el lugar. Remarcaron la importancia de la preservación de los Sitios de Memoria. Más con todo lo que está pasando con ellos durante ese gobierno, pensé.

Yo nunca había ido a la Casa de los Conejos, pero más o menos conocía lo que allí ocurrió el 24 de noviembre de 1976. Si bien me había impactado cómo se encontraba la entrada, con las huellas de los balazos y del disparo de un mortero, nunca me imaginé cómo se encontraba el lugar por dentro.

Al ingresar tuve frío. Raro, puesto que ese día hacía calor. Me dio una sensación extraña en el cuerpo, como que en ese lugar algo faltaba. Después entendí qué era: faltaba Clara Anahi, la bebé que los militares secuestraron con vida aquella tarde de noviembre en que asesinaron a su familia.

Todas las paredes de la casa y todo el techo estaba lleno de agujeros de balas, algunos por el tamaño que tenían me entraba el puño y otros el dedo meñique.

Persistía la sensación de que era un espacio frío a medida que nos iban contando la historia. Les guías mencionan quiénes eran las personas que vivieron y murieron allí, por qué a la casa la llamaban “la casa de los conejos”, que en la ciudad de La Plata funcionaban tres casas: una se encargaba de hacer documentación falsa, otra de las armas y esta, donde funcionaba la imprenta de Montoneros.

Fuimos a sentarnos al patio donde seguía viendo agujeros de balas, asombrada porque el patio tenía unos cerámicos iguales a los del pasillo de la casa de mis abuelos.

Nos contaron que en la parte de atrás de la casa funcionaba la imprenta, en donde hacían el diario “Evita Montonera”. Nos contaron cómo se distribuía, que algunas veces dejaban el diario tirado en la calle para que las personas que pasaran lo pudieran leer.

En un momento se generó un debate, cuando una guía dijo: “Montoneros era una agrupación armada, y ellos creían en lo que estaban haciendo y sabían que lo que hacían tenía un costo. Tuvieron que transformar la manera en la que militaban, construyendo resistencia”. Miré a mis amigos, la mayoría son militantes y pensé que esas personas podrían haber sido mis amigos, miré a mi mejor amiga con la remera de su agrupación y se me estrujó el corazón, pero en ese momento entendí cuando ella siempre me habla de la importancia de la militancia y de la lucha.

Aunque a la mayoría de la gente que los militares “chupaban” lo hacían de noche, en este

caso fue de día. Les guías nos preguntaron si imaginábamos la razón. Y casi sin pensar respondí “para que todos los vieran, para meter miedo”. El guía asintió. Nos mencionó que el despliegue policial fue enorme. También reflexionó las implicancias de semejante operativo. ¿Qué querían demostrar? ¿que eran impunes? ¿que eran intocables? ¿era la manera en que mostraban el costo que tenía la militancia?

Cuando nos hablaron de Chicha Mariani, la misma mujer que tenemos pintada en el mural que mira al patio de la Facultad, pensé “pobre señora, que aguante, que ganas de luchar”.

Luego fuimos a la imprenta que estaba en el patio. Era el único lugar en toda la casa que no tenía impactos de bala. La guía dijo que era porque los militares pensaban que allí se escondían las armas y como precaución no dispararon allí. Nos mostraron sus dimensiones, nos mostró por donde entraban. Que en ese patio encontraron a Diana Terrugi muerta pero mirando para la entrada de la imprenta. “Es una hipótesis mía que ella puso a Clara ahí adentro para que no le pasara nada”, dijo la guía. Anteriormente nos mencionó que Montoneros tenía un protocolo para los niños: ponerlos en las bañeras y taparlos con un colchón para que los disparos no los impactaran.

Subimos al techo. El tanque de agua también tenía impactos de bala. Aparentemente, lo rompieron para ver si habían escondido armas. Yo imaginé que querían saber si alguien se escondía ahí.

Al terminar el recorrido, la guía nos invitó a reflexionar, a tener presente esa parte de la historia porque “no hay un solo derecho que sea eterno, por lo tanto tenemos que defenderlos, cuidarlos”.

Nos quedamos un rato afuera, charlando, poniendo en palabras todo lo que nos había generado la casa, la historia, me miró mi mejor amiga y me preguntó: “¿Qué te pareció?”. La miré y solo me salió un “No se, es un montón boluda”.

Inevitablemente en mi cabeza seguía persistiendo el pensamiento de que podrían haber sido mis amigos los perseguidos, los desaparecidos, los asesinados. Seguía con frío. Una de mis amigas dijo algo que hasta ahora recuerdo: “fueron la generación que cuestionó, que resistió hasta lo último”.

Mientras íbamos a tomar el micro nos preguntamos “¿Qué estará haciendo Clara Anahi? ¿Dónde estará?”. Mis amigas y yo nos miramos sin saber qué contestarnos.

Estábamos esperando el micro, me mira mi mejor amiga y me dice “Yo a vos te buscaría”. La miré, teníamos los ojos brillosos, nos dimos un abrazo y le dije “Yo también te buscaría, porque vos siempre pones el cuerpo y el corazón por todo el mundo”.

En ese momento deje de tener frío.

Pañuelos en lucha: construyendo memoria a través del arte

Elichiry, Luna y Vázquez, Dolores

Era un día de sol intenso, el calor se pegaba en la piel como si también quisiera dejarnos una marca. Fuimos en el micro de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires desde la Facultad de Trabajo Social hasta el ex centro clandestino de detención Destacamento Arana.

Cuando nos bajamos, caminamos en silencio, observando todo a nuestro alrededor, experimentando una sensación de angustia como si esos muros hablaran.

Antes de ser centro clandestino, el lugar tenía otro fin: controlar el cuatreroismo y cuidar la zona rural de Arana. Frente a la comisaría funcionaba la aceitera que daba trabajo a los vecinos del barrio, la cual cerró sus puertas, y muchos se vieron obligados a migrar, mientras otros resistían con sus huertas. Con el golpe de Estado de 1976, la comisaría comenzó con una doble función: detener personas por delitos como el cuatreroismo, como hacía antes, pero, clandestinamente, torturar y asesinar a las personas detenidas de forma ilegal por los militares. Arana se volvió uno de los lugares más crueles del circuito de desaparición de personas CAMPS³, allí muchas veces era donde terminaban el recorrido para ser asesinados.

Las personas secuestradas -ya que no se les puede decir detenidas porque no existía margen de legalidad- llegaban encapuchadas, en autos civiles sin patentes, ocultas en los baúles. Jóvenes, estudiantes, obreros, militantes. Algunxs tenían entre 20 y 28 años, nuestra edad, la de nuestros hermanos. Algunas podrían haber sido nuestrxs amigxs. Sus cuerpos eran atados, vendados, aislados. Sus voces eran silenciadas con golpes, con torturas, con amenazas a sus familiares, con la quema de sus cuerpos. No sabían si iban a salir, muchos no salieron nunca.

Los guías del recorrido nos relataron que los testimonios de sobrevivientes en los Juicios por la Verdad reconstruían su testimonio por medio de la memoria auditiva. Hablaban de un portón de hierro que chillaba, de las vías del tren, de las balas que irrumpían en la noche, de la voz de algún compañero. También de los nombres que se borraban, uno a uno, como si nunca hubieran existido. Pero existieron, estaban ahí. Están.

Aún en ese lugar horrible hay vida que se abre paso. Ahí mismo donde se intentó desaparecer una generación, hoy hay música, hay cine, hay educación. Hay palabras que recuperan la voz que otros quisieron callar. Esto se debe a que gran parte del predio hoy pertenece a la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires, y llevan a cabo diversos programas de promoción de derechos.

Luego del recorrido vimos un documental de hijos de desaparecidos que fueron apropiados y que recuperaron su identidad. El documental llegó a su fin y, con él, vino el silencio, de esos silencios cortos que parecen horas, de esos que duelen.

La proyección del documental nos muestra la lucha de aquellos que sobrevivieron al horror. Escuchar esos testimonios es sentir la garganta cerrarse, el cuerpo tenso, los ojos llenos de lágrimas y bronca. Es saber que no es una historia lejana ni ajena, que esas voces nos hablan también a nosotras, ahora. Y que la lucha por la memoria, la verdad y la justicia no es un ritual del pasado, sino una urgencia del presente.

Eran las cinco y media de la tarde cuando llegamos de regreso a la Facultad. Llenas de sentimientos que quizá no podríamos describir en palabras. ¿Angustia? ¿Miedo? ¿Bronca? ¿Impotencia? ¿Esperanza? El sol abrasaba y nuestros cuerpos no daban más del cansancio. Al cruzar las puertas de la Facultad allí estaban, allí nos esperaban. Tres mesas naranjas, mucha gente alrededor, pequeños mosaicos de colores, muchos pañuelos blancos.

Habíamos esperado este día un año entero, desde la anterior Semana de la Memoria. Nosotras queríamos nuestro mosaico con el pañuelo de las abuelas, nosotras queríamos teñir las calles de pañuelos y de colores.

Mientras compartíamos con nuestras compañeras el arte de crear un mosaico, nos contábamos experiencias que habíamos tenido en la Semana de la Memoria e incluso experiencias de familiares en la última dictadura cívico militar. Ahí te das cuenta que la memoria es compartida, que cuando se indaga, todos tienen algo para contar, y muchos aún tienen miedo de hablar.

3 Red de 29 Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE) que funcionaron en dependencias policiales del conurbano bonaerense y La Plata, bajo el mando de los ex generales Ramón Camps y Ovidio Pablo Ricchieri, durante la última dictadura cívico-militar argentina.

Eran las 18 horas de ese miércoles soleado, caluroso, cuando las compañeras repartieron los pañuelos, los mosaicos y los pequeños fragmentos para armar nuestra gran obra. Éramos 68 compañerxs trabajando, 68 pañuelos produciéndose, 68 viviendas visibilizando una lucha. Amigas, compañerxs, personas que quizá nunca nos habíamos cruzado. Estábamos ahí. Estábamos haciendo, estábamos luchando, estábamos resistiendo. Estamos haciendo, estamos luchando, estamos resistiendo.

Nos gusta pensar el arte como intervención, sabiendo que si ves una casa decorada con ese pañuelo blanco de expresión de lucha y resistencia, seguramente allí te van a brindar una mano. El arte como intervención tiene la potencia de irrumpir en lo cotidiano para sembrar preguntas, para incomodar, para recordar. Es una forma de decir cuando las palabras no alcanzan, de abrazar desde los colores, de resistir desde el encuentro. En contextos donde se intentó borrar la historia, el arte aparece como una herramienta política y sensible que recupera voces, reconstruye la memoria y transforma los espacios en territorios de lucha. El crear un mosaico junto a tus compañeras y visibilizar la lucha de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo -y de todo el pueblo argentino- también es decir NUNCA MÁS.

Y si bien aún hoy hay represión, hay desaparecidos, hay silencio, también hay pañuelos y abrazos. Hay palabras que nombran, que reconstruyen, que sanan. Hay identidad. Por eso elegimos recordar. Por eso seguimos diciendo: nunca más. “Uno es libre cuando conoce la verdad”, dijo un hijo recuperado. Y lo creemos. Por eso seguimos caminando. Por eso escribimos esta crónica.

Ejercitando la memoria

Reguera, Valeria Judith

Marzo es un mes que convoca a la reflexión. Ya pasaron 49 años del último golpe de Estado cívico, eclesiástico y militar, que acabó con la vida de más de 30 mil personas. En este contexto también fueron apropiados los bebés nacidos en los centros clandestinos de detención y les hijes que acompañaban a sus padres en el momento del secuestro. Hasta la fecha han sido restituidas 139 identidades y quedan por encontrar aproximadamente 300 más, que por supuesto, siguen siendo buscades, como es el caso de Clara Anahí, hija del matrimonio de Diana Esmeralda Teruggi y Daniel Enrique Mariani. Con el objetivo de reflexionar sobre este caso platense, fui a la casa donde fue secuestrada Clara Anahí, hoy sitio de memoria.

Recorrer la casa donde vivió esta familia es conmovedor. El silencio de un barrio alejado del centro platense, en el que las chicharras ponen la música a la hora de la siesta en una tarde calurosa y húmeda de lo último que queda del verano. La casa está fresca pero no posee aire acondicionado, supongo que será por estar deshabitada, o tal vez sea que ese aire fresco que entra se deba a las paredes con agujeros de balas de todos los tamaños. La citroneta estacionada en el garage, que ese mediodía del 24 de noviembre de 1976 era atravesada por disparos, hoy como estática en el tiempo, es atravesada por rayos de luz que pasan por esos mismos agujeros.

Allí funcionaba una imprenta clandestina de la revista oficial de Montoneros, “Evita Montonera”. Esta imprenta operaba detrás de una pared falsa que simulaba ser los límites de la casa. Se accedía a través de un mecanismo oculto, un defecto de obra que abría una pequeña puerta en la parte inferior de una mesada, movida por el mismo motor que usaba la citroneta. Esto permitía reparaciones sin levantar sospechas. A la vista de todos, en la casa funcionaba también un emprendimiento de elaboración de escabeche de conejos; de ahí uno de los tantos nombres con los que se conoce la

casa: “la casa de los conejos”. Jaulas, implementos, olores y vapores se mezclaban en un todo que escapaba por una especie de chimenea.

Ese 24 de noviembre, un operativo desmedido y especialmente violento no encontró resistencia. Peritos confirmaron que no hubo enfrentamiento: todos los disparos fueron de afuera hacia adentro. En ese escenario fueron asesinados los militantes: Diana Esmeralda Teruggi, Daniel Eduardo Mendiburu Elicabe, Roberto César Porfidio, Juan Carlos Peiris y Alberto Oscar Bossio. Ese mismo día se llevaron con vida a Clara Anahí, de solo tres meses. Daniel Enrique Mariani no se encontraba en la casa, pero fue asesinado casi un año más tarde en el barrio Los Hornos.

Lo único que quedó en el lugar fueron las huellas de una violencia sin límites, impregnadas en la vivienda. Pero más aún, quedó la huella imborrable de la ausencia de Clara Anahí. Su presencia se hace sentir en las fotos que cuelgan de las paredes y en el corazón de su abuela, Chicha Mariani, que la buscó hasta sus últimos días. No tuvo éxito, pero dejó un legado: el de una búsqueda colectiva que no cesa.

Un ejemplo de esta lucha incansable es el de la última restitución de identidad realizada por Abuelas de Plaza de Mayo. La nieta número 139 es hija de Noemí Beatriz Macedo y Daniel Alfredo Inama, desaparecidos en 1977. Su hermano mayor, Ramón, la esperó todos estos años. Con la voz anudada, nos comparte a un grupo de alumnas en el patio de la Facultad de Trabajo Social, el último recuerdo que tiene de su padre en Mar del Plata, cómo a partir de los relatos de personas que lo conocieron fue reconstruyendo la historia de su padre. Hoy, esos recuerdos forman parte de la historia que va a descubrir su hermana. Y entre tanto dolor revelado, seguramente harán falta abrazos y poesía para suavizar lo hallado.

Lo que está oculto tarde o temprano sale a la luz. Ninguna mentira puede sostenerse por siempre. Ejemplo de esto es el caso de Victoria Montenegro, hija de Hilda Ramona Torres y Roque Orlando Montenegro, de 18 y 20 años. Secuestrada en William Morris, fue apropiada por el coronel del ejército Herman Antonio Tetzlaff y su esposa. Rebautizada como María Sol, fue criada en un entorno conservador y militar. Creció creyendo que lo ocurrido había sido una guerra y que los “subversivos” lo merecían. Quería seguir los pasos de su apropiador.

Las investigaciones impulsadas por las Abuelas y los organismos de derechos humanos cambiaron el rumbo de su vida. Gracias a un análisis de sangre, se confirmó su verdadera identidad. Dejó de vivir la vida de otra y comenzó a reconstruir la suya. No fue fácil ni inmediato. Fue un proceso acompañado, lleno de dudas, amor y verdad. Hoy, Victoria vive una vida verdadera. Ella, como todas las nietas recuperadas, representa una victoria sobre el horror. Son la prueba viva del plan sistemático de apropiación de bebés. Tan real como el legajo de “subversiva” que tenía Clara Anahí con apenas tres meses.

Por eso, cada identidad recuperada es un abrazo que rompe el silencio, una semilla sembrada en la tierra fértil de la memoria colectiva.

Y cada marzo, alzamos la voz para gritar “¡Nunca Más!”, y mientras haya una verdad por revelar,
una historia por abrazar,
una identidad por devolver,
la memoria seguirá latiendo en cada paso,
en cada pañuelo blanco al viento,
en cada corazón que no baja los brazos.

Por la memoria, por la verdad, por la justicia.

Por Clara Anahí.

Por todas y todos.

Por todes.

Porque el amor también es una forma de resistencia.



SALUD MENTAL COMUNITARIA

Siluetas de la Memoria

Vidal Alegre, Lucía

Era un viernes por la mañana en la Facultad. Ingresé en el aula 1, que se destaca por tener espacio suficiente para un amplio grupo de personas, ideal para una actividad tan concurrida como la que nos convocaba en esta ocasión. Se trataba de una actividad organizada por la cátedra de Introducción a la Psicología, llamada “La Salud mental comunitaria. ¿De qué hablamos cuando hablamos de comunidad hoy? Aportes de la salud mental comunitaria para pensar las tramas vinculares hoy”. La profesora dio inicio a la clase y nos explicó las consignas: cada grupo debía dibujar una silueta de cuerpo completo que encarnaría a una persona adolescente, a la cual se le podría asignar género, edad y nombre a nuestro gusto. Sobre diferentes partes de la silueta escribiríamos distintas reflexiones: en la cabeza, qué piensa; en los ojos, qué ve; en los oídos, qué escucha; en el corazón, qué siente; en las manos, qué hace; en las piernas, con qué tropiezo y hacia dónde va. Nos dividimos en grupos de diez a quince personas, nos asignaron una década a cada uno (1970, 1980, 1990, 2000, 2010 y 2020) y nos entregaron un afiche por grupo.

Aquella imponente aula pasó de un estado de silencio a un ambiente que sonaba con el murmullo de la interacción de decenas de estudiantes. A nuestro grupo le asignaron la década de 2010, y me sentí aliviada en cierto modo, ya que es una época que transité y la cual recuerdo con mucha nostalgia. Mi grupo estaba conformado por alrededor de quince chicas, dentro de las cuales estaba mi amiga de la Facultad. Ambas recién pasamos los 20 años, y al ver al resto de las compañeras me percaté de que teníamos todas edades similares, a diferencia de otros grupos. Una de ellas se ofreció como voluntaria para dibujar la silueta, y yo me ofrecí para escribir. El entusiasmo por volcar mis recuerdos en el afiche era evidente. Otra compañera me brindó su fibrón y, una vez que teníamos todo listo para empezar, debatimos respecto a lo que íbamos a escribir.

Nuestro grupo pareció quedar inmerso en una burbuja de nostalgia y recuerdos alegres compartidos. Decidimos que esta silueta pertenecería a un adolescente de quince años en los años 2010-2012. Primero, respecto a qué piensa, imaginamos que nuestro adolescente tendría en sus pensamientos el mundial de fútbol de 2010 y redes sociales como Facebook y Messenger (qué publicar, con quién chatear, por ejemplo). Compartimos recuerdos sobre la influencia que estas redes sociales tuvieron en nuestra infancia/adolescencia, momentos en los que nuestras preocupaciones estaban orientadas a hacernos una cuenta en Facebook, publicar nuestros pensamientos en el “muro”, enviar “zumbidos” por Messenger a nuestras amistades por aburrimiento, descargar música en un MP3, etc. En cuanto a qué ve, pensamos en las características modas urbanas de aquellos años, en las que los adolescentes se agrupaban por sus gustos, conformando las “tribus urbanas”: emos, floggers, turros, skaters, entre otras. Además, rememorando lo que para nosotras fue la época dorada de la televisión, hicimos mención de series para adolescentes como Floricienta y Casi Ángeles. A la consigna de qué escucha, pensamos en artistas como Shakira, Daddy Yankee, Los Wachiturros; y a su vez, trajimos a

colación la noción de “sujeto de derechos” como concepto fundamental para comprender la noción que se tenía en aquellos años del rol del Estado frente a la desigualdad social. Al hablar de los sentimientos de este adolescente que imaginábamos, pensamos en el autodescubrimiento, la rebeldía, la búsqueda de un sentido de pertenencia, de su propia identidad. Al pensar qué hacía nuestro adolescente, se nos ocurrieron cosas “triviales” como estudiar, ir al cyber y leer revistas de adolescentes. Por último, pensamos que en su andar, esta persona se tropezaría con la pubertad y nuevas responsabilidades, y que en el futuro, una vez que haya finalizado la escuela secundaria, elegiría entre trabajar o estudiar, pudiendo optar por realizar estudios superiores en la universidad pública. Así, una vez satisfechas con nuestro adolescente, decidimos dibujarle un peinado tipo cresta, unos aros y lo llamamos Juan.

Al revisar nuestra producción, primero me sentí satisfecha de ver plasmada esa época tan agradable para mí, de haber podido compartir recuerdos con compañeras de mi misma edad y de recordar más cosas gracias a las experiencias que ellas compartieron. Sin embargo, luego de salir de ese estado de inmersión en el que me encontraba, recordé que estábamos en un contexto académico, en un evento para mantener viva la memoria de tiempos oscuros vividos en nuestro país. “¿Nos habremos desviado mucho de lo que las profesoras pretendían con la consigna? Sólo se me ocurren cosas normales de adolescentes”, pensé, lo que provocó que aflorara en mí un sentimiento de inseguridad. Al final, decidí dejarme llevar por la dinámica de la actividad y esperar a ver las producciones de los demás grupos.

Todos los grupos llevaron sus correspondientes afiches a la pared frontal, donde se encuentran los escritorios de los profesores y la pizarra. Los ubicamos cronológicamente de izquierda a derecha, de forma que la inmensa pared quedó cubierta en su totalidad. Una vez colocados los afiches, la profesora dio inicio al intercambio, en el que los grupos presentaron a su adolescente con la ayuda de un micrófono para que su voz la escuchara hasta el estudiante más lejano.

En orden cronológico, los grupos empezaron a exponer. En las producciones, los adolescentes de 1970 experimentaban miedo, ansiedad, incertidumbre, pero también esperanza en un país más justo, y creían en el cambio a través de la organización del movimiento estudiantil y la militancia por los derechos humanos; en el camino, se tropezarían con la censura, la violencia, la represión; algunos quedaban en el exilio, otros en la cárcel, otros desaparecidos, mientras que otros continuarían la lucha.

En ese momento, esa burbuja en la que me había encontrado inmersa se explotó, y pude ver que no todos los grupos habían pensado en cosas tan nostálgicas y “triviales” o “normales” como lo hicimos nosotras. Nuevamente me planteé la posibilidad de que nos hubiésemos desviado demasiado de los objetivos de la actividad. No niego que la nostalgia pueda habernos distraído de la actividad, pero de algo tengo la certeza: en ese afiche no mentimos, y si bien muchas éramos muy chicas en esos años (yo en el 2010 tenía siete años), otras estaban en su plena adolescencia, y no recordaban pensar, sentir, hacer, otras cosas por fuera de lo que plasmamos en aquel afiche. Lo que recordaban era la muerte de Néstor Kirchner, o acontecimientos como la sanción de la Ley de Identidad de Género. Nuestro afiche estaba basado en experiencias, y no en suposiciones basadas en conocimientos de la historia, por lo que tampoco podría tomarlos como inválidos. Entonces me puse a pensar “¿Por qué estos adolescentes son tan diferentes?”. Todavía no encontraba una respuesta clara.

Pasamos a los adolescentes de 1980. Estos también presentaban miedo e incertidumbre ante la realidad política, económica y social que estaban viviendo, expresada a través del rock nacional; escuchaban diferentes discursos acerca de la dictadura, además de noticias sobre las desapariciones de personas; se encontraban atravesados por la crisis económica y el caos social, pero esperanzados por la vuelta a la democracia. En 1990 las siluetas se caracterizaban por un fuerte espíritu de lucha, y la esperanza e ilusión por el progreso económico y un buen futuro; sin embargo, se chocarían con la inflación, la desigualdad e injusticias. Los adolescentes de los 2000 estaban atravesados por la incertidumbre, desesperanza, miedo, frustración y enojo ante las injusticias, el estallido social, los recortes en el gasto público, las carencias, la precarización laboral; presencian y participan de marchas, movilizaciones, piquetes, cacerolazos, la militancia política; al mismo tiempo, se ven obligados a trabajar por necesidad, inmersos en el dilema de “¿estudio o trabajo?”, y se plantean la posibilidad de irse del país para tener un futuro mejor. Llegada la década de 2010, se presentan adolescentes con una toma de conciencia de lo sucedido en el país en las últimas décadas, tomando un rol activo en reconstruir la memoria de lo ocurrido durante la dictadura, investigando para encontrar la verdad de los hechos y

participando en protestas; asimismo, se mencionan conquistas como la Ley de Matrimonio Igualitario. Al llegar a esta década, pude percibir un sentimiento compartido de nostalgia, y el aula se llenó de risas al leer lo que estaba escrito en las siluetas. Si bien otros grupos a los que les tocó esta década hicieron más hincapié en la política, principalmente estaban muy presentes aspectos relacionados al entretenimiento y el bienestar. Por último, los adolescentes de 2020 presentaban ansiedad e incertidumbre relacionada a la pandemia de covid-19, la cuarentena y las muertes producidas por la misma.

Al leer lo que decían las cartulinas de las décadas de 1970, 1980, 1990 y 2000, percibí un mayor malestar en aquellos adolescentes. Al imaginarmelos, veía personas jóvenes que se vieron obligadas a madurar con mayor rapidez debido a las experiencias desgarradoras que tuvieron que afrontar. Por otro lado, en la década de 2010 y 2020, los adolescentes parecían tener preocupaciones más acordes a su edad, como asistir a la escuela secundaria, relacionarse con amistades, las redes sociales, distintas formas de entretenimiento, pensar en su futuro. Quizás esto era lo que a mí me hizo pensar que sólo se me ocurrían “cosas normales de adolescentes” o “cosas triviales” para escribir. Tal vez este no hubiera sido el caso en un adolescente que se vio atravesado por desapariciones de familiares, amigos, familia, la censura, la violencia, el miedo de salir de casa y nunca volver. Poner en práctica el ponernos en los zapatos de un adolescente en diferentes momentos de la historia reciente me hizo pensar en el impacto social y psicológico que tuvieron las constantes vulneraciones de derechos vividas por los argentinos por décadas, marcando generaciones enteras. Miles de sueños destrozados, familias enteras desgarradas, identidades despojadas, voces silenciadas.

Mi tránsito por la carrera de Licenciatura en Trabajo Social -y en especial en esta XXXI Semana de la Memoria, en la que decidí participar de su organización- me llevaron a reflexionar en mayor profundidad sobre la relación democracia-derechos humanos. Como bien dice el lema de este año: “Sin Derechos Humanos no hay Democracia”, frase que adquiere especial importancia en un contexto de retorno del “sálvese quien pueda”, que nuevamente quiere arrasar con los derechos conquistados y busca destruir la memoria colectiva de lo que pasó durante la dictadura; como así también de todo lo ocurrido en democracia, donde derechos humanos fueron vulnerados por personas elegidas por los argentinos como sus representantes con la esperanza de un futuro mejor.

Una cosa es segura, y es que no hay que dar nada por sentado. Es nuestra responsabilidad mantener viva la memoria colectiva, para que nada de lo ocurrido vuelva a ser puesto en cuestión, y para que la historia no se vuelva a repetir.

(...) quiero cerrar esta introducción describiendo cómo ambas formas de acción –la escritura, la militancia– confirieron a aquellos días, a pesar de lo trágico de los recuerdos y lo sombrío de nuestra realidad actual, una felicidad inolvidable para todos. La felicidad de encontrar, por fin, un interlocutor, un compañero; la felicidad de tomar las riendas del propio destino, y la de ligarlo, contra viento y marea, a una liberación política. La felicidad de revivir, entre todos, la esperanza de los padres, y de las Madres de Plaza de Mayo, referente eterno de cada paso del camino.

—Leopoldo Brizuela (1995), *Y vinimos después. Textos y testimonios de hijos de desaparecidos*. En *Ahora. Siempre*. Antología de textos de la agrupación H.I.J.O.S. La Plata.

